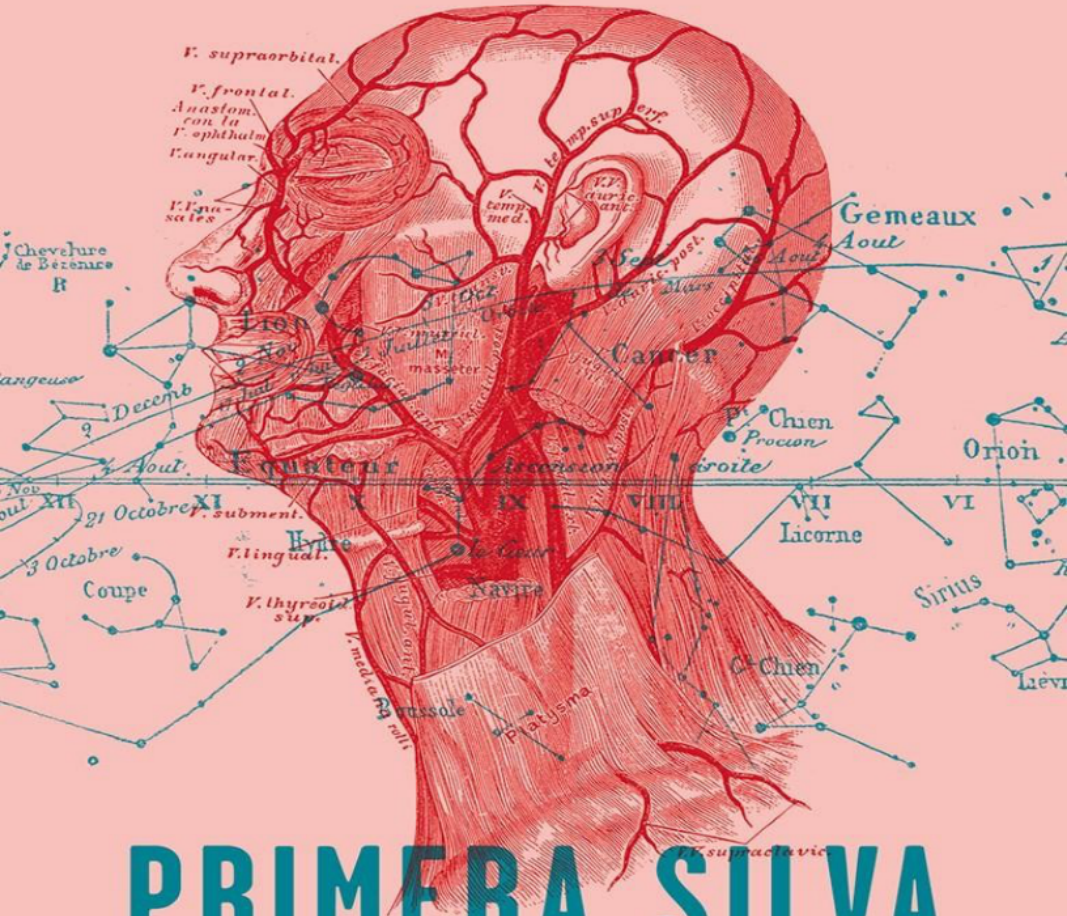
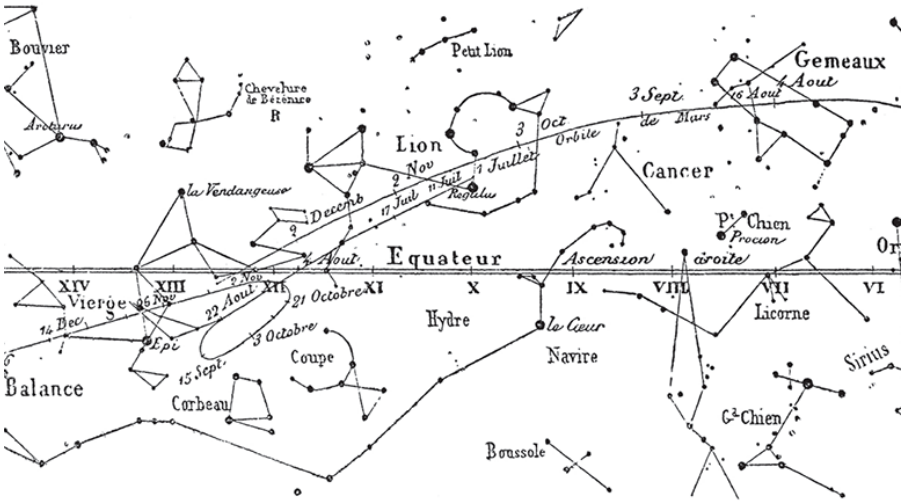
EDUARDO RUIZ SOSA



PRIMERA SILVA DE SOMBRA

EDUARDO RUIZ SOSA



PRIMERA SILVA DE SOMBRA

CABALLO DE TROYA

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

A Itzel Navidad y Gustavo Orpinela

Inútil es el libro cuando la palabra carece de esperanza.
EDMOND JABÈS, *El libro de las preguntas*

I

Hace mucho tiempo aprendí que las propias enfermedades son más llevaderas y útiles si uno guarda en secreto su exacta naturaleza.

JOHN BARTH, *La ópera flotante*

Crónica de la (in)sanidad

Los hospitales son los puestos fronterizos
por donde se canaliza el tránsito
entre la vida y la muerte.
JULIO RAMÓN RIBEYRO, *Prosas apátridas*

La primera vez que pasé la noche en un hospital, mi madre se estaba muriendo. O eso me dijeron. O me dijeron que estaba en el trance de un conjuro extraño entre la vida y la muerte y un tercer estado inconsciente de la mente y la materia, indefinible para todos nosotros: el presente de ella era el pasado nuestro, pero un pasado en el que nada, incluso el accidente, había sucedido, algo como un pasado tejido con jirones de un futuro que nos parecía imposible, pedacería de un mundo poblado de lagunas en los recuerdos. La primera noche que pasé en un hospital estuve sentado en el suelo, de pie en un pasillo, andando por las escaleras, apoyado en una pared rebosante del ectoplasma de la muerte y la enfermedad: todo en los hospitales huele a cadáver en alcohol.

En los hospitales no se duerme. En los hospitales, los únicos que descansan son los muertos. La siguiente ocasión en la que pasé una noche en un hospital estaba yo sentado en una silla de ruedas, atado mi cuerpo a la silla por las cuerdas heridas del nervio ciático. De la primera ocasión lo recuerdo todo con detalle. De la segunda casi no recuerdo nada: los sedantes me arrimaron al limbo de los enfermos: una suerte de ausencia que suspendía su audacia cuando las drogas dejaban de surtir efecto: un distanciamiento-de-sí, estado casi consciente en mitad de los dolores.

Lo más habitual es considerar al enfermo como el afectado, el «paciente», el que sufre o experimenta, como dice la etimología, un proceso que parte de una causa ajena. Afuera del quirófano, en la sala de espera, en los pasillos, está la familia, los amigos, los futuros

deudos, los que esperan una noticia. Ambos son, en verdad, pacientes: algo deben esperar: la decisión que otro, sin rostro aprehensible, ejerce como potestad sobre sus cuerpos: otra vez se habla etimológicamente, ahora, de un «agente», el hospital. Un estado agencial, como diría Stanley Milgram. En todo caso, enfermo y familiares devienen pacientes: a ambos los afecta un proceso que viene a ellos desde lo ajeno.

Así, la crónica de los hospitales no es solamente la crónica de los enfermos: nada de lo que sucede en los hospitales puede ser tomado a la ligera: todo en los hospitales es un síntoma. El síntoma es, en esencia, semejante al símbolo: el síntoma es señal de una presencia en lo hondo, un comienzo imperceptible; el símbolo, en cambio, es señal de una ausencia en lo hondo, resto perceptible de lo perdido. El síntoma es la huella de un advenimiento, un vínculo latente con el futuro. El símbolo es huella de un «esdevenimiento», un vínculo moribundo, pero nunca muerto de verdad, con el pasado. Un fantasma blanco corriendo o diciendo en voz alta el nombre de un paciente es un síntoma: el accidente, la tragedia, la muerte se asoman en el sonido sordo de sus pasos de goma: tal vez los trabajadores de los hospitales utilizan esos zapatos con suela de caucho no para amortiguar su paso sino para amortiguar el peso de la muerte que, muchas, tantísimas veces, va con ellos: desde los médicos que anuncian con su voz el destino, hasta los carros, sin nadie que los vigile, llenos de sábanas ungidas con la sangre de todos los enfermos: la única democracia posible aquí, en apariencia, es la democracia de los síntomas. Vivimos, amamos, escribimos en un país enfermo. Escuchar una vez un nombre, conocido, cercano y lacerante, y pensar en la muerte. Síntoma. Escuchar el silencio lleno de gritos de la noche hospitalaria. Síntoma. Escuchar el diagnóstico de los otros: medicación, cirugía, amputación, tratados paliativos. Síntoma, síntoma, síntoma.

Síntoma es todo aquello que, asomando la punta de la lengua, es vocablo prospectivo, proyección hacia una posibilidad del futuro: el síntoma es palabra proverbial: algo hay en él que nos arroja hacia lo venidero como la palabra de un oráculo que, sin saber el destino, al enunciarlo condiciona su ocurrencia, lo hace, le da cuerpo.

Una vez que un individuo entra en un hospital, esa casa de Asterión sin minotauro, o donde uno mismo, enfermo, es el minotauro a la espera de la espada liberadora de un Teseo vestido blancamente pulcro, inmaculado como la morfina, cuando un individuo, pues, entra en la burocracia hospitalaria, empieza una extensión de sí mismo, una suerte de principio umbilical que lo ata a los que están afuera: afuera

de la cama de hospital, afuera del hospital mismo, pero, sobre todo, afuera de la enfermedad. Ahí, en la distancia corta que trazan las paredes y los cristales infranqueables, hay un vínculo entre el minotauro y una Ariadna diferente que no está atada a Teseo, sino otra que está atada al monstruo, al enfermo, que soporta, a su manera, desde su carne aún intacta, el filo del bisturí del supuesto héroe y las invenciones enloquecidas de un grupo de modernos Dédalos. Así, los que acompañan al enfermo, cuando los hay, tienen también su parte de contagio, su parte de síntoma y símbolo: también ellos son amputados, también ellos padecen heridas cuya sutura, imposible, se quedará esperando toda la vida: nada hay que pueda curar la enfermedad de esos otros pacientes.

La enfermedad tal vez sea, sobre todo la que conduce a la muerte con lentitud de palpo, la dolorosa partición del símbolo que une porque ya nos ha separado de aquellos otros a quienes tanto queremos.

El hospital es, así lo suponemos, un espacio de tránsito que, una vez que digiere en sus entrañas hondas nuestros males, ha de arrojarnos de vuelta al mundo exterior, el mundo libre y sano, donde los pecados del cuerpo enfermo no son bien asimilados: el hospital, en su habitualmente abigarrada arquitectura, es una suerte de filtro, rasero que termina decidiendo quién puede volver indemne del proceso y quién, tullido, maltrecho, regresará con una pierna mordisqueada o con un ojo de cristal: ellos no seguirán siendo lo que fueron, sino una suerte de versión demeritada, sobrevivientes, restos de una llaga, cicatriz en sí mismos, cicatriz todos ellos, veteranos, dicen, de una guerra que, luego se entenderá así, han librado contra su propio cuerpo y contra el sistema médico del Estado.

Isabel Millá cuenta así los últimos años de la vida de su marido, atacado «de pronto» por un cáncer que no le soltó la víscera sino hasta los últimos días, cuando lo que finalmente lo mató fue la imposibilidad de orinar sin desgarrarse a gritos. Lo primero fue el diagnóstico: había tantos diagnósticos posibles como médicos fueron viéndole el cuerpo desde afuera hasta adentro. Había cánceres, de todos tipos, tumores creciendo y desapareciendo en las resonancias, moviéndose de un lado a otro, de una pierna a otra, de un pulmón a un riñón. Había también fiebres de colores y nacionalidades imposibles. Había tuberculosis, reumas, venas taponadas por sangre podrida, cavernosidades varias con nombres y apellidos de impronunciables médicos venerados por la ciencia. Y al final de todo, después de meses, años, de abrirlo en canal como a un pollo, de

removerle las tripas y arrancarle pedazos de carne y hueso que nunca le devolvieron, regresó la idea del cáncer, pero definitivamente, líquido y cuajado, en la sangre y en la linfa. Cáncer en la sangre, eso dijeron después de dos años. Y mientras tanto, a Bruno lo habían tratado con los sulfuros y los mercurios remediales propios de cada uno de los diagnósticos previos: no lo mataron todavía, pero lo dejaron débil, dañado hasta la médula.

Mientras la camilla con el cuerpo de su marido se adentraba en lo más hondo del cuerpo hospitalario, Isabel iba de una oficina a otra registrando cada movimiento, cada visita de los médicos, cada inspección de la sangre, cada radiografía, sellando y firmando pilas de papeles que permitían a Bruno seguir con vida en ese mundo: sin la burocracia, el hospital es un cascarón vacío, un huevo muerto, y la burocracia sanitaria es, a la vez, la ponzoña que va carcomiendo sus mecanismos internos, sus órganos vivos: Había pacientes durmiendo en los pasillos, familiares durmiendo en el perímetro del hospital porque adentro no está permitido el descanso, llorando porque la ambulancia había traído a un herido y los responsables de turno no encontraban su nombre en la lista de ingresos, confusión por las noticias de muerte y amputaciones dichas al garete, en mitad del desayuno, en mitad de un cigarrillo desesperado; pero también había jóvenes médicos durmiendo en las camillas con las sábanas ensangrentadas de un parto o una muerte, ventanillas de farmacia cerradas porque no hay medicinas disponibles, instrumental avejentado, enrojecido por el óxido y la sangre, personal de enfermería con las piernas hinchadas por no poder sentarse ni un momento, madres pariendo en las salas de espera, en los jardines, en las puertas de entrada, en los baños públicos. Todavía recuerdo, decía Isabel, cuando la doctora Páez vino y le dijo a Bruno, aún antes de empezar a tratarlo: O te mata el cáncer o te mata la quimioterapia, pero de ésta no sales; y se negó a atenderlo y dijo que ya nos vería en la segunda cita si Bruno seguía con vida.

Se sucedieron meses de sueros y sustancias, de náuseas y temblores, de vómitos y llantos y algunos, escasos, descansos. Idas y venidas al hospital donde ya los conocían a los dos casi en cada pasillo, en cada oficina: cuando Isabel se acercaba a los responsables del banco de sangre, por ejemplo, a pedirles una bolsa para Bruno, una transfusión para que al menos pudiera hablar un poco con sus hijos, la veían como si fuera a venderles un objeto inútil, una herramienta gastada, como si su presencia ahí interrumpiera el normal funcionamiento de la nada. Y luego semanas enteras de trámites,

internamientos, brucelosis, pústulas, abscesos, botulismos, diarreas y estreñimientos, hambre e inapetencia, sed, mucha sed, tantísima sed, la sed inconsolable de la vida, y más firmas y pagos y préstamos para cubrir lo que el Estado se negaba a pagar porque, decían, no estaba directamente relacionado con el cáncer. Paciencia, les habían dicho, pero pasa que los consejos a los enfermos casi siempre los esgrimen los sanos.

Cuando los tratamientos, en apariencia, habían liberado del cáncer a Bruno, salieron del hospital al mundo de los vivos: vivos los dos, perjudicados los dos, pero vivos, animados porque se vislumbraba una posible recuperación. No tardó mucho la biología en arderle otra vez los nódulos de la linfa. Había un principio, un síntoma raro, decía Isabel, una señal de que las cosas iban mal: no era un dolor ni una hemorragia ni la pérdida de fuerzas ni la fiebre: poco a poco se le iba metiendo en el cuerpo una comezón interminable, insaciable: Una vez lo encontré arrancándose la piel con un tenedor, desesperado porque las uñas no le alcanzaban para aliviarse. Pero entonces, antes, cuando parecía que el cangrejo se había retirado a cavernas más lejanas, o eso señalaban las fotografías de la selva interna del cuerpo, se sucedió el milagro de los hospitales: a Bruno le fue «dada el alta médica». Término extraño, «dar el alta», para señalar que un proceso de enfermedad ha sido solventado y la salud restituida: como si el enfermo pudiera de nuevo reincorporarse, volver al cuerpo, pues, al ejército de los sanos y seguir cumpliendo con sus deberes. Así, «tener el alta» significaría encontrarse, aunque no en todos los casos, en ausencia de síntomas y de causas subyacentes. Pero aquel estatuto es un arma de dos filos: por una parte parece indicar que la condición enferma ha sido desterrada del cuerpo, la salud habita en nosotros, pero por otra parte significa que el individuo ya no es más un paciente, sino un ciudadano como cualquier otro y que, aunque los dolores remanentes de los diversos procesos quirúrgicos y químicos permanezcan, ha de regresar ya al mundo de los enteramente vivos y, con todo ello, la salud, la vida cotidiana, las responsabilidades, el trabajo, las facturas, su cuerpo, todo, pues, deja ya de estar al cuidado de los *especialistas*. Salimos del hospital pensando que jamás volveríamos, dijo Isabel, nos equivocamos, pero también ellos se equivocaron.

¿Qué sucede después de «recibir el alta médica» y regresar a la vida de antes de la enfermedad? No hay más la vida de antes, diría Bruno, todo es latencia de la enfermedad. Había, entonces, que pensar en la asimilación de todos los procesos: el dolor, el sopor, la cercanía de la

muerte y la suspensión momentánea de la cercanía de la muerte, el tiempo perdido e irrecuperable del mundo que seguía afuera del hospital: los hijos que crecen, los amigos que mueren, las hermanas que mueren, los amigos que, también, enferman de cáncer. Pero de la misma forma se piensa, según señalaba Bruno, en regresar al trabajo, recuperarse de las heridas cortantes, ducharse con cuidado porque la piel nueva de las cicatrices es delicada, delgadísima, y debajo se perciben la entraña y el hueso; y también: cuánto dinero ha quedado después de pagar todo aquello que el sistema médico del Estado no asume y que el enfermo, su familia, deben costear inmediatamente para esquivar la mano de la muerte. En todo eso, y seguramente en más, pensaban Isabel y Bruno cuando, un día, sin mayor aviso, regresó el síntoma oracular. Se dieron cuenta de que nunca habían dejado de ser «pacientes».

Supimos de inmediato que el cáncer había vuelto, o que nunca se había ido de verdad, dijo Isabel. La experiencia del laberinto hospitalario, desde la pésima alimentación, la insalubridad, la mala atención, las constantes infecciones contraídas en el mismo hospital, el precio altísimo de la salud, los constantes comentarios de la doctora Páez: «Me sorprende que sigas vivo», «No creí que llegarías hasta aquí», «Prepárate para lo peor», «La próxima sesión de quimioterapia te puede matar», y tantos otros, arrastraron a Isabel y Bruno hacia la decisión de no regresar al hospital y optaron por una suerte de curandero ambulante, un coreano de apellido Rivera que, venido del norte, suministraba unos remedios «naturales», a precios sobrenaturales, con la promesa del milagro de la resurrección. En una ocasión, contaba Bruno, llegó al hospital un hombre mayor, casi anciano, a quien le suministraron suero y algún otro medicamento y que, pese a verse sano, pasó la noche delirando, pidiéndole ayuda a un tal Álvaro que nunca llegaba, que nunca llegó y que, después supimos, nunca existió: en realidad, aquel viejo llamaba al enfermero, o eso creía él, porque ningún enfermero de ningún turno se llamaba Álvaro; descubrimos que el hombre vivía en la calle y que de tanto en tanto, para evitar la lumbre de las noches del trópico, para evitar la deshidratación y la soledad, se internaba en el hospital tal vez fingiendo algún padecimiento, o exhibiendo, en todo caso, un padecimiento real, y los trabajadores, molestos por su presencia, por su existencia, le daban nombres inventados: llegaba el enfermero de turno y le decía «Me llamo Álvaro», pero en realidad su nombre era otro, y así, cuando el viejo llamaba a Álvaro, ninguno de los trabajadores del hospital se sentía aludido para acudir a él, y el

hombre se convertía en un loco delirante que aturdía a los otros con sus imaginaciones. Todos se reían con una risa de no comprender el dolor, de no saber nada del dolor. Pero no estaba loco. Estaba solo, y más solo, decía Bruno, porque nadie sabía que no estaba loco. Un día se murió con el nombre de Álvaro atorándosele en la garganta. Nadie vino a verlo en toda la noche.

Por eso recurrieron al coreano Rivera, aquel médico o brujo, y a sus bebedizos curativos. Y Bruno estuvo bien durante un tiempo, pero las mentiras no burlan al cuerpo, y por la casa volvían a aparecer tenedores ensangrentados, cucharas con trozos de piel, prolongados baños con agua helada para adormecer la urticaria que le ardía por debajo de la carne, donde las uñas y los metales no podían llegar.

Decidieron, contra las reflexiones anteriores y las experiencias difíciles, volver al hospital, someterse de nuevo a la «agencia», a esas fuerzas voluntariosas de la hidra hospitalaria. Luego de la interminable burocracia para «darse de baja» del mundo de los sanos y volver a ingresar en la maquinaria de la sanidad pública, se les asignó una cita con la doctora Páez que, después de hacerlos esperar días o semanas, y horas aún antes de poder entrar el día mismo de la visita a su consultorio, recibió a Bruno diciéndole que su caso no era apto para el tratamiento y que más le valía regresar a su casa a morirse en paz, allá, escondido y donde no estorbara, morirse en paz. Morirse en paz. Morirse con Dios, o algo así le dijo. Es hora de pensar en Dios, le dijo. Morirse en Páez. Había que buscar la vida en otro lugar: ahí, en el hospital, sólo se cumple lo que nadie prometió.

Cuando mi abuela estaba al borde de la muerte, a punto de dar el salto de los noventaycuatro años a la memoria, la habían internado en un hospital porque la familia supuso que ahí los cuidados serían mejores. Nadie sabe cómo pasó, pero un día, mientras una de sus hijas acomodaba las sábanas, descubrió que llevaba puestos unos zapatos que, de alguna manera que no quiso explicar, le había robado a una enfermera: quería ir a morirse en su casa. Ella sabía bien que el tiempo estaba encima, y el hospital le parecía un exceso de blancura, un abuso del frío y de la obediencia. Nunca supo ser obediente: su corazón estaba lleno de flores que nunca se marchitaron. No quedó otra opción que llevarla a su casa, a su habitación, a su cama, donde finalmente, un día, hablando por teléfono, me dijo que se moría, que estaba bien, que siempre me quiso muchísimo. No pasó una semana más antes de que se le acabara el aliento o de que su aliento saliera a volar entre nosotros o de que su aliento fuéramos, definitivamente, nosotros. Logró, al menos en esa última instancia, escapar del hospital

que, luego de una cirugía de cadera, la llevó al lindero de la ausencia.

Bruno murió al iniciar el mes de agosto antes de que terminara el primer día. Yacía en un hospital, curado del cáncer, según afirmaban los oncemil médicos que lo visitaban a diario. Los venenos que mataron al cangrejo también lo mataron a él. Tenía el cuerpo atravesado de agujas y tubos: era un faquir de hospital. Isabel estuvo ahí en cada momento. Cuando él finalmente murió, en apenas soltar la última bocanada, Isabel hubo de levantarse de su lado para cumplir, oficina tras oficina, con el papeleo burocrático que certificaba, ante el Estado y el hospital y las instancias oficiales del mundo de los vivos, la muerte de su marido.

Culiacán, 2017

Dar la vuelta: regresar a donde nunca estuvimos

No querer marcharse quiere decir durar en los muertos.
RAMÓN ANDRÉS

En la experiencia de los hospitales, los sanos, los que viven fuera, los que visitan los leprosarios modernos apenas durante unos momentos, se encadenan a la víscera médica de dos formas: alguien suyo yace dentro, alguien de su amada cercanía, y su visita, su aparición como un retrato de lo que hay afuera, como un anuncio de las noticias que se suceden mientras el paciente está suspendido en el limbo de la cama y el suero, es un donativo de tiempo, de voces, de pretendida ligereza. Pero hay otros que han de llegar enteros y salen del hospital con una falta en el cuerpo: su donativo es corpóreo, tibio, vive en tubos de cristal antes de meterse en el cuerpo del enfermo: transfunden sangre, bilis, linfa, médula, riñones, hígados, que pretenden, en algún momento, ser, dentro del cuerpo enfermo, bálsamo, filtro de lo que hiere el orden de las células del cuerpo ajeno.

No se puede ser puto o puta o feliz para donar sangre: hay que ser un monje, un maniquí absoluto: ni sexo ni risa ni alcoholes ni desvelos ni riñas ni amor ni nada: una pura carne pura, limpieza absoluta incluso en los pensamientos, ya sea por obra, palabra u omisión: a las seis de la mañana llegan los donantes, o incluso antes, a esa sala de espera sumergida en un hedor de muertos. Siempre que estoy en el hospital siento que me voy a enfermar, que llego sano a la sala de espera del banco de sangre y que, para el final del día, cuando llega mi turno, ya tengo una mugre volátil pegada en la carne, y que se me va a meter en la sangre cuando me atraviesen la vena con la aguja, y que esa sangre va a llegar a mi enfermo querido y que lo va a matar, que lo va a pudrir desde adentro. A las seis de la mañana llegan, y casi dan las cuatro de la tarde cuando salen los últimos.

Aquellos que llevan la renunciación a las cotas más altas, pero esto

tal vez sea, más que renunciación, compromiso, una especie de comunión laica; a ellos los convierten en enfermos temporales: los visten con las batas, los hacen andar atados a los mástiles del suero, los infunden de líquidos que contrastan, según se dice, lo sano de lo enfermo, les dan a comer la misma comida que a los internos y al final, como si con ello proporcionaran la cura a dos cuerpos separados en el espacio y en el tiempo, a uno le extirpan algo que al otro le colocan y suturan porque, dicen, le hace falta. Pero resulta que ninguno de los dos sale de ahí completamente sano: El mejor donante es un muerto, dijo una vez un médico viejo en el pasillo del hospital: no se queja, no demanda a nadie, da lo mismo si lo entierran en pedazos. Dicen que los donantes y los receptores quedan, de alguna manera, enlazados entre sí, como si el órgano extirpado, su vacío cavernoso, siguiera palpitando en el donante desde la distancia del otro cuerpo, como si se entendieran sin hablar, como dos andróginos forzados por la clínica y los quirófanos.

Conocí a un tipo al que le decían Indio y que, en determinado momento, aquejado desde la distancia por un viejo padecimiento, se vio encadenado cada día a una máquina de diálisis: uno de los riñones había dejado de funcionarle ya y el otro, cansado y pedregoso, estaba de camino al cementerio. De alguna manera se convirtió en su propio donante, al menos durante un tiempo en el cual la máquina absorbía toda su sangre, la limpiaba y volvía a ponérsela en el cuerpo. Una especie de burdo robot, una esclavitud, decía. Luego, finalmente, fue necesario el trasplante. El Indio se negaba, pensando en el riesgo que tendría que correr el donante vivo, su hermano, y se imaginaba a los dos atados a la máquina, sentados cada uno en una poltrona, con la mirada en el monte, unidos a la vez que separados por el zumbido centrifugado de la sangre. Esperaron un tiempo, por si aparecía el riñón compatible de un desconocido muerto, tal vez, en un accidente o en un tiroteo, y cuya carne interior acabaría adentro del cuerpo del Indio.

A veces, decía el Indio, me sorprendía, al leer las noticias del periódico, la idea de que alguno de aquellos muertos del día, cientos y cientos de muertos, fuera mi gemelo genético, y que su riñón, perfecto para mí, se pudría mientras le hacían fotos, o se había podrido ya, como una fruta, porque habían tardado semanas o meses en encontrarlo, amagado entre las hierbas altas de la temporada de lluvias. Trataba de no pensar demasiado en ello, y sin embargo no podía evitar que una cosa parecida al deseo me fuera bullendo por dentro como un vapor incontrolable, y no sabía yo si aquello era el

deseo de una idea de justicia o de una noción amorosa: no querer que a mi hermano le arrancaran un riñón. Pensó que podría acostumbrarse a vivir con la diálisis, que en algún punto se diseñaría un aparato de última generación que podría llevar consigo, aunque él imaginaba la misma máquina del hospital, tal vez un poco más pequeña, arrastrándola por la casa o por las calles de la ciudad en un carro de supermercado, y que así podría llevar una vida ligeramente normal. Se imaginaba a sí mismo como una especie de híbrido: Como esos atletas que han sido amputados y corren los cien metros planos, decía, con un par de ganchos en los pies, de fibra de carbono o de titanio, o de algún material aeroespacial, y que él mismo podría ser un atleta de la supervivencia, un atleta de la enfermedad, alguien que sobrevive a pesar de que su propio cuerpo no lo quiere así.

Los pronósticos médicos, no obstante, destruyeron el sueño robótico del Indio, y fue mandatorio que su hermano pasara por el periplo del donante, una suerte de largo calvario que termina en un sacrificio de extirpación. El hermano del Indio estaba dispuesto; quería hacerlo porque quería a su hermano, en ello no hay duda, y se metió de lleno en el proceso clínico.

En aquellos años resonó una noticia internacional que puso a pensar al Indio en todas las implicaciones del trasplante: un cirujano español había trasplantado las dos manos a una mujer de cuarentaysiete años que las había perdido en un accidente a la edad de diecinueve. En principio la cirugía fue un éxito, y más allá de algunos otros casos documentados en los que los receptores resultaron perjudicados, la mayor parte de las otras intervenciones semejantes arrojaron resultados positivos. Hay un hombre en algún lugar, decía el Indio, al que le pusieron las dos manos y nunca echaron raíz y no las puede usar y ahora pide que se las quiten, pero al colocárselas, originalmente, debieron recortarle sus propios brazos un poco más, y ahora tendrían que arrancarle hasta los hombros, o algo así, para quitarle las manos injertadas. Sin embargo el fallo en la cirugía no era lo que más sorprendía al Indio con respecto a estos casos: Vi la fotografía de la mujer, incluso las de otros pacientes, y estoy seguro de que las manos que les pusieron eran de personas más jóvenes, más tersas, más altas: algo desproporcionado había en todo eso. Y luego pensé, continuaba, que a los donantes los habían enterrado sin manos y eso me llenó de nervios.

El miedo se convirtió en un objeto que el Indio no podía nombrar todavía: en algún lugar habían enterrado a una mujer sin manos, en algún lugar habían quedado las manos amputadas de la mujer que

recibió el trasplante. Esa permuta le provocaba una duda enorme, una incertidumbre: ¿Qué van a hacer con mi riñón?, preguntaba, ¿Dónde lo van a guardar? A su hermano, en cambio, no parecía importarle la diferencia, pero le preocupaban las inquietudes del Indio. Y aunque era evidente, o así queríamos pensarlo algunos para evitar ciertas formas del terror, era evidente, pues, que aquellos miembros y órganos serían incinerados, como también sería incinerada, seguramente, la joven cuyos brazos fueron donados a aquella otra mujer. Aun si no logramos suprimir del todo la imagen de un cuerpo amputado escondiendo los muñones en el ataúd.

Hace años, cuando una hermana de mi padre se moría de cáncer, casi todos en la familia hicimos la larga fila india del laboratorio del hospital: mentimos cuanto se podía mentir para que los químicos nos observaran las venas y su contenido y nos dijeran si éramos aptos para hacer la necesaria transfusión. Era temprano por la mañana y nos habíamos reunido unos quince. Sólo dos resultamos sanos. Uno daría sangre, otro daría el plasma amarillo. Cuando me acerqué a la máquina a la que me conectarían por un par de horas para sacarme la sangre, centrifugarla, separar de ella el líquido amarillento y volver a meterme en las venas ese vinagre debilitado, me percaté de que el sillón en el que me ofrecían sentarme estaba lleno de algodones enrojecidos: parecían capullos de flores de algodón con un punto de sangre en el lugar en el que estaban unidos al tallo: era la sangre de quién sabe cuántos donantes que habían pasado por ahí. No quise sentarme. Estuve de pie, contrario a las indicaciones de los técnicos y los químicos, porque sentía que si me sentaba ahí, en medio de esos restos, me convertiría yo mismo en un resto y no saldría nunca del hospital. No pude aguantar y me senté en el borde, y los trabajadores se reían de mí como si hubiera sido, mi actitud, la de un tonto exquisito que se cree más limpio que la mierda de los otros.

Pocas semanas después, la hermana de mi padre murió. Fue una sensación extraña, más allá de la tristeza, la de saber que en su cuerpo, ya enterrado, iba secándose mi sangre. Algo así, pero con mayor gravedad, sintió el hermano del Indio cuando el Indio se murió porque se contagió de una neumonía en el hospital. Un agujero le quedó en el costado donde el riñón le fue extirpado, y un puñado de años menos, se lo dijeron los médicos: le consolaba pensar que su hermano y él, si todo salía de la mejor manera posible, se morirían al mismo tiempo. Pero el Indio apenas vivió unos meses después del trasplante, y el riñón del hermano del Indio no tenía contrato de regreso, y se quedó en el cuerpo del Indio, que se fue con tres riñones

anudados en la barriga, que no fue incinerado y que fue enterrado muy cerca de todos nosotros. Dicen que el hermano del Indio se quedó, al final del sepelio, mirando el sepulcro como si pudiera rescatar algo vivo de ahí, algo que lo dejara descansar por las noches. Dicen que no duerme bien, que siempre que camina se inclina hacia el lado pesado, el lado con un riñón de más, así lo dice él: Tengo un riñón de más, y se va caminando como si fuera el eje inclinado de la Tierra.

Culiacán, 2017

De cuando resulta que el mundo es una jaula

De sus venenos está repleta la atmósfera de este libro,
y de esa atmósfera es de lo que mueren sus personajes.
WALTER BENJAMIN, *Libro de los pasajes*

No sé a ciencia cierta, no recuerdo con precisión, cuándo fue la primera vez que fui a un hospital. Tampoco estoy seguro del todo cuál de las enfermedades infantiles más comunes fue la que padecí primero. No al menos con la precisión con que recuerdo la primera vez que vi a una persona muerta, el olor mojado de los claveles que siempre será, para mí, el olor de la muerte y los velorios. Recuerdo, eso sí, el primer tirón del nervio, el primer ardor que por detrás de la pierna me detuvo un momento durante la caminata, la extrañeza de aquella sensación, la consistencia eléctrica del dolor, la espera sorpresiva y falsamente paciente, la calma con que se piensa: No es nada, ya pasará, y luego seguir andando con ese aguijón nervioso clavado en la pierna como si un insecto magnético me estuviera comiendo poco a poco cada uno de los pasos que iba dando. Recuerdo el descanso al llegar a un café solitario, la tranquilidad de no tener que llevar encima el cuerpo y el dolor, la preocupación constante de que la termita nerviosa siguiera ahí después de un rato, después de todo, después de que me olvidara de ella y despreocupado me levantara, como lo hice, para seguir o para volver, y sintiera, otra vez, la quemazón medular que me quería convertir en estatua, en fijeza, en presa fácil.

La tensión eléctrica y nerviosa de la médula creció poco a poco con el tiempo: no fue un disparo ni una ráfaga, sino que cobró la forma de una marea lenta que un día, casi sin notarlo, lo había inundado todo. Para entonces ya me había habituado al dolor, a ese estirarse los nervios y la carne, al caminar encorvado y a padecer cualquier peso como Sísifo en la montaña. Todo peso, sin embargo, alcanza su

cumbre, y la tenue fibra que lo sostiene todo termina por romperse: fue entonces que la pierna izquierda no respondió más, que el dolor era una cuerda que se tensaba desde el pie hasta la espalda, arqueando el cuerpo como si de pronto un montón de años se me vinieran encima, y fue así que no pude más levantarme de la cama.

Las primeras horas del dolor se consumen pensando en la causa, en la raíz, en la rotura original. Sin posibilidad de saberlo, las primeras dos noches se sucedieron en un lapso similar a la eternidad, a lo infinito, o a algo parecido a lo eterno y lo infinito. Lo único similar al relámpago era el dolor, que se ofrecía como un verdugo listo y dedicado: ya viene una descarga, larguísimos segundos de rasgadura y dientes, ya viene la calma, preámbulo apenas para que luego, otra vez, restalle el látigo eléctrico. Es cierto que desde la infancia padecí la persecución sin tregua de la migraña al grado de que llegué a habituarme a ella como si el dolor fuera un estado natural del organismo. Durante años me acostumbré a la condición neurálgica y su cotidianidad fue parte de la mía: los analgésicos, el insomnio, el ruido volcánico de cualquier objeto, el olor totalitario de cada rincón. Sin embargo, el destello luminoso de los nervios medulares fue más allá de cualquier dolor esperado y después de varios días de padecerlo acabé entrando a un hospital en una silla de ruedas, embotado por el sopor de los analgésicos que nunca lograron alejar del todo el verdadero dolor.

La enfermedad le cambia a uno la cara, o le cambia la cara al mundo, la cara que nosotros vemos y la que los demás ven en nosotros mismos, y entonces tenemos pesadillas donde un tren enloquecido recorre la ciudad, y los nahuales y los coyotes vienen mordiendo nuestras últimas palabras para dejarnos en silencio, y el dolor es un esguince antiguo, una rotura de la rodilla, una elongación muscular, dolores que nos vienen de lejos, una lejanía temporal, de otros años y otras pesadillas. La enfermedad física es aturdimiento: herido el nervio, la locura de los dolores era amplia: cada dolor que alguna vez sentí en esa pierna, cada sensación, iba y venía por toda la extremidad, a diferentes horas del día, como si hubiera en ello una suerte de rememoración nostálgica.

Aquellas semanas que pasé inmóvil, con las ideas lentas y el cuerpo lento, pensé tanto en la enfermedad que llegué a creer que el nervio de la memoria existe como una extensión que atraviesa los mapas y los desiertos y los tiempos sin de verdad cortarse, sin romperse y llevando de un lado a otro la memoria electiva de los que enferman. A veces sentía que se había derramado un vaso de agua en el muslo, que

me habían dado un pisotón en el pie, que me habían picado centenares de zancudos, que un peso enorme se posaba sobre la zurda y terminaba por entumecerme por completo. Pero estaba solo en la habitación, o me acompañaba María que veía desde su sitio, cómo me atacaban en horda los fantasmas del nervio, armados de navajas y zapatos y vasos de agua, turnándose la oportunidad del susto.

Poco a poco, con las semanas, el nervio tensado fue volviendo a su estado natural gracias a la gabapentina y el metamizol magnésico. Nada, sin embargo, se va sin dejar su marca en nosotros, nada que no deje su dentadura en el nervio, su cavernoso fósil; y si antes ya el tetrazepam había traído el sueño perpetuo, los cinocéfalos, los hombres-mono de David Brodie, ese hombre extraño que firmaría desde Glasgow un par de libros para mi madre, las nuevas curas me despertaron una mañana con una hinchazón preocupante en el pie izquierdo. Pensé en Proteo, en Joseph Merrick. Pensé en la memoria del nervio, abultándose bajo la carne. Pensé en el estatismo, en la imposibilidad de cualquier viaje, de cualquier caminata. Pensé que el mundo sería una jaula, una bahía, un cuarto sin ventanas. Tuve miedo, sí, porque cada día el pie izquierdo iba creciendo, y yo me hacía de métodos variados para medir la hinchazón: ahora este zapato, qué tanto comprime la carne; ahora una cinta métrica; una fotografía hoy, otra ayer, otra mañana. Inflamación. Crecimiento de la flama. Entrar en la flama, en el lengüetazo de lumbre, amarillo y azul de los mecheros de un laboratorio, verde por el cobre, rojo por el litio que adormece a los enloquecidos, a los enfermos. ¿Qué reacciones tiene el cuerpo cuando se siente agredido?

El espíritu de Proteo fue abandonándome el cuerpo con los días. El dolor, que cedió a los impulsos químicos de los fármacos, se fue despacio, dejando apenas algunas sombras. Salí a la calle, por fin, con una muleta, la espalda todavía encorvada, el peso del cuerpo repartido, como si fuera un simio incompleto, entre una pierna y una mano que llegaba hasta el suelo; la lentitud seguía siendo implacable, la necesaria paciencia, las explicaciones lumbares y sacras que había que dar a los curiosos. Al tiempo, la hinchazón desapareció y, con ella, el músculo que subyacía también mostró su ausencia: apareció la atrofia de la zurda: desaparecieron las escaleras, los pasillos angostos, las pendientes, las colinas verdes o terrosas, los charcos de la infancia, las carreras para alcanzar el tren, el autobús, la pelota. De la inflamación, la pierna pasó a la escualidez, al hueso, a la fragilidad. La muleta seguiría pegada al brazo algunas semanas más. La ropa ocultaba la debilidad que, sin embargo, casi siempre se hacía evidente

en alguna situación. Había que dormir sobre la otra pierna, la diestra, y casi siempre regresaban las pesadillas: algún resto de los fármacos seguía circulando y de vez en cuando me sorprendían con alguna historia descabellada. Los médicos, sin embargo, decían que esto era la recuperación, la convalecencia.

«Convalescere», salir de un estado de postración, dice la etimología. Es decir: salir del abatimiento, del estar tendido en el suelo, y volver a andar. Alejarse, tal vez, por el propio pie, de aquello que causó el mal, aunque uno no sepa de ninguna manera de dónde vino la herida o si ha cicatrizado por completo.

Sólo tiempo después, sometido al magnetismo sonoro, como si Mesmer viniera desde su siglo hasta el sarcófago digital que me engullía, con sus cuerdas atadas a una ceiba milenaria dirigiendo el estertor de los polos, supe que había una protuberancia espinal que presionaba el gran nervio ciático, o una de sus mínimas nervaduras, y que había sido aquello lo que dañó, quizá para siempre, los conductos medulares siniestros. Los cirujanos ofrecieron inmediatamente el bisturí, la placa de titanio, los tornillos milagrosos. Ese nervio, dijeron, hay que fijarlo. Rechacé los quirófanos porque esa fijeza que me ofrecían era más que una cura, era más que el temor de un error en el cálculo de los trazos cortantes y las suturas: porque el estatismo de la mirada, la limitación del panorama visual, la quirúrgica necesidad de una zurda estática y lenta, se me ofrecía como una pasividad obligada, una suerte de orden ajustado a martillazos. Morirse sin que a uno le metan nada en el cuerpo, nada ajeno, ni un pedazo de metal ni un clavo ni un tubo de plástico, me dijo una vez un tipo al que le habían injertado una vértebra de cerdo. Hablaba mucho de Circe y de los marinos en la isla de Lesbos. Lo decía con una tristeza disimulada, detrás de una sonrisa resignada: Yo quería eso, ni una prótesis ni un injerto, pero me doblaría como un junco hasta romperme, me dijo. Me voy a morir erguido, oxidado, rechinando como maquinaria vieja, decía. Quise pedirle un consejo: en algún momento, dijeron los médicos, sería posible que la cirugía resulte obligatoria. Quise preguntarle qué hacer, pero me lo dijo de inmediato: Camina todo lo que puedas: tus pasos, más que los de otros, están contados.

Cerdanyola del Vallès, 2012

El accidente: llevar la muerte dentro

El dolor —decía un sabio— es el libro más
vasto, porque contiene todos los libros.
EDMOND JABÈS, *El libro de las preguntas*

Fue la llegada a un límite la que nos orilló a recurrir a la medicina. O no podía dormir o dormía demasiado. La luz y, sobre todo, los olores, eran una frontera excedida hacía ya mucho tiempo. Un día, dos días, era «normal», como si el dolor fuera una cosa que debemos soportar porque a este mundo, decían esos católicos incontenibles, hemos venido a sufrir. Luego la mayor parte de la semana se iba en el apaciguamiento de los dolores y, por último, sin mayores homenajes ni escándalos, la migraña permaneció en mí todos los días, sin descanso, sin tregua, sin posibilidad de medicación porque tenía apenas diez años de edad.

El dolor, contrario a lo que nos enseña la ciencia de la medicina, con todos sus fantasmas y sus santos, no es síntoma: el dolor es símbolo. El dolor une con el pasado, es vínculo, cadena amarrada al desierto de la infancia, la adolescencia, la convalecencia: puente hacia la ocurrencia de la herida. El dolor no es síntoma porque cumple su destino en sí mismo: el dolor es puro presente: no anuncia, adviene y demanda, arrasa, sobrevive, parasita en nosotros.

En cambio, si uno sigue las huellas de los gritos todavía audibles de los convalecientes, en esas instancias en las que solamente, parece, les es dado sobrevivir, se encontrará con una constante convivencia con la muerte como si la herida, que no cerrará nunca, más que cicatrizar, fuera una sacralización de lo violento, una crucifixión que permanece, colgada en la pared interna del cuerpo, no como una posibilidad del futuro, no como una prospección, sino como el recuerdo de llevar dentro ya, como un tumor agazapado, lento, el recuerdo de haber muerto de alguna manera o de saber que algo se ha muerto por dentro

como una cuerda que se rompe porque, habiendo estado tan cerca de nosotros, lo convierte a uno ya para siempre en lo que Alberto Pecznik llama un «no muriente».

La culpa del sobreviviente, le dicen en otros ámbitos. Pero es algo más, más que esa culpabilidad por estar vivos cuando otros han caído al pozo hondo de la muerte y los borran nubarrones del recuerdo y ya se van haciendo más pequeños, como si rejuvenecieran en el recuerdo, niños poco a poco, hasta la ausencia. Aquella vez, después de años de lidiar a diario con la migraña, me hicieron entrar en el aparato de las tomografías computarizadas para leer los tajos de mi cerebro. En la consulta con el neurocirujano, semanas después, sentados al otro lado del escritorio escuchamos: No te asustes, pero esto de aquí parece un tumor, haremos una resonancia para estar seguros.

Fue la primera vez que, entrando en el tubo magnético de las resonancias, se me leyó en el cuerpo un síntoma. Lo que hay en la naturaleza del síntoma es una prospección, y sin embargo, como cualquier oráculo, su imprecisión es notable: el futuro está dicho, pero no hay cifras, no hay horas, la única certeza es su espectáculo. La prognosis, como vocablo fundamental de la ciencia de la medicina, ejerce sobre el paciente un peso monumental: lo que viene desde la entraña hospitalaria es una verdad, una realización posible que en cualquier momento, porque no hay *un* momento, ejerce su peso de ánima, su influjo de ley. Lo mismo pasa con los diagnósticos: son los equivalentes médicos para los términos de símbolo y síntoma. Diagnosis, símbolo, reconocimiento. Prognosis, síntoma, anticipación.

Pero hubo que esperar meses a que la burocracia médica nos diera tiempo preciso para una cita con los imanes y las pantallas. Así pasa en este país: en medio del trance en el que Bruno habría de encontrar la muerte, dolorosa muerte que nos pesa incansable, un gesto de la burocracia nos anunció la gravedad con la cual la tramitología se ofrece como una ciencia terrible, dura, llena de ardores insensibles.

Lucía, la hermana mayor de Bruno, llevaba en su cuerpo una marca de origen, genética en forma de hélice incompleta, que en menor o mayor medida compartía con sus hermanos y su madre. El síndrome de Osler-Weber-Rendu es una enfermedad hereditaria que produce una malformación de los vasos sanguíneos y que provoca, casi de repente, prolongadas hemorragias externas e internas. Bruno la padeció también. Su madre murió, según tengo entendido, de las complicaciones que la condición le imprimió a su avanzada edad.

De los tres médicos que bautizaron al silencioso animal, el primero es, sin duda, el más interesante. William Osler se convirtió en el

primer médico en la Johns Hopkins University el mismo año en que Jorge Luis Borges vino al mundo. Nieto de un pirata, según algunos informes que se detallan en las dos biografías publicadas sobre William Osler, hay once enfermedades y diecisiete edificios que llevan su nombre. Su padre, Featherstone Lake Osler, cuyo nombre puede traducirse con tres palabras muy inusuales para un nombre propio: pluma, piedra y lago, estuvo a punto de convertirse en el investigador científico principal del *HMS Beagle*, el barco que llevó a Darwin a las Galápagos.

Mientras tanto, a Bruno lo abrían de par en par porque nadie sabía, o nadie lograba saber, qué le estaba comiendo por dentro la vida.

Es sabido que la mayor aportación de Osler al mundo de la medicina, y de la educación de futuros practicantes de las ciencias del cuerpo, fue la enseñanza mediante la observación: fue el creador del concepto de las «residencias médicas», promoviendo que los estudiantes de medicina debían vivir, desde el principio de su formación, en constante relación con los pacientes: su idea se expandió rápidamente en todas las instituciones de educación superior. El que estudia la medicina sin libros, escribió, navega a ciegas; el que estudia medicina sin pacientes, concluye, nunca se lanza a la mar. Osler entendía el diagnóstico como una narración: En la palabra del paciente está el diagnóstico, es menester escucharlo atentamente, decía. Confiaba en Avicena como Borges confiaba en los laberintos. Tal vez algo los unió de alguna manera, tal vez algo laberíntico hay en todas las enfermedades. Recomendaba la muerte a partir de los sesentaicinco años y celebraba la neumonía como la enfermedad más benévola para acabar con la vida de aquellos que han perdido la productividad que el ímpetu de la sangre otorga. Él mismo murió de neumonía a la edad de setenta años. Vivió a través de un heterónimo, como Pessoa o como un Borges joven y tímido: Eggon Yorrick Davies, una suerte de médico comediante que escribía hilarantes cartas a las revistas especializadas contando historias clínicas que maravillaban a los lectores y a los científicos que buscaban, ahí, el tálamo de su genialidad.

El diagnóstico como una narración: símbolo. El pronóstico, síntoma, como una predicción en manos de quien lanza sobre la mesa los arcanos del Tarot. Y sin embargo se parecen tanto: nos confunden, nos hablan con la misma intensidad.

¿Qué importa esto? ¿En qué medida la historia de William Osler, nombrado caballero de la corona británica, arroja alguna luz sobre la historia de Lucía, la hermana de Bruno? Da miedo cómo parece que

todo se conecta, que hay hilos, o cuerdas, que unen los archipiélagos del pasado sin que a veces podamos sospechar nada. Cierto día, no recuerdo el mes, mientras Bruno luchaba contra el cangrejo, Lucía padeció un fuerte episodio de la enfermedad. Fue internada en un hospital de la seguridad social mexicana: una habitación poblada, una habitación-autobús, un espacio atiborrado de enfermos y muertos que no sabían que ya estaban muertos. Pasó días ahí, empeorando. Pocos son los que entran en estos hospitales y salen con vida. Hace un tiempo sucedió que un músico que conocemos fue arrollado por un autobús: expulsado a más de treinta metros de distancia, el músico terminó con el fémur y la cadera hechos trizas. Poco después vimos una fotografía en la que mostraba las sábanas que lo cubrían en la cama del hospital: eran las mismas que lo habían recibido desde el primer día, pero ya había pasado un mes: las enormes manchas de sangre se fermentaban en la tela y nadie hacía nada al respecto. Cuando por fin se decidieron a operarlo, la cadera ya había soldado por sí sola, torcida y arbitraria, y el fémur quebrado seguía royéndole con sus dolores interminables.

Pasó así que Lucía, internada y casi ausente, debía recibir cada día una cantidad de sangre que contrarrestara la naturaleza de su condición: el Osler-Weber-Rendu sólo puede combatirse con transfusiones: los enfermeros debían supervisar los índices correspondientes en los monitores y decidir en qué momento era necesario administrar una nueva bolsa de sangre. Pero la sangre no es gratuita: hay que comprarla.

Recuerdo muy bien aquellas ocasiones en que Bruno requería transfusiones de plasma y sangre: los gritos de la familia y los amigos solicitando donantes porque los bancos de sangre, siempre en mínimos, se negaban a proporcionar el líquido espeso. En más de una ocasión fue necesario pagar a donantes «profesionales» para que asistieran al hospital con sus venas y sus arterias dispuestas porque los demás, los más cercanos, ya no podían, y porque algunos otros, me sigue pareciendo increíble, no querían.

Cierto día en la extraña normalidad que se vive en los hospitales, Lucía murió en medio de un cambio de turno. El responsable de administrar la nueva transfusión debía irse temprano, antes de la hora pactada para colocar la bolsa. El responsable del siguiente turno decidió, ese día, llegar tarde. No hacía falta preguntarse, llamar, avisar, dar noticia: el sindicato, seguramente, los protegería de cualquier infortunio. Lucía murió porque la sangre, que estaba ahí, que estaba dispuesta y fresca para alimentar sus venas, no llegó a su

cuerpo. Se fue apagando como se apagan las estrellas viejas. Nada más hubo qué hacer. Estoy seguro de que aquello fue una espina honda en el corazón de Bruno. Una de tantas que terminarían por matarlo.

Entonces pienso en sir William Osler y sus ensayos sobre la relación de los médicos aprendices y el trato con los pacientes, en la voz de aquel hombre que, en la sala de terapia intensiva, cuando Bruno se recuperaba del invasivo polen de los cuchillos del cirujano, aquel hombre viejo que llamaba al enfermero que le había dado su nombre, Álvaro, un nombre dado como una promesa llena de trampas, alfileres clavados en una fruta que, por tener esperanza, por querer creer en la esperanza, el enfermo se comía entera cada vez que escuchaba el nombre, Álvaro, cada vez que lo pronunciaba, Álvaro, y cada vez que tras el nombre, tras el susurro del nombre, nadie aparecía a su lado.

Con menor gravedad, pero con el mismo descuido que le costó la vida a Lucía, la hermana de Bruno, la cita con la nueva máquina magnética que echaría luz en mi cerebro tardó algunos meses. Mientras tanto yo seguía pensando en las palabras del médico: «Tumor cerebral». Años después, aquejado por otros malestares, volví al curso magnético en la búsqueda de la raíz de un dolor que me incapacitó por completo: ahí fue de inmediato que los médicos señalaron la protrusión de un disco medular y, apenas unos momentos después, una segunda protrusión, mayor, apareció ante sus ojos. Señalaban con un apuntador metálico sobre las placas impresas y nosotros no podíamos ver nada. En aquella primera ocasión, sin embargo, porque la burocracia así lo decidió, me vi obligado a pensar durante dos meses en la muerte que se ha de producir mediante un crecimiento tumoral en la base del cerebro.

De haber conocido entonces la historia de Bruno, la de Lucía, la de tantos otros, estoy seguro, esos dos meses habrían sido aún más dilatados, aún más desesperantes.

¿Qué pensé durante aquellas semanas? Recuerdo una mancha, una especie de barullo visual que crece y crece, casi como un tumor desmesurado, cada vez que trato de hacer memoria. Alguna escena en la que estoy sentado al borde de la cama, mirando por la ventana, sin saber qué pensar. Algún instante en el que pensé en contarle a alguien el pronóstico, el supuesto destino del síntoma, y el arrepentimiento instantáneo ante la posibilidad de una noticia escandalosa que, en el fondo, yo esperaba que fuera errada. Recuerdo claramente una cosa: saber que dentro de mi cabeza, en un lugar desconocido para mí, se agazapaba un pequeño animal, lo imaginaba como algo vivo, móvil,

andante, que en determinado momento, un momento sin aviso, sin tiempo, sin fecha precisa, se reventaría o crecería exponencialmente y me rompería el cráneo. Llevar dentro la muerte, una suerte de ponzoña ingerida en el momento de la creación, si es que tal cosa es posible. Sólo puedo imaginar el momento en que a Bruno y a Lucía les hicieron saber que aquella condición nominada con el apellido de tres desconocidos era una marca de origen, un reloj que llevaban dentro y que en cualquier momento daría la hora. ¿Qué hora es esa en la que ha de llegar a nosotros, desde el interior del cuerpo, la palabra que levanta una frontera hacia el futuro?

Culiacán, 2017

II

Somos nosotros mismos la distancia de los que nos aman.
GIL PAZ, *El libro de nuestras ausencias*

Carta sobre la distancia y carta sobre el distanciamiento

Cuando viajes, trata de llevar el corazón puesto.
BLAS COLL, *Cuaderno*

Conocí a un hombre que durante años, obligado a la migración o al exilio, esgrimiendo a veces el argumento de la pobreza y a veces el de la ilegalidad, se dedicó a escribir cartas en un cuaderno: nunca arrancó las páginas, no era su intención enviarlas: su intención era solamente la de hablar, por encima de cualquier otra cordialidad a la comunicación: Ya después me escuchará quien deba, me decía en referencia, supongo, a su esposa, a sus hijos, a sus padres, personas de las que me hablaba como si yo las conociera. Sólo llamó en dos ocasiones, en los tres o cuatro años en que convivimos, a su país de origen: la primera vez cuando murió su madre, la segunda cuando enfermó gravemente uno de sus hijos. Mientras hablaba por teléfono, apretando entre la oreja y el hombro el auricular de un locutorio con carteles en árabe, no dejaba de tomar notas en aquella libreta. Escribía desordenado, sin fechas, sin particiones de ningún tipo porque, decía: Así es como uno habla. Aquello era una suerte de carta inmensa, sin principio ni final que, según creía, su familia habría de leer en algún momento: una vez agotada la última página, comprenderían todo. ¿Todo el qué?, le pregunté, pero solamente decía: Todo.

Cada vez escribía más, y cada vez hablaba menos. Dejamos de vernos, por azares sin importancia, y nos encontramos tiempo después: su familia había venido a verlo, a quedarse con él, pero a los pocos meses se separaron de nuevo: no regresaron al país de origen, se mudaron a otro barrio, un día me los señaló en la distancia, Ellos eran, me dijo, pero ya no son.

Entendí que en su caso la escritura condujo al silencio, y el silencio al distanciamiento: al llegar su esposa, sus hijos, y su padre viejo y

enfermo, les entregó el cuaderno: creo que habían pasado unos siete u ocho años sin verse y, en lugar de hablar, les entregó aquella carta informe. No lo comprendieron. Él no pudo hablarles: ya lo había dicho todo. Incluso en esas nuevas conversaciones conmigo era escueto, silencioso, aunque ya no escribía. No es, por tanto, el viaje lo que nos aleja del punto de partida, sino los procesos de comunicación que estiran la distancia y pueden convertirla en distanciamiento.

Ahora sé que el distanciamiento se sucede sin que uno pueda evitarlo, que hay personas y lugares a los que nunca podré volver, marcados definitivamente por la ausencia y el tiempo, pero sé que los vínculos que lograron vencer el distanciamiento, aun a pesar del hastío y la ignorancia, se estrechan como si toda distancia fuera abolida rotundamente. Esa dimensión del viaje, la de los procesos de comunicación, es quizás una de las más sensibles, y una de las que menos tomamos en cuenta cuando arrancamos la raíz y la llevamos, como si pudiera sobrevivir sin ningún asiento, en una maleta, en una mochila, en un libro bien cerrado. Sé también que la comunicación es una promesa, y que en las promesas yace la genética de toda fragilidad. Por eso el viaje es también la escritura de una carta, extensísima, que no podremos leer ni escribir sino hasta que el viaje revele sus efectos sobre nosotros.

Carta sobre la distancia

¡Qué bella era la proximidad
en el tiempo de la distancia!
JEAN BAUDRILLARD, *Cool memories*

Toda escritura es el borrador de un libro que nunca terminaremos de escribir, porque la muerte llega primero. Las primeras líneas de ese libro se escriben cuando el viaje empieza a pensarse, cuando el viaje es virtualidad. Pero entonces, ya desde que el viaje se enuncia como promesa, nosotros somos el viaje, somos la fragilidad.

A veces es el libro el que nos dice que estamos lejos. La distancia nos es dada por la aprehensión de la distancia, es decir, no por la magnitud geográfica, sino por la afectación, el «efecto páthico». Pero antes de fundar los efectos de la distancia, es la propia distancia la que debe establecerse. Reconocemos que estamos lejos cuando nuestra comunicación comienza a modificarse en razón de la lejanía. En el viaje estamos también en un proceso de comunicación diferente: el diálogo con el origen no es un hábito, como cuando estamos en casa, sino una necesidad, un pulso constante, un precio que se paga con la ausencia y el desencuentro. Una vez un amigo me preguntó si había vuelto a leer *Rayuela* desde que me había marchado. Me dijo: Debe ser diferente leerla desde el lado de allá. Porque no entendí de qué me hablaba, me ocupé en releer el libro que me había marcado en la juventud, a los diecisiete años. Descubrí entonces que el libro cambia también en función de la distancia, y que, porque yo no era el mismo, el libro era otro, y que fue el libro el me hizo notar dónde estaba y de dónde me había ido: cuál era mi noción de pertenencia y dónde estaba mi ancla.

Yo creí que mi viaje empezaba en Madrid, pero ahí mismo descubrí que el viaje había empezado mucho tiempo antes. Conocí a un hombre serio y pequeño, con el que compartí un cigarrillo en el aeropuerto.

Había nacido en Afganistán, pero de joven logró huir al Perú con su familia. Muchos años después quiso volver a Kabul a ver si algo de lo que había dejado atrás seguía todavía ahí, justamente después de los destrozos de la guerra, pero no lo dejaron entrar. Algo logré entender sobre su condición de ciudadano de ningún lado. Luego, en el camino de regreso, cuando su avión hizo una escala en Madrid antes de partir definitivamente a Lima, yo apenas iba llegando a España, a él y a su familia no los dejaron salir. No logré comprender el problema burocrático que los había encerrado en un aeropuerto durante varios días, pero las aduanas y sus oficiales se debatían entre dejarlos volver al Perú o regresarlos a Kabul. Los aeropuertos, las estaciones de trenes y autobuses, son lugares ambivalentes para los viajeros: significa que hemos llegado a un punto intermedio del viaje, y como puntos intermedios también son zonas límbicas, purgatorios de los viajeros donde el viajar se pone en riesgo frente a la cumbre del estatismo: la burocracia. Aquel hombre había vuelto para buscar su raíz y se encontró varado en un lugar de nadie con una tristeza como la de perder a un hijo que nunca habíamos buscado. Constantemente giraba el cuerpo para echar un vistazo a un rincón donde había levantado, con su familia, una especie de campamento improvisado que se había convertido en su nueva patria. Creo que fue la primera vez que me cuestioné el concepto que evoca la palabra «patria». Comprendí también que no existen las distancias pasivas, que en todo viaje puede sucederse la errancia, que el enorme desierto del que aquel hombre había escapado se extendía a su paso por cada lugar que pisaba. Comprendí que el desierto es esa soledad que llevamos con nosotros a cualquier lado.

No se veía desesperado, sino más bien resignado, como si se hubiera descubierto en él una culpa que ya conocía, desde siempre, desde que inició la marcha, y que él mismo estaba esperando que alguien más pudiera ver, señalarla como una herida abierta, para quedarse tranquilo por fin, como si la condena fuera una especie de liberación. No tenía a nadie en Perú, y no llegó a saber si todavía tenía a alguien en Afganistán. Parecía que ya no le importaba. La congoja residía en no poder volver, una preocupación grande, sí, que compartía sólo con su familia porque en Lima nadie los esperaba. La distancia, para ellos, era lo único, lo más grande, lo más real porque nadie salvo ellos sabía dónde estaban, cómo estaban, ni eran esperados en algún aeropuerto al otro lado del océano. No veían necesidad en las llamadas telefónicas, los cables telegráficos, las cartas o la comunicación electrónica. Nadie respondería al otro extremo del

cordel, nadie esperaba noticias suyas. La distancia crecía porque no había ningún escollo en el qué reposar. ¿O es que la distancia se nulificaba? Ahora lo creo así: creo que ellos no estaban lejos de ningún lugar porque precisamente no había ningún lugar que fuera su inmediata cercanía, un lugar que no fuera destino u origen de una huida. La comunicación establece las medidas y la afectación de la distancia en los viajeros, en los errantes. La ausencia de comunicación puede llegar a abolir todas las distancias porque la afectación que nos viene con la distancia está dada por aquellos que nos esperan. Si nadie nos espera, la distancia deviene limbo.

Sé que no hay distancias pasivas, que avanzar en la llanura es clavar más el cuchillo en el corazón de la cercanía, que es el mismo corazón de la distancia, que no es otro que nuestro propio corazón, y que el alejamiento es el éter donde fluye la comunicación, o donde se diluyen su influjo y su paciencia. Para aquel hombre, creo, la burla de una distancia límbica le proporcionó la noción de que el movimiento y la comunicación eran hechos inútiles, que nada lleva a ningún lugar, y es posible que llegara a asumir que volver a Kabul o a Lima sería lo mismo que quedarse a vivir en el aeropuerto. Si, como en su caso, y quizá en todos los casos, el inicio del viaje está marcado por la ruptura, por el arrancamiento y el desarraigo, y el regreso, después del paso de los años, bajo el peso de la ausencia, no sana ninguna herida, sólo habría algo capaz de trazar un camino que permanece como una línea en el espacio y que es el principio humano del trazado de los mapas: la espera de quien nos espera. Sin espera no hay viaje: hay errancia. Entonces, el distanciamiento comienza cuando alguien ya nos dejó de esperar.

Carta sobre el distanciamiento

Me pregunto, algunas veces, qué sucedería
si de improviso fuese abolida la distancia.
EDMOND JABÈS, *El libro de las preguntas*

Porque soñamos con abolir la distancia, o elevarla a mayores magnitudes, es que nace el distanciamiento. La carta sobre el distanciamiento es un texto autoconsciente: sabemos que estamos en el distanciamiento y que toda escritura es un intento de aproximación. Es la carta que empezamos a escribir, sabiendo que nunca la terminaremos, cuando descubrimos que el viaje, lejos de llegar a un fin, recomienza y se multiplica, y el regreso al origen es un intersticio, un lapso, un periodo de descanso o de brusco reencuentro, para que luego el viaje continúe hasta nunca acabar. Por eso, la carta sobre el distanciamiento es escrita en fragmentos, en pedazos sueltos que no comportan totalidad, sino inmanencia del viajero. Cada distancia tiene su silencio, dice Gamoneda, y el silencio es la ausencia de espera. El silencio habla solamente de la errancia, y por eso el desierto, que sólo permite la errancia, es la corporización y la carne del silencio. Años después de la muerte de Juan Pablo Orígenes se descubrió que aquel ejemplar del libro de Burton, que siempre llevó consigo, guardaba en su interior un segundo libro: Orígenes escribió, durante toda su vida, una serie de diversos documentos epistolares que en un inicio pensó enviar a sus correspondientes destinatarios, pero que en el peligro de la persecución se vio obligado a conservar entre las páginas del libro pensando que luego las entregaría personalmente cuando le fuera posible, si algún día regresaba, soñando, como todos nosotros, que el crimen y la injusticia agotarían su poder. Cuando finalmente un extraño equívoco le permitió liberarse de la persecución, y luego de algunos años volvió a la ciudad, no es que se olvidara de las cartas escritas, ni mucho menos del libro de Burton, sino que simplemente el

poeta decidió no entregarlas: las cartas ya eran parte del libro y de la escritura marginal del propio Orígenes, eran parte del viaje, del silencio del desierto donde nadie lo esperaba, eran la medida de la distancia y los efectos del distanciamiento y, sobre todo, era lo único que le quedaba de aquellos a quienes las había escrito. A veces, lo único que nos queda de los otros es la escritura, una forma tatuada de la memoria.

La carta sobre el distanciamiento se escribe entre la lectura que acompaña el viaje. Quizá por eso las cartas de Juan Pablo Orígenes estaban tan unidas al libro de Burton, encarnadas entre páginas y párrafos, tan inseparables que cuando quiso entregarlas a sus correspondientes destinatarios, luego de muchos años, no pudo arrancarlas de su sitio, desligarlas de fragmentos del libro y, tejiendo una trama de cartas y libro se dio cuenta de que sin la escritura del distanciamiento tampoco habría libro: ni el libro de Burton ni el libro que él mismo había escrito en los márgenes del libro podrían existir ya separados de las cartas que con los años y la distancia había escrito. La despedida, el adiós, una forma extraña del silencio y del desierto son, pues, el precio del libro. Pero su libro era informe y total, y separar las cartas para entregar un mensaje tardío era una suerte de negligencia que nunca pudo tolerar. Él pagó el precio de la escritura, y el libro iba siempre con él, creciendo, aumentando, ramificándose, recomenzando.

Siempre me he preguntado si aquel hombre que conocí en el aeropuerto, y que nunca me dijo su nombre, escribiría cartas a Kabul antes de salir de Lima en alguna forma similar a la que Orígenes utilizó para aumentar la escritura del libro de Burton. A veces lo imagino escribiendo cartas al pasado, a la manera en que Dorota Schultz, investigadora eslavista, especializada en los Jázaros, escribió aquella serie de cartas a una Dorota más joven, con apellido de soltera todavía, porque la nostalgia de lo inalcanzable, de lo que ya no podía cambiar, le pesaba tanto en el corazón. Quizá es un efecto de la memoria, de saber que sólo persiste lo que en el recuerdo puede modificarse, de que lo estático se olvida siempre porque cicatriza, o finge que cicatriza, y se quiere tal vez dotar de esta propiedad de transmutación a un pasado que siguiera la constante hechura del rizoma para que el presente pudiera ser de otra manera. Porque a fin de cuentas toda carta es un mapa. Lo que el errante sueña es encontrar el mapa que le revele un destino o que le permita rebelarse ante un destino donde el exceso de espacio y distancia no deje cabida ya para el extravío. Un mapa en el que sea posible transportar la espera de

aquellos otros que nos olvidaron, y anclar la espera en nosotros mismos: una espera que sea nuestra, una espera que esperemos nosotros, que nos aliente, que nos dé alma en el viaje porque las cartas bien son epístolas, bien son cartas de navegación, colecciones de astros y señas que palpan la ruta del viajero, que nos permiten tener la esperanza, porque sin espera no hay esperanza, de que si bien es cierto que toda distancia posee infinitas distancias en sí misma, la suma de ese espacio infinito, de esas distancias incontables, produce distancias finitas, espacios reconocibles por donde podemos andar, parcelados de memoria y acontecimientos, cosas que son nuestras como las fotografías que guardamos en casa, como los amuletos y los tótems, como los objetos que siempre viajan con nosotros y que, sin embargo, son tan frágiles.

Se sabe que Juan Pablo Orígenes intentó, hacia el final de su vida, entregar las cartas que sentía como una deuda contraída con aquellos a quienes las escribió, aunque estuviera ya más lejos que cualquier frontera humana que pudiera cruzarse, muertos muchos, distanciados otros. Sintió el impulso de publicar el libro, pero una carta escrita así, tan fríamente, le parecía demasiado institucional, demasiado burocrática. Empezó, entonces, a escribir las cartas a mano, como lo había hecho inicialmente, con paciencia y corazón. Primero buscó, por todos lados, hacerse de un buen número de ediciones del libro de Burton, la misma edición que le regaló Isidro Levi en aquel año en que su vida cambió tanto, porque toda carta empieza en un libro y va con el libro como en un sobre, pero seguramente no logró reunir las suficientes, y con el tiempo le dio igual qué traducción, qué año, qué color de tapas tuviera el libro, porque a fin de cuentas él conocía la *Anatomía de la melancolía* como conocía su propia casa. El libro fue su casa durante muchos años. Empezó entonces a escribir las cartas: descubrió que, aunque hubiera una carta para un destinatario específico, porque la carta se relacionaba con el libro y el libro con el resto de las cartas, todo el documento era una sola carta para diversos, acaso infinitos, destinatarios, y que debería copiarlo todo, escribirlo todo tantas veces como destinatarios hubiera en su pasado, para poder entregar las cartas aunque el tiempo ya hubiera vencido a los lectores y les cerrara los ojos definitivamente. Nunca logró terminar: el libro lo echó a la calle, desapareció intentando vivir la escritura del distanciamiento.

Es en la escritura donde comprendemos los efectos del viaje en nosotros. En el aeropuerto de una ciudad, hace tres o cuatro años, usé el mismo teléfono público para hacer dos llamadas distintas en dos

años diferentes: la primera vez llamé hacia un pasado que me había perdido porque me llamó el viaje y me fui; la segunda vez llamé al presente, un presente que se actualizaba constantemente con un futuro sin insomnio ni pesadillas. La primera vez supe, en cuanto el tubo del teléfono fue levantado al otro extremo, que los viajes hacia el pasado no son más que melancolía: un saber de las cosas perdidas, el sueño de las teorías físicas llevadas al extremo por los neutrinos y la luz. La segunda vez comprendí, con el eco de la voz que viene de lejos pero que va siempre conmigo, que la errancia tenía ya un mapa, que la distancia no puede ser abolida porque entonces no habría libertad, que en la distancia reside la necesidad de la cercanía, la posibilidad del viaje, de la escritura y del libro. Escuché la moneda caer dentro del mecanismo del teléfono, escuché la voz al otro lado del océano, y entonces supe que si me voy es porque volveré, que siempre vuelvo, que si digo que vuelvo es porque nunca me iré tan lejos en el distanciamiento, que si me fui una vez fue porque me llamó la distancia, y que ahora lo que me llama es la cercanía, que no es que nunca regresara, es que antes nadie me esperó.

Cerdanyola del Vallès, 2012

Errancia

Mi herida existía antes que yo.
JOË BOUSQUET

No comprendí la naturaleza del desierto hasta que leí a Edmond Jabès. La primera vez que vi la llanura estirada y rota fue en un viaje en autobús hasta el extremo norte del país. Tenía nueve años y cualquier magnitud se multiplicaba hasta el infinito. Cuando era medianoche, o quizá era cualquier otra hora oscura, el cielo del desierto se llenó de relámpagos. No había diferencia visible entre el desierto y el cielo, y la línea del horizonte era apenas un acto de fe. Sentado al lado de mi madre, en el sitio de la ventanilla, pude ver a lo lejos cómo un rayo caía, a una distancia que inferí cósmica y desmesurada, y que sin embargo quizá era peligrosamente cercana, sobre el suelo del desierto, levantando una polvareda instantánea, o quizás era el humo de algún matorral incendiado que ardería luminoso hasta consumirse; y fue el relámpago, su temporal iluminación de fotografía, lo que me reveló la certeza de aquel horizonte y la eterna lejanía del final del desierto. El resto de la noche no pude dormir, temiendo que el rayo nos encontrara, irremisiblemente, y reventara el autobús con la fuerza del grito. Por la mañana, el desierto, que era la piel de un lagarto ya sin dientes pero que sigue mordiendo con las encías desnudas, los muñones de algún desaparecido que busca su casa, fue abultándose en montículos escarpados que poco a poco se convirtieron en una cordillera torcida y seca que terminó por alejarnos del páramo para ofrecernos, al final, la frontera.

Recorrí esa ruta del desierto muchas veces a lo largo de los años siguientes, siempre en autobús, siempre sobre esa larga carpeta asfáltica, y llegué a sentir una extraña fascinación por el camino y su nunca cambiante horizonte. Me aprendí de memoria cada estación del

viaje, las pequeñas ciudades donde el autobús se detenía, las extrañas zonas de descanso en medio del desierto, el frío insoportable y el calor más amarillo. Nunca he estado en otro desierto. No he visto nunca, de cuerpo presente, esos desiertos arenosos y oceánicos de los egipcios, ni los pálidos desiertos del Medio Oriente donde una tormenta de arena puede desenterrar de un zarpazo una ciudad milenaria con todos sus libros y todas sus reliquias. Conozco solamente este desierto, y lo que de él puede saberse desde el camino, sin alejarse demasiado, y que con seguridad no es más que un bostezo de la extensión múltiple y cansada. El ser humano no es solamente portador de un pasado en general, sino que acarrea en su cuerpo un pasado determinado por el clima y el paisaje, dice Watsuji, y por ello construye sus caminos y sus casas de cierta manera, sin torcer lo ortogonal ni soñar con las alturas, por eso no necesita de muros y escaleras para extraviarse, por eso viaja, peregrina, erra, se pierde, por eso muere de sed y se arroja a la violencia con inmediatez y rabia, por eso duerme tanto y reconoce que es en sí mismo donde reside el corazón de la fiera que le dará muerte.

Aunque el desierto es en sí mismo un acontecimiento, siempre fue para mí una especie de preludio, de espera, de desesperanza. La última vez que hice el recorrido, creo que tenía veintiún años, abordé el autobús cerca del borde del país buscando regresar a casa. El dinero me obligó a elegir el convoy más barato y a los pocos minutos de la marcha me di cuenta de que el viaje sería, como cada uno de los anteriores, intensidad y diferencia. Salvo yo, el resto de los pasajeros venía del otro lado de la frontera: trabajadores sin documentos que volvían a sus predios originales cada uno por razones imprescindibles, únicas, obligatorias. Éste no es un viaje que se haga por placer. Quien atraviesa el desierto como ellos lo hacen tiene esa certeza, y el regreso es lo mismo que el comienzo del viaje: la posibilidad de nunca volver. Pero aunque el viaje se demarca entre los extremos del origen y el destino, es en la ruta, en el extensísimo desierto, donde se expresa el verdadero viaje. Ahí todos éramos iguales.

Es el destino el que separa a los viajeros, pero es el desierto el que los unifica.

Durante el intersticio del desierto la condición humana se reduce a la errancia, y todos, al recorrerlo, volvemos a un estado larvario. Los viajeros, los que no son de aquí, lo adoptan temporalmente, lo asumen, aunque su origen sea selvático, costero, nevado. Hablé la mayor parte del camino con uno de ellos, que peregrinaba los terrenos secos para llegar a la selva y volver a peregrinar bajo el manto de piedra de una virgen que le cumplió un milagro. Después, me dijo,

tendría que volver hacia el desierto, hacia donde termina la esperanza, hacia ese pasado temprano que es lo más parecido al futuro, y cruzar la frontera de la mano de las fieras armadas y los convoyes ilegales. Cada año hacía lo mismo. La repetición hace del intersticio espera sin esperanza.

Andar el laberinto no es la búsqueda de la salida, sino el descifrar las medidas de su composición y su estructura: la ausencia o abundancia de muros y puertas y ventanas. Andar el desierto no es solamente la errancia, sino el descubrimiento de la geografía del desierto: la conciencia de que perder algo es más inmediato que recuperar el camino. Para Jabès, la dádiva del desierto al pueblo judío fue la condena de la errancia, que a su vez trajo la condena de nunca poder establecerse en la calma sino solamente con la idea de que lo recuperado es dominio y objeto de pertenencia, de posesión, y que la naturaleza errante de los pueblos nómadas no soporta la inclemencia del estatismo, del querer poseer, por haber sido poseídos. Como en Todorov, la condición inicial de la víctima le hace creer que es justo convertirse en verdugo, en poseedor al desposeído. El andar por el desierto hace olvidar el pasado por la conformación cambiante de las dunas esculpidas por el viento. Sin embargo, se trata del andar por el desierto de Jabès, por los desiertos de Egipto, lo que hace que un pueblo busque conservar la memoria de su paso, configuración cambiante de lo que fue y ha sido, y la oculte en los holanes arenosos de un vestido viejo hecho de mares vacíos. El laberinto, el desierto que yo conozco, es de otra naturaleza.

Este desierto también demanda la errancia, el nomadismo, la ausencia y el tiempo milenario de todos los recuerdos y todos los olvidos, pero este desierto no cambia, no ofrece posibilidad de dinámica, es la carne del estatismo, era un mar profundo, un abismo oceánico ahora seco desde los milenios, donde el fósil es la única expresión de la escritura y el pasado. Quizá es eso lo que nos marca en una forma diferente: los fósiles, su existencia como prueba de que siglos antes ya estuvimos aquí, o de que nunca nadie ha pisado estos predios y estamos solos, completamente solos. La dificultad de dejar una huella que atestigüe nuestro andar por el desierto, nuestra temporal y mínima existencia, reside en la obligación de convertirse en fósil: una forma de escritura que se encarne en el tiempo del desierto y supere el viento de las navajas y las balas, la ausencia de lluvia y el exceso de sal, la mordida de la cascabel y el sereno acecho de la tarántula. Aquí no hay palacios ni ciudades enterradas bajo la arena, el viento no descubre lo oculto porque lo oculto solamente

reside en los errantes, en los viajeros, en los habitantes del desierto. Es posible que la dificultad para dejar una marca de nuestro paso por el desierto haga que la historia de los pueblos nacidos aquí sea una historia olvidada continuamente. No hay otra forma de explicar los crímenes de los desiertos, aun a pesar de que los crímenes no requieran, no permiten, explicación alguna. Aquí, el olvido es lo que recomienza. La memoria deviene mito, y el mito es la historia para los descreídos, para los que no saben que mirar hacia el pasado es buscar en ellos mismos la razón de todo acontecimiento.

El fósil, aunque objeto mínimo de una historia personal y multitudinaria, es el ejercicio corpuscular de construcción en el desierto, es decir, es la casa más pequeña, el lugar mínimo habitable: el vocablo. ¿Cuántos vocablos eléctricos y fugaces dejó el relámpago en la carne seca y salada del desierto? La intención del viajero cuando el desierto lo afecta, y él se niega a pasar de largo por el tiempo de su existencia, es horadar el desierto como el relámpago, o *como algo parecido a un relámpago*, para dejar la marca de su escritura en la forma de un fósil milenario. Y sin embargo todo viaje, todo pasaje por el desierto y sus caminos parece, simplemente, temporal y elusivo, un instante de cansancio y sed, pero un instante al fin, terminable, recorrible como magnitud espacial. Aquellos hombres del autobús, sin embargo, no pasaban por el desierto como por un camino cualquiera: ellos atravesaban el desierto como un intersticio, como un proceso de afectación, y algo de ellos se quedaba ahí, quizá en la forma de un fósil etéreo que nadie podría leer, pero que ellos, cada vez que vuelven a andar el camino del desierto, reconocen como suyo y no pueden ya recuperar.

Cada trayecto, la ida y la vuelta, estaba motivado por una promesa siempre incumplida, porque la promesa de esos hombres era un siempre interminado cumplir, un acontecimiento, un recomenzar, y esa promesa no tiene fin, como el viaje y como el desierto y como la errancia, y cada día corren el peligro de faltar a su palabra, al vocablo de sus intenciones, que es el vocablo que dirige sus vidas. Otra vez la fragilidad de la palabra.

Cada vez que crucé el camino del desierto el viaje estuvo marcado por una herida, por una pérdida irrecuperable, y la pausada calma de la llanura, ese alargado pasaje, ese intersticio amarillo y caliente, se ofrecía como el lapso para escribir, en ese desierto interior de la memoria, los fósiles que con el tiempo descubriré como huellas de un pasado remoto que me dirá quién he sido a lo largo de los años. Imagino a aquellos hombres, ya en los tiempos finales de su vida,

reconociendo que alguno de esos viajes era ya el primero de los últimos que el cuerpo y la distancia les permitirá, y buscando recuperar, en las estaciones intermedias del viaje, las imágenes escritas de lo que fueron, de lo que ya no son. Pero el desierto, como espacio de un libro, cambia para el lector, para el viajero, cuando han pasado los años y el lector, el viajero, han cambiado también. Entonces un día nos damos cuenta de que los fósiles que dejamos, y que otros han dejado, se conforman en un libro que escribe constantemente la historia de un país errante, de un pueblo sin esperanza, sin historia real, sin casa y sin habitantes.

¿Qué secretos nuestros guarda el desierto? Todo intento de fundación nacional se evapora en los matorrales y las espinas. No hay viento que descubra un pasado oculto: todo está a la vista, toda la violencia, toda la distancia, toda la escritura inútil que confunde y miente. El desierto es, junto con sus viajeros, el friso de la vida del país: el espacio mata a los extraviados, a los que salen de las vías nominales establecidas por un buró de geógrafos ciegos, y los sobrevivientes se someten al horario de las fieras y al tránsito de los coyotes y los nahuales. Viviendo a ras de suelo, en las casas bajas que el calor demanda, el desierto requiere viaje y distancia para lograr perspectiva. Los viajeros ilegales lo sabían y por eso huían del desierto con la velocidad que fuera posible, para recuperar, en la distancia o en la cercanía, la mirada de un presente que les había robado sus casas, sus familias, sus nombres: para saber quiénes eran ya no les valía la escritura fosilizada del desierto: esa escritura no le vale ya a nadie, y se dedicaban a la distancia para recuperarse y para recuperar a los suyos. La distancia y el distanciamiento son también nuestros oficios.

El viaje a través del desierto otorga, como única dádiva, el final del viaje, el regreso a la serenidad del hogar o la espera, intensísima y pura, de volver a casa. Propicia la escritura podrida de la indignación y la pena: si antes no existiera el desierto, si esa herida no existiera desde hace tanto tiempo, crucificada en el pecho de cada viajero, no se daría esa escritura que funda al libro y a la vida en torno al libro como una residencia que el errante anhela y a la cual el viajero, el lector, se aferran como una posibilidad que hay que arrancarle al destino. Para esos hombres cada viaje era un alejamiento porque sus vidas, a las que nadie prestaba atención, estaban partidas por la mitad con el filoso canto de la distancia: la felicidad estaba en casa, pero los medios para lograrla estaban lejos de casa. En medio estaba el desierto, la tierra abandonada donde todo se olvida.

Aunque nada arraiga en el desierto, nada que no sea del desierto

mismo, nada que venga de fuera, la palabra *desierto* tiene una raíz reveladora, una profunda significación que conduce al olvido, al abandono, a la desheredad: *desheret*, para los egipcios, *deserere* en el latín lejano, es la palabra que designa a una tierra donde todo se olvida, donde nada que no sea el propio desierto puede germinar. Ahí está la tristeza de los que atraviesan el desierto: lo que el camino les roba por desgaste se queda ahí hasta que muere porque acaso el olvido es una forma de la muerte, una muerte de la memoria. Los afectados por el desierto son desheredados, han perdido su vínculo, su raíz, su naturaleza. El desierto no es límite ni espacio definido, es, en todo caso, frontera: lugar sin nombre para el encuentro entre los enemigos. Ahí es donde el viajero se encuentra con su enemigo: el olvido. Por eso el desierto, reconfigurado esencialmente, deviene inicio de la escritura: la lucha del individuo por conservar su memoria, su pasado, esa es la condición óntica del desierto.

La forma de recordar, de escribir, el parabólico aliento de los versos hebreos, está dado por la ventolera que modifica cada noche y cada día la disposición de las dunas y las memorias. Quizá por ello, si el fósil es la mónada de nuestra escritura, de nuestra forma de hacer-el-recuerdo, nosotros mismos estamos destinados a convertirnos en fósiles.

Porque nuestro pasado es estático, y lo estático no permanece en el recuerdo, es que estamos llenos de olvido.

Recurrimos entonces al mito para la fundación de un patrimonio, para el reconocimiento del rostro en un espejo roto y viejo, para la escritura de un origen. Pero ahí, en la mitificación de una memoria que pasa de viajero en viajero, de boca en boca, es donde tiene lugar el libro como único testimonio de nuestra existencia. En eso, los desiertos de Jabès y los nuestros comparten destino. La diferencia reside en que nuestro libro nunca fue sagrado, nunca propuso la espera de un salvador, nunca dictó una forma de comportamiento ni una liturgia: nuestro libro es amplio como el otro, pero informe, más libre acaso, pero condenado por ilegible, y no habla del futuro tanto como habla del pasado, no evoca la redención ni propone la espera: nuestro libro, que casi nadie lee, pero en el que todos han escrito, solamente es capaz de decirnos que *nuestro porvenir es el pasado que viene*.

Cerdanyola del Vallès, 2012

Crónica cuántica sobre los viajes en el tiempo

Para Rosabel y Óscar

Y ese lugar al que volvemos
creyendo que nos vamos.
JORGE FERNÁNDEZ GRANADOS,
Principio de incertidumbre

A veces un libro esconde la huella de una herida gestada en el momento de la escritura. Más tarde esa herida deja de pertenecer al libro y se convierte en la herida de quien lo lee, es decir, de quien se hace-en-el-libro. Sin embargo, una vez escrita, parece que la herida ya solamente existe en el libro y en una memoria profunda que se actualiza conforme el distanciamiento afecta al lector, al escritor, al viajero. Su rastro hay que seguirlo ahí, su pasado de filo o raspadura, su génesis triste o violenta. La herida deviene espacio, funda un espacio que, con sus objetos y sus nombres, se trastorna en lugar. El lugar del «aquí» es siempre el deseo de un «allá», que es también un porvenir, o una idea del porvenir, porque, como dice Juan de Damasco, el lugar es el límite de lo que rodea, y es en función de los límites que se establece el viaje, que no es otra cosa que la esperanza que rompe el porvenir establecido. La herida es el límite de lo que rodea, parafraseando. Una biblioteca es precisamente eso: el límite de todas las cosas que no caben dentro de sí mismas: una manifestación del tiempo, o una desesperada y furiosa necesidad del tiempo.

Tú no puedes leer aquello que vives, pero puedes vivir aquello que lees, escribió Edmond Jabès en *El libro de las preguntas*. En eso pensábamos frente al edificio que escondía, para nosotros, la biblioteca más codiciada. Vivir lo que se lee, revisitar la herida siempre abierta de la palabra. La herida *por* la palabra. En el borde que dibujaba esa herida compartida ya habíamos construido una geografía deseada que se enfrentó contra la blancura y la ausencia: en

aquella biblioteca no encontramos ni un solo libro.

Es extraño entrar en un lugar del que nos hemos hecho ya una idea y descubrir una imagen diferente a la que habíamos invocado mediante la imaginación. Es triste cuando nos traiciona la memoria, dijo una vez Juan Pablo Orígenes, pero es más triste cuando nos traiciona la imaginación; luego Gil Paz le respondería que no, que es más triste cuando es el mundo el que traiciona a nuestra memoria y a nuestra imaginación, porque entonces descubrimos lo precario, lo hueco, lo vacío, lo doloroso, lo lleno de ruido y lleno de odio. La traición, sin embargo, permitiría luego la elaboración de una serie de teorías muy diversas sobre la biblioteca personal de Julio Cortázar.

La oficina, porque era una oficina, era limpia y luminosa como un quirófano. Quizá era esa su función, la de un salón dispuesto para las disecciones anatómicas de una memoria hecha de papel y tinta, hecha también, sin embargo, de carne y tiempo. Es posible, entonces, que también mueran los lugares donde fuimos felices, escribió Ribeyro, o los lugares que en alguna medida son piedra fundadora de una parte de nuestra felicidad. Si no mueren por sí solos, los vamos borrando a voluntad, sustituyendo sobre los recuerdos viejos otras memorias que son la tachadura de una historia que ya no queremos recordar. La felicidad perdida del pasado es una herida en el ahora. A los dieciséis años, o quizá un poco antes, Martín me dijo que tenía que leer a Cortázar, sobre todo *Rayuela*: Cuando leas *Rayuela*, me dijo, vas a pasarte la vida buscando a la Maga. Ahora comprendo la nostálgica cursilería de su gesto, pero también comprendo que el libro sería más que eso: eje de un giro brusco, de un viaje sin término. Por eso, por los años leyendo y releyendo el libro, por la lejana cercanía con un escritor que murió antes de que yo pudiera leer al menos una página, una palabra cualquiera, por la continua convivencia con un mito, por la afectación del viaje y la distancia y el sueño de un libro interminado, fue que esa biblioteca, de la que nunca tuve noticias reales, se había ido dibujando en la imaginación como un recinto oscuro pero pleno de luz, un laberinto lleno de salidas y ventanas, un libro único y fragmentario, una promesa de simultaneidad. Por eso la oficina ortogonal y eléctrica, fría, me pareció una traición, una trampa, una máscara.

La tarde anterior la habíamos ocupado en recorrer, entonces sí, los pasillos de una casa que en su sueño de ser un museo botánico terminó siendo un museo de arte. Quizá se trate de lo mismo en ambos casos. Pero aquella tarde los corredores, sus muros, estaban cubiertos de otro tipo de sueño más cercano a la pesadilla y a la

lumbre, a las nervaduras y a las espinas: los rostros de Francis Bacon colgaban de las paredes como una condena postergada y perenne: ahí estaba George Dyer, cansado de estar muerto, cansado ya del sabor amargo de los ácidos de Santa Bárbara; estaba Inocencio X, con un grito donde no caben treinta años ni trescientos años ni la vergüenza y la esclavitud, ni el silencio y el miedo; estaba William Blake y estaban todos los tigres que murieron con él, cantando; y estaba el propio Bacon, arrancado de sí mismo, arrancado de su propia carne bañada de lágrimas y corazón. Tal vez por ello el contraste hirió al recuerdo, o a esa imaginación juvenil que idealiza y hace que lo imaginado cobre feudo de memoria. Tal vez por ello el hombre que tras el escritorio ofrecía una paciencia pavorosa, lenta y abrevada, desencajaba tanto. Tal vez la luz no la esperábamos tan blanca, los suelos tan limpios, los libros tan lejanos. Pero todas las bibliotecas tienen su destino. Y la biblioteca de Cortázar siempre lo tuvo, más allá de nuestras esperanzas.

Yo esperaba corredores, escaleras, estanterías interminables, algún lugar apartado donde hubiera un sillón, una lámpara, algún resquicio donde se guardara algo más que un libro, algo que permitiera un hallazgo negado a los académicos y a los estudiosos, un hallazgo que estuviera esperando a los lectores fieles, a los devotos, a los distraídos hijos de un padre que nunca conocería a todos sus vástagos. Pero había mesas, lámparas excesivas, sillas cómodas, ventanas y cortinas, a lo lejos el paisaje de una plaza llena de árboles y gente, teléfonos que sonaban discretamente, pantallas encendidas con millares de palabras, números, códigos indescifrables, perchas sin abrigos, cajones cerrados con llave, ficheros, formularios, formalidades burocráticas. Había una puerta detrás de una mampara, más allá no podíamos ver: ahí se acaba el mundo, es decir, ahí comenzaba el mundo, porque a veces la prohibición no es más que la intentona por alejarnos de un destino, de un más allá, de un poder estar en otro lugar o en otro tiempo: era el lado de adentro de la máscara. Detrás de esa puerta, nos dijeron, estaba el acervo completo de la biblioteca personal de Julio Cortázar. Pero no podíamos entrar, nadie podía entrar ahí. La distancia, en este caso, la dominaban las puertas cerradas, lo cerrojos, las llaves. Toda distancia obliga, pues, a la espera o a la renunciación. Nosotros esperamos.

Estábamos obligados, por la burocracia del sistema, a rellenar una ficha con un tropel de datos y con tres títulos solamente: tres libros de Cortázar: no tres libros que él haya escrito, sino tres libros que él leyó, que fueron suyos, que siguen siendo suyos. Como nosotros éramos

tres, tendríamos la posibilidad de tener en nuestras manos nueve ejemplares: la decisión fue lenta, larga, una especie de debate silencioso, como una guerra que cada uno, secretamente, quería ganar. Entregamos los papeles y el hombre desapareció detrás de la mampara de madera y no escuchamos nada durante varios minutos. Una puerta, pensé, que lleva al pasado. No, al pasado no, sino a esa simultaneidad de tiempos, a ese Hoy es siempre todavía, de Machado, a un lugar que es todos los tiempos al mismo tiempo, que no es ciertamente un lugar, sino la perspectiva de un lugar: el libro. Los viajes en el tiempo no tienen que ver con las paranoias físicas de una transportación de los que estamos en un lugar llamado presente hacia un lugar llamado pasado, o hacia un más incierto lugar llamado futuro, dijo Gil Paz, sino que tiene que ver con la confluencia, como si de ríos habláramos, con la simultaneidad de los tres lugares en uno mismo: una suerte de Santísima Trinidad del Tiempo, como el Hijo, el Padre y el Espíritu, todos en un mismo Ser; así el Presente, el Pasado, el Futuro, todos reunidos en un mismo intersticio, en un mismo cuerpo, al que podríamos llamar Libro.

Pero, ¿qué es el Tiempo? La duración de una vida, el transcurso de generaciones, la noción de que algo ya ha pasado junto a nosotros o de que algo tendrá que suceder, el sueño cíclico de las religiones, la salvación y la condena, el lapso de una sucesión astronómica, lo que tarda en cicatrizar una herida, lo que tarda en sanar la cicatriz, lo que tardamos en olvidar la cicatriz, la herida y aquello que la infligió, un sillón de terciopelo verde de espaldas a la puerta de entrada donde leemos un libro en el que un hombre sentado en un sillón de terciopelo verde lee un libro. El tiempo, en verdad son los otros, nuestra cercanía con los otros. Escribió Rafael Argullol: Nacidos y crecidos en la absoluta soledad no tendríamos conciencia alguna del tiempo: porque el tiempo son los demás.

Cuando por fin apareció el hombre, con los nueve libros bajo el brazo, cada uno se sentó en un escritorio y comenzamos a revisarlos. Recuerdo que había un libro de Poe, en inglés, un ejemplar de *Libertad bajo palabra*, y un ejemplar en serbio de un libro de Danilo Kiš. Buscábamos la conjunción, la revelación, la prueba de que ahí también estábamos nosotros, y no sólo el polvo, el olvido, la memoria. El propio Cortázar escribió que todo dura siempre un poco más de lo que debería, pero mientras revisamos los libros, intercambiando ejemplares cuyos nombres, la mayoría, olvidé ya, el tiempo indefinible se esfumó demasiado deprisa, o es que el tiempo dentro de los libros se extendió tanto que no vimos que el día se terminaba, que los

horarios de oficina tienen una duración específica y limitada, que venía ya el guardián de la biblioteca porque teníamos que devolver los volúmenes y marcharnos. Pero creo que fue entonces, cuando vimos los libros, que comprendí que reencontrar es más importante que encontrar, más originario, como dijo Jünger, que no necesitábamos de hallazgos, de palabras salvadoras porque a veces lo que se busca en los libros no es otra cosa que una cercanía con aquellos que hemos perdido una vez, con aquellos que nunca hemos dejado de perder.

Para que la simultaneidad sea posible, dicen las leyes de la física, un acontecimiento α debe ocurrir en el mismo momento que un acontecimiento β a los ojos de un observador inercial: se deduce entonces que α y β son eventos simultáneos. El núcleo de esa simultaneidad, de ese tiempo compartido, es el libro. El libro, pues, es también tiempo y espacio, o sillón de terciopelo verde de espaldas a una puerta. Si el tiempo es memoria cada vez iré teniendo menos tiempo y menos memoria; y sabemos que Cortázar dijo diferente: Cada vez iré sintiendo menos y recordando más, porque quizá él, y quizá también nosotros, creemos que en la escritura aun el oprimido conquista sus derechos, que el dolor encuentra remisión, que la locura se potencia o se vuelve benévola, que la esperanza, que es *la propia vida defendiéndose*, se actualiza, se pone de manifiesto como una voluntad que no se quiebra aunque se resquebraje, que el crimen se evidencia, que la soledad se acompaña, que el silencio se llena de música, que tú estás a mi lado, leyendo. Por eso él, herido, intoxicado por las vibraciones del átomo de cesio, envenenado de las radiaciones del tiempo, vivió en ese cuerpo que nunca dejó de crecer, amplificándose en la extensión de un alma que no cabe en el cuerpo, y vive, todavía, en ese libro fragmentado, que no roto, no fraccionado, sino fragmentado, inacabado, que los lectores continúan escribiendo, en esa biblioteca escondida que sigue reproduciendo sus lecturas, en esa simultaneidad que nos fue dada cuando abrimos sus libros y parecía que él estaba al otro lado de la mampara de madera y la puerta cerrada, leyendo, escribiendo todavía cosas que aún no podremos leer, sin morir de verdad porque la muerte no es la interrupción de la escritura ni la incompletitud del libro ni el término del viaje, porque no experimentamos la muerte sino a los muertos, como dijo Thomas Macho, y somos nosotros, los que sobrevivimos, los que nos convertimos en el lugar sin tiempo de la escritura y del libro y del viaje, los que esperamos la resurrección en el vocablo que viene de lejos, pero que siempre está «aquí».

Los que ya no están aquí son la huella de una espera, de un

sufrimiento compartido. Nos han dejado, como herida, sus objetos, o los objetos de otros que nosotros recordaremos como si fueran de ellos porque fueron ellos quienes los trajeron a nuestra cercanía.

La biblioteca está ahí, resguardada por los cristales y la luz, y seguirá ahí, hasta cierto punto escondida. No sentimos tristeza cuando nos marchamos; no tuvo el cierre de las puertas y el viaje de vuelta la forma de una despedida. Los libros se quedaron ahí, pero el tiempo se vino con nosotros. De vez en cuando recordamos una nota escrita a mano al margen de algunos versos, una dedicatoria o un breve escolio que acaso la memoria inventó o ha ido modificando. De vez en cuando lo recordamos a él y con ello recordamos a todos los que vinieron con él. Recordamos que la escritura es tiempo y lugares, y que el viaje es un viaje por el libro, que es siempre un viaje de regreso al lugar de donde creímos marcharnos hace tanto tiempo: la huella indeleble que los otros dejan en nosotros.

Cerdanyola del Vallès, 2012

Sobre el sueño como un lugar

Qué es nuestro pasado, sino una serie de sueños.
JORGE LUIS BORGES

Me quedé dormido en un autobús que recorría la desgajada noche de Tijuana y abrí los ojos en una carretera de las afueras de Barcelona. Las luces del camino eran las mismas: amarillas como una dentadura intermitente y avejentada: lo último que queda del monstruo, lo último en corromperse. Adán Strogowski dijo que lo mismo le pasó a él una noche cuando se quedó dormido en un banco en la Plaza de Rosales y despertó, todavía en medio de la oscuridad, sin un centavo porque le habían robado todo mientras soñaba, en un banco de madera bajo un naranjo, en el patio central del Hospital de la Santa Cruz. Desesperado, dijo, se palpó la cara: temía que pudieran haberle robado el ojo de vidrio. Con las manos temblorosas notó que la cuenca estaba vacía, que la cortina carnosa del párpado se hundía en el hueco ocular y que el mundo, otra vez y de repente, se había reducido a la mitad de las cosas porque él sólo tenía la mitad de su mirada.

Inútilmente buscó en el suelo, cerca de las raíces del naranjo, porque pensó acaso que el ojo podía haberse resbalado de su sitio o que había reptado como un lagarto buscando un lugar más fresco en la noche calurosa de un verano repentino. Finalmente encontró la esfera unos metros más allá, cerca de la entrada al jardín: apenas recuerda haberse quitado el ojo falso mientras dormía, recuerda el sudor escurriendo por el rostro como una suerte de imposible lágrima, recuerda la intención de guardarlo en el bolsillo del pantalón, y luego recuerda no recordar nada más: los edificios lejanos, los árboles, el puente que salta por encima del Orabá, y de pronto, abriendo el único ojo, los altos muros de piedra del hospital, el olor de los naranjos, el suelo lleno de azahares, las altas ventanas enrejadas del Colegio de Cirujanos. ¿Dónde se había dormido: en aquella Plaza de Rosales, con

sus ceibas y sus adoquines azules y blancos, o en el patio del hospital, con sus escaleras de piedra y sus muertos de peste enterrados en el fondo de la memoria?

Bien sabe él que se quedó dormido en los dos sitios y que la memoria de los sueños los unificaba. En el viaje el sueño y la vigilia se confunden: ambos conforman la totalidad de la memoria del viaje, y aunque en un principio puedan ser distinguibles, luego el tiempo los emborrona y uno no sabe, no puede saber, si un recuerdo determinado proviene de la ensoñación o del espectro real. Los dos son acontecimientos: han ocurrido, solamente los separa el velo de los párpados.

¿Cuántas veces, caminando de noche por las pequeñas calles detrás de la Catedral, creí dar la vuelta en una esquina y aparecer en la Plaza de Machado, en el puerto; cuántas veces el sonido manso del Mediterráneo se embravecía como el oleaje intenso del Pacífico, que cuenta los sueños y las pesadillas de las palmeras con palabras que se rompen en la espuma; cuántas veces desperté a medianoche creyendo que por la ventana veía la farola de la calle de Pitágoras, mientras estaba de verdad en Santa Anna, lejos del hogar familiar; cuántas veces me engañó el tiempo superponiendo los mapas, haciendo simultáneos los lugares, mezclando los caminos que quizá nunca podrían cruzarse? La escritura entre líneas es el ensueño, lo que hay detrás del libro, como diría Jabès.

Escondido entre las raíces del naranjo o entre las raíces de la ceiba, el ojo de vidrio de Adán Strogowski es la cifra del pasado que lo persigue: lo olvidado es lo que persiste en los sueños como una perturbación que nos abre los ojos de repente y amenaza con recordarnos por dónde nos ha arrastrado el tiempo. El sueño es lo que ocurre en el borde del libro, lo que tiene lugar en las orillas del viaje: por eso el viaje y el libro son la isla sin orillas: nunca estamos, de verdad, afuera de ellos.

Para Gil Paz, la realidad está asociada al presente, y el ensueño al pasado: el futuro es lo que nunca viene, escribió. El presente está asociado a la vida, y el pasado a la muerte; en el presente está la escritura y en el pasado el libro; la vida está asociada a la verdad y el pasado a la mentira. Lo sueños son objetos borrosos que tratamos de capturar al amanecer, al despertar, como pájaros que huyen de la vista porque el estatismo los mata. Es nuestra intención detenerlos un momento, fosilizarlos para que su paso por el mundo quede registrado en nosotros porque su naturaleza esquiva nos parece una traición. Somos así de vulgares: exigimos la muerte, la crucifixión, para que la

memoria pueda hacerse. Algo de futuro hay en todo lo que se sueña, algo de premonición, algo de voluntad.

Strogowski, que creía comprender el mecanismo motor del ensueño, diseñó un artefacto usando un viejo tocadiscos que compró en un bazar de antigüedades. El aparato, provisto de un árbol de levas arrancado de raíz a un pequeño molino industrial, imprimía una oscilación lenta y desequilibrada a un globo terráqueo cuyas mitades podían separarse por el ecuador y a cuya mitad superior se le había practicado una perforación a la altura de la estrella polar. Cerradas las dos mitades, ya por la noche, Strogowski se quitaba el ojo de vidrio, ponía un disco en el plato giratorio, apenas por debajo del orbe, y dejaba caer la esfera cristalina por el agujero polar del mundo: se escuchaba, entre los acordes de un piano, el golpe del ojo al caer y su rodamiento cuando el mecanismo, debido a la oscilación del árbol mecánico, hacía girar al mundo. Entonces tiene lugar el movimiento ocular rápido: los sueños de una mirada que recorre el mundo. Hace tiempo que no puedo soñar si no es así, decía, y explicaba que el mecanismo le imprimía a la noche un rodamiento, un ritmo adecuado para asumir un estado de conciencia en el que podía desprenderse de lo que había visto a lo largo del día y tratar de acercarse a lo que el ojo de vidrio no había podido ver en tantos años. Eso es el sueño, decía, lo que nunca podemos ver y que ya quedó escrito en los muros del pasado.

Después, pensando que en la memoria hay más que tierra y agua y fronteras, Strogowski fue llenando el interior del mundo con recortes de palabras, fotografías, dibujos, objetos diversos que se iban moviendo con todo el sistema: dentro, la esfera ocular se movía también entre las palabras de sus libros más leídos, el diente extraído a los dieciséis años, la fotografía de un viaje a la frontera junto a un par de amigos muy queridos, el collar que su madre siempre llevaba pendiente del cuello, un puñado de tabaco y ceniza, una cuchilla mal afilada con la que quizá alguien se quitó la vida, un reloj de bolsillo que perteneció a su padre, los trozos del disco de vinilo que le arrancó el ojo real en los años de la infancia, una cuerda de guitarra vieja y oxidada, una caja medio vacía de cigarrillos Raleigh, fragmentos de mapas, notas escritas a mano, cartas y objetos varios que conformaban una suerte de memoria física, de mapa trazado no sobre el mundo sino con el mundo mismo, con sus objetos y sus cosas. Entonces, el artefacto giraba y Strogowski dormía y soñaba, incluso, en la vigilia.

A veces echaba a andar el disco de aquel extraño gramófono, apagaba las luces, dejaba caer el ojo de vidrio dentro del globo

terráqueo y se acostaba en el suelo mirando el techo, con la esperanza, quizá, de que las estrellas se metieran por la ventana. El mapa estelar constelado de nuestras vidas: el mundo, sí, dicho por el mundo mismo: lo desconocido, que siempre está lejos y que crece con la distancia.

Es el desgaste, decía. Así, la esfera cristalina que le devolvía precariamente el equilibrio a su rostro, en el contacto con los objetos de la memoria elegida, se iba desgastando: por la mañana, con paciencia y luz, examinaba cuidadosamente el ojo de cristal con el ojo verdadero: buscaba rayones, grietas, raspaduras, la inevitable decoloración del iris y la pupila, la deformación de la esfericidad necesaria, el tacto cortante de alguna mínima esquirla. Las palabras se desgastan, decía, también nosotros, a través de los ojos, empezamos a desgastarnos cuando se insiste tanto en mirar hacia el imposible pasado.

Cerdanyola del Vallès, 2012

Crónica imposible del pasado más allá del pasado

A Olga y Paco

Por eso supimos que ya su barca
no estaba amarrada a esta orilla.
AVELINO HERNÁNDEZ,
Mientras cenan con nosotros los amigos

[…] pero soñar
no nos protege del dolor ajeno.
ABRAHAM GRAGERA

Hay siempre un pasado detrás del pasado. El tiempo es el ejercicio del tiempo en nosotros, y para escribir sobre el pasado debemos situarnos en él y olvidar su futuro, que ya conocemos: Sembrar, decía Gil Paz, en el pasado recordado, un posible futuro diferente que sólo podrá completarse en la imaginación o en la escritura, y así recordar lo que nunca pasó. Ahí, decía, escribiremos un futuro diferente.

Pienso en esto a razón del asunto de las copas y su historia que, por ser ya imposible, puede contarse como si realmente hubiera ocurrido. Pero quizás es verdad que algo así pasó en aquellos meses de un verano y que yo lo revivo hoy porque el recuerdo de lo imaginado es casi lo mismo que el recuerdo de lo vivido. Antonio Lobo dijo una vez que la imaginación es la forma en que ordenamos la memoria; entonces puede ser cierto que el viaje continuó en una isla, llena de viejos amigos desconocidos, y que las islas encarnan, en el dibujo de su contorno, el perfil, el mapa, de un rostro antiguo que en algo nos recuerda la imagen de alguien querido que ya no está en este mundo. Entonces podemos decir que es verdad que las copas estaban dentro de una caja, delicadamente posadas unas sobre otras, rozando, entre sí, los irregulares filos descubiertos. Las encontramos un día, paseando por las calles de Mallorca a esa hora en que lo mismo la luz amanece o

se oculta y, con la esperanza de un tesoro, un afortunado hallazgo de cosas completas y útiles, las llevamos con nosotros sin siquiera echar un vistazo al interior: una vez sobre la mesa, la caja abierta como un ojo sin sueño, atestiguamos el verdadero hallazgo: decenas de copas rotas, despedazadas de aquí y de allá, limpias y casi ordenadas como la dentadura postiza de una prístina pesadilla.

Fuimos sacándolas una a una, con el doble cuidado de no romperlas más, de no hacernos un tajo con los bordes afilados, colocándolas sobre la mesa, de pie las que aún podían sostenerse, de cabeza otras, creyendo en la posibilidad, todavía, de encontrar alguna lisa y sin quebraduras porque, de camino a casa, pensando alegremente en la fortuna, compramos una botella de vino para celebrar el trofeo. Sin embargo, una vez vacía la caja, no había ni una sola copa entera sobre la mesa.

Numeroso es aquello que vive más allá de su rotura de enigma: la Victoria de Samotracia, que vimos en París, por ejemplo; la nariz de la Esfinge; un ejemplar de *Rayuela* al que le fue arrancado, como si de un brazo se tratara, el capítulo séptimo; el propio Adán Strogowski, que perdió el ojo izquierdo, y que luego perdió la prótesis del ojo izquierdo; algunos futuros, mutilados desde el pasado; algunos padres, amputados de sus hijos, o algunos hijos sin padres, hermanos, destino; los que son desahuciados de sus casas y los que son desahuciados de su vida, que es casi lo mismo; mi espalda, en su límite lumbar y sacro, donde ya no es posible la carga de un peso mayor si no es mortífero; la ciudad de Orabá, quebrada desde el asfalto de sus calles hasta el pescuezo de sus muertos; la historia de Ferrán, de Manuel, de Martín, de Álvaro, del Indio Bórquez y de los cuarentaytrés muchachos desaparecidos en el sur de este país, donde ya han desaparecido tantos miles. Numeroso y triste es lo que pervive en la rotura, pero nos alienta con su perseverancia como si fuéramos la hidra del cuento. Nos deja, eso sí, lo roto, lo despedazado, una infinita pregunta: nos arroja a la pregunta, nos convierte a nosotros en la pregunta, en la duda, en la búsqueda, porque creemos, es posible que se trate de una natural reflexión, que lo que falta en lo roto está en algún lado y que es nuestro deber, nuestra empresa vital, buscarlo, aunque sepamos de antemano que la búsqueda es lo eterno y que en ello no hay otra realización posible que la vida y su incompletitud.

Así fue, entonces, que vimos los mensajes escritos en el cristal fino de las copas. La escritura revela siempre la presencia de otro: hubo alguien que dejó una huella, una muesca en el muro, una piedra que, describiendo un camino, o el rastro casi oculto de un camino, nos

muestra que hubo un pasado anterior al pasado, un remoto país que tuvo otros lindes y otro nombre, una casa que, algún día en pie, hoy es ruina indescifrable. Por eso, por la noción del símbolo, ese objeto roto cuyas partes guardamos para volver a encontrarnos de aquí a un tiempo, algún día, cuando todo sea más propicio, con los otros, con los demás, por eso, pues, prestamos atención a las letras escritas en las copas: había palabras que podrían ser nombres propios, con su pasado y su futuro, y números, que se ofrecían como fechas ordenadas en pares de dígitos, escrito todo a mano sobre el cristal, a veces sobre la base de la copa, a veces sobre esa barriga transparente donde el vino se encuentra con la luz, ya casi borrado todo por la lengua sudorosa del tiempo. Palabras de un mensaje, aquellas, que, sin ser para nosotros, hicimos nuestras.

Repetidos, muchas veces, los nombres de Selva y Sa Ruina, nunca escritos los dos en la misma copa. Luego, las fechas: la más antigua era del año noventaysiete, y se sucedían sobresaltadas durante poco más de siete años. Lo otro, ya de lleno metidos en la averiguación, nos pareció que podría ser el nombre de alguna persona. De inmediato pensamos en volver al lugar donde en un principio estaba la caja, encontrar la casa de donde salieron, llevar, al menos, una de las copas como muestra, como prueba de una fehaciente conexión entre los desconocidos que tocan a la puerta y los desconocidos que la abren. Pero no hubo nadie en ninguna casa: duerme la gente en la isla o se ha ido a la sierra o la orilla del mar, que aquí es la orilla de todo, a buscar lo más solo, lo más lejano, lo más hondo, y nosotros nos quedamos con las copas rotas en la memoria, y los nombres y las fechas y el comienzo de la búsqueda.

A veces la memoria de un grupo de personas se agolpa en un lugar, arraiga como una ceiba y echa sus flores al suelo, le crecen espinas en la piel; y a veces se esencia, se corporiza, en un objeto: extiende sus propiedades sobre una fotografía, un mapa viejo y usado, roto por el lugar de los pliegues, un reloj detenido en el momento justo en que alguna cosa, fundamental para nosotros, comenzó o llegó a su fin; en este caso cada copa era un objeto memorioso, un tótem donde se cifraba alguna forma del recuerdo aún desconocida. Decidimos, pues, emprender el viaje de la recuperación de esa memoria.

Dime adónde vas y te diré si tienes posibilidades de volver, decía Gil Paz. Del encuentro con la memoria nadie vuelve siendo el mismo. Tampoco permanece intacto ese relato de la memoria cuando volvemos a leerlo buscando quién sabe qué cosas, cavando en lo hondo del pecho porque bulle una pulpa que consuela o que condena

pero que nunca deja intacto al que se alimenta de ella. ¿Cómo empezar una búsqueda, qué paso es el primero del camino? Nosotros, ante la variedad de nombres y fechas y lugares escritos en las copas, decidimos comenzar por mera proximidad: en una copa apenas rota por la boca estaban señalados los nombres de Olga y Paco, la fecha era la última de la cronología, la más reciente de un pasado que estaba en todas partes.

Pudimos encontrarlos en Palma, más bien gracias a un prodigioso azar, en un café cerca de la costa, leyendo sin parar la hondura de los mares. ¿O fueron ellos los que nos encontraron a nosotros? Tal vez un día, llevando a cuestas la caja con las copas, sin saber cómo empezar el viaje, fueron ellos los que se acercaron a nosotros porque reconocieron, acaso, una caligrafía, una huella, la preocupación por algo conocido que en su interior se habría quedado hace tiempo, cuando la copa, cayendo desde la mesa o desde la mano, perdió la dentadura del borde. Fue entonces que les mostramos la colección: una a una cada copa sobre la mesa fueron leyendo los nombres y los lugares, el reflejo de los rostros en el cristal, la parte de la historia que ellos conocían. Fue la última copa, que llevaba el nombre de ellos, la que vieron con más pausa: unos ojos mojados en la sonrisa, una cierta alegría por el pasado, un saberse cómplices en la anchura de un secreto, un delicado alzar la copa por el tallo para reconocer en la ausencia el recuerdo de alguna noche. Pero un aviso de duda había en aquello: la caligrafía de esa copa, apenas podía distinguirse, no era la misma que la del resto. Nos hicieron notar el detalle, sin comprender ellos mismos la razón de esa diferencia, y nos preguntaron qué era lo que queríamos hacer con las copas.

Devolverlas, dijimos nosotros, sin saber de verdad qué significaba aquéllo. ¿Qué propósito podría haber en regresar las copas rotas a los nombres escritos en el cristal?, ¿qué probabilidades existían de que esos nombres fueran los de los verdaderos dueños de cada memoria? Inútil cáliz, las copas ya no eran sino la encarnación de un recuerdo, y a nosotros, habiendo perdido tantos cuerpos donde algo nuestro se encarnaba, devolverlas a los dueños nos pareció una tarea necesaria. Así, echando un vistazo por encima de los cristales, Olga reconoció un primer nombre y, aunque probablemente ya tenía nociones del futuro final de la empresa, luego de tomar con cuidado la copa, dijo, como si abriera una puerta al infinito: En Artá buscaremos a Julen. Ellos sabían algo que nosotros no, pero lo cierto es que, en cuanto al sentido verdadero de las copas, compartíamos las mismas dudas, y sin embargo sabían, o sentían, que algo había en todo aquello que

requería el esfuerzo del viaje y de la búsqueda.

Entonces salimos por la carretera de la costa montados en aquel automóvil sin techo o cuyo techo era el sol quemante del día o el estrellado mapa de la noche isleña, con sus relámpagos y sus lluvias. Con una mano en el sombrero para que no se lo llevara el viento, y con otra en el cigarrillo para que no se lo llevara el humo, recorrimos los kilómetros de carretera que separan la ciudad de Palma de aquel lugar llamado Artá donde encontraríamos, pues, a Julen.

Lo vimos a lo lejos, nadando en una cala llena de piedras y algas, y esperamos en la orilla junto a una mujer que, sentada en una silla, no le quitaba la vista de encima a la distancia. Cuenta Gil Paz que un profesor de teología explicó una vez que había tres sílabas en la lengua española que eran, según él, las palabras más significativas del idioma: Sí, No y Fe; pero entonces alguien le dijo: Hay una que las incluye a las otras, ¿Cuál?, preguntó el profesor desconfiando, La palabra Mar, le dijeron. Quizá por eso, cuando Gil Paz quería mentar lo inabarcable, siempre terminaba hablando del mar, mirando el mar por dentro de los ojos, como lo hacía aquella mujer en la orilla de la cala, vigilando a lo lejos a su hijo: Begoña, la madre de Julen, reconoció casi de inmediato a nuestros anfitriones.

De Julen nos contaron que era vasco, que en la época de la dictadura vendía seguros de vida, que estudiaba euskera y francés y que formaba parte de un grupo de propaganda contra el régimen. Begoña, la madre, recordó entonces aquella ocasión en que conoció a Olga, cuando la policía encontró el piso en el que se escondían los muchachos porque uno de ellos, fue Julen, dijo Olga, vestido de traje y corbata, se cayó por el hueco del ascensor desde un quinto piso: con la ambulancia llegó la policía, y poco a poco fueron encontrando a los miembros del grupo. Cuando cayó Julen, cayeron los demás. O eso es lo que nos contaron, o lo que alguien recordaba, o lo que alguien pudo reconstruir de aquellos años, cuando había tanta lumbre y tanto humo, cuando Begoña le decía al padre de Olga: Qué pena me da su hija, es tan jovencita; o cuando había la necesidad de pensar y decir ciertas cosas, cuando la piedra que era ya el pasado empezaba a romperse por varios lados.

Estuvimos hablando de cualquier cosa hasta que Paco recordó que en el coche sin capota estaba la caja con las copas rotas. ¿Y ustedes van por ahí recogiendo cosas de la basura?, nos preguntó Julen y soltó una carcajada desde la hondura del vientre, una risa de montaña y mar, y Begoña, gritándole, le decía que no fuera escandaloso. Volvió a reírse cuando le contamos que sí, que teníamos una costumbre

recolectora, coleccionista, decía yo, y que todo empezó cuando muchos años atrás conseguimos amueblar la habitación de la calle Santa Anna con muebles que encontrábamos en la calle. No teníamos dinero y no teníamos vergüenza, le dijo María. Pero después de los muebles fuimos encontrando otros objetos, recolectando artículos varios, porque en algún momento nos parecieron útiles: espejos, marcos de cuadros sin el cuadro, tablones de madera para construir, por ejemplo, un baúl enorme que guardara lo que íbamos coleccionando, cualquier cosa, llaves, paraguas, un maniquí al que llamamos Bruno y que vivía en el balcón, saludando siempre a los vecinos, con un sombrero de papel y una peluca roja, y así, poco a poco, aquel pulso ya no era el de simplemente encontrar algo por ahí y llevarlo, sino el de buscar y conservar los puntos luminosos de la constelación de nuestra memoria: María volvió una vez de Cartagena con tres piedras porque veía en ellas el dibujo de un árbol parecido a la ceiba; yo iba a las librerías de viejo a revisar las páginas de los volúmenes: encontré cartas, notas, hojas secas, postales; María encontraba fotografías de cabras, de perros, de personas vendiendo sandías en Pakistán o en la India; yo guardaba los mapas, los sobres de azúcar, los billetes de tren; ella los lápices, los bolígrafos, los frutos secos de algunos árboles. Las copas, pues, en el recuerdo o en la imaginación, eran el culmen de una suerte de manía coleccionista o de conservación que, por primera vez, nos llevaba a un viaje y a una búsqueda.

Julen no podía recordar qué acontecimiento señalaba la fecha escrita en la copa, y el lugar estaba más bien emborronado, poco legible, de manera que por un momento parecía que ahí se acababa el asunto. Fue Begoña la que se empeñó en hacer memoria, entre recetas de bacalao y licores de hierbas, mientras Julen insistía en que él no se había caído por el hueco del ascensor, que en aquel momento estaba en su clase de francés, que ese día no iba vestido con el traje y la corbata, y Paco tratando de leer la copa a través de la última luz que quedaba del día, y Olga hablándonos del pasado que pervive en las heridas, y entre Begoña a gritos y Julen desmintiendo a los recuerdos, se fue conformando, letra a letra, el largo y desconocido nombre de Sa Pedruscada. El viaje volvía a tener rumbo.

La casa de Biel y Paca era una antigua construcción en la orilla de una cala llena de algas. Aquí todo está lleno de algas, o tiene por dentro una selva de algas, un bosque marino que hace visible lo tenue del oleaje. Con la puerta y los postigos amarillos, aquella casa de pescadores guardaba en todos sus rincones el rumor de la sal y el olor

de los mares. Llegamos cuando preparaban la cena. Julen seguía insistiendo en que él no se había caído por el ascensor, mientras nosotros empezamos a sacar las copas de la caja. Ahí, en una mesa casi a la orilla del mar, apenas con la luz de una lámpara de aceite, encontramos la copa, rota por la base, que llevaba el nombre de Paca. Julen seguía discutiendo con Olga sobre la memoria y las banderas, y Paca y Biel, hablando una lengua que no es la de Ausiàs March, pero que así la imagino yo, nos dijeron que la copa se le había caído a Paca desde la punta de los dedos, una noche, cuando estuvieron en el corazón de la isla, con Feli Azcárate y Carlos Colomo.

A veces, las etapas del viaje están en los lugares, accidentes de una geografía personal, fruto de los mapas y la deriva: en la cima, en la espesura, en los escalones estirados de piedra, en el túnel vertiginoso de las sombras, en el río, que es una lengua de perro en nuestro trópico; otras veces, en cambio, las etapas del viaje son todos aquellos a quienes vamos conociendo en el trayecto: Anna, por ejemplo, que caminó con nosotros en Calaceite; Rafa y Conchi; Eugenia y Ricardo; Manuel Marín, que nos llevó a la casa de José Donoso; Carlos Vitale, el de las grandes brevedades; Roberto, Skliar, Els Orfes, Alejandro, Jorge, Helena, Cecilia y Miguel, personas como ciudades, Han y Felipe, aliento en mitad del viaje; o Nadal Suau, que a su vez conoció a Cristóbal Serra, ese polígrafo mallorquín que decía, como Gil Paz, que basta imaginar algo para que exista. Nunca lo hablé con Nadal Suau, pero siempre me pareció posible, por difícil que fuera, que Cristóbal Serra y Gil Paz se conocieron en algún momento de sus vidas: muchos eran los puntos en común entre ellos dos, muchas las coincidencias, mucha la admiración que tengo por ambos, y llegué a pensar, sin más, que podían haber sido la misma persona. Es verdad que no había una copa con el nombre de Nadal Suau, ni con el nombre de Cristóbal Serra, ni con el de Gil Paz, aunque tal vez algún día alguien encuentre una copa rota con su nombre escrito y una fecha y un lugar y sea posible trazar otro mapa, con sus nombres, por encima del mapa del mundo.

Después de algunas averiguaciones fue gracias a una escultura que dimos con Feli y Carlos: a un costado de la iglesia de Sant Llorenç, subiendo por las escaleras que llevan al mirador, bordeados los peldaños por un muro donde florecen las bugambilias, llegamos a un pilar de hierro verdoso, un bronce viejo de estatua, la pierna de un castillo antiguo que nació así, con la edad de los siglos, donde había una inscripción y dos nombres: Carlos Colomo, que era a quien buscábamos, y Avelino Hernández, que era a quien el monumento

estaba dedicado. En aquel punto habíamos llegado, por las carreteras de la isla, todavía con Olga y Paco, a un pueblo con el nombre de Selva.

El pueblo, brotado de las encinas y los almendros al pie de la Sierra de Tramontana, no lo sabíamos aún, era ya el preludio del final del viaje. Pero todavía era necesario atravesar el campo, entre el silencio de los conejos y los olivos, para llegar a aquella casa rescatada de la muerte, donde vivían Carlos y Feli, y que llamaron Sa Ruina. Ahí, porque ya era de noche, cenamos debajo de la estela lechosa del cielo, y el nombre de Avelino Hernández se fue haciendo grande en la memoria de los presentes, como se hacen grandes los nombres de los muertos queridos.

Fue Carlos quien nos explicó la naturaleza del monumento al lado de la iglesia. Avelino, llegado de todas partes de la península, se fue a vivir a Selva con Teresa hacia finales de la última década del milenio. Quizás porque el cielo es más grande ahí, y las constelaciones más nítidas en sus formas y en sus luces, el cangrejo encontró a Avelino, que descansaba escribiendo, y le mordió los riñones. Murió apenas entrando el nuevo siglo, y Carlos le dedicó la escultura y la colocaron al lado de la iglesia de Sant Llorenç porque tenía, según Avelino, el mismo número de escalones que la iglesia de San Lorenzo que había en su pueblo natal. Teresa dejó Selva y se fue a Palma, donde todo comenzó para nosotros, donde encontramos las copas, y donde el recuerdo de Avelino se movía entre los otoños de Soria y los veranos de Mallorca.

Sobre la enorme mesa de madera del patio colocamos todas las copas. Carlos y Feli tomaron las suyas y examinaron el resto de los nombres: Marta vive en Madrid, dijeron; Cayo César viaja mucho, es difícil encontrarlo; los nombres fueron reconocidos uno a uno, casi todos, y los brazos del viaje se extendían tanto que nos dimos cuenta de la imposibilidad de la aventura. Hubo una copa, sin embargo, seleccionada por los anfitriones, con cierta timidez o con cierta nostalgia, que nos entregaron sin dudar: en la base estaba escrito el nombre de Avelino, la fecha era de las más antiguas, y las roturas del cristal parecían las venas de una hoja de castaño. Descubrimos entonces que ese era el final del viaje, que ahí residía el verdadero destino de la búsqueda: encontrar a Teresa, entregarle la copa de Avelino, conocer la historia completa: hasta entonces nadie nos había explicado la razón de la existencia de las copas rotas.

El resto de las copas se quedó en Sa Ruina, con Carlos y Feli. Ya no sabemos qué pasó con ellas. Tal vez Carlos Colomo, que conoce las

formas de las cosas que no existen, hizo con las copas un vientre enorme de ballena donde un Jonás milenario, hijo de los olivos y las viñas, cantaba una canción silenciosa. Quiero pensar eso, porque me parece que es lo más posible y tal vez, incluso, lo más justo, si es que la justicia existe. Mientras, nosotros regresamos a Palma con Olga y Paco como guías, bajo el cielo estrellado de la isla, con el firme objetivo de encontrar la casa de Teresa y devolverle la copa que llevaba el primer nombre.

Avelino empezó a escribir cuando tuvo una infección de amígdalas, en 1970, nos dijo Teresa. Estábamos por fin en la sala de su casa, sentados de espaldas a un cuadro lleno de nieve y tiempo y que se llamaba, así lo dijo Teresa, *La huella de tu ausencia*. Hasta entonces no nos habíamos preguntado, después de inspeccionar todas las copas en nuestra visita a Sa Ruina, por qué no había una sola copa con el nombre de Teresa: es posible, ciertamente, que jamás hubiera roto ninguna; posible, pero tal vez poco probable. Fue cuando nos mostró la habitación donde íbamos a dormir esa noche cuando encontramos la explicación: en el pasillo, en un pequeño aparador con puertas de cristal, tres copas rotas reflejaban la luz que venía de las farolas de la calle. Era tarde ya, y Teresa nos dijo que por la mañana nos explicaría el asunto de las copas.

En la habitación estaban los libros de Avelino, algunas fotografías, un par de cámaras antiguas, y su boina, firma ineludible de su estampa. Es cierto que una vez Jean Baudrillard lo vio a Borges, hacia los últimos años de su vida, impartiendo una conferencia en alguna universidad. Ahí, el filósofo francés, escuchándolo hablar, tal vez, de la ceguera o del infierno o de la esfera de Pascal, se preguntaba qué tipo de animal podría ser Borges. Después de un rato de reflexión, la conclusión a la que llegó Baudrillard me parece justa: Borges es un tigre ciego encerrado en una biblioteca. Tal vez en aquella conferencia habló de los tigres de Blake, del zarpazo de las sombras, del paraíso encarnado en una biblioteca. Pienso en esto ahora, cuando pienso en Avelino, y me planteo una pregunta similar. Pero el alma animal, me parece, no es la más apta para evocar al soriano, y se me ocurre preguntarme ¿qué tipo de árbol sería Avelino? Porque Avelino debe ser un árbol, no se lo dije a Teresa, pero tal vez estaría de acuerdo: un castaño, un encino, un olivo centenario, un árbol, en fin, que corre de noche, cuando nadie lo ve, como diría Vinyoli.

La historia es muy sencilla, dijo Teresa ya por la mañana. Era costumbre que los amigos visitaran la casa de Teresa y Avelino a la hora de la cena, y que las cenas se alargaran hasta el fin de los

tiempos: entre la conversación, la música y las botellas de vino, un día alguien tiró una copa al suelo, accidentalmente, y cuando el culpable quiso levantarla y llevarla a la basura, Avelino se acercó, apresurado, y le dijo que no: tomó la copa rota, se alejó un poco, escribió el nombre de quien la rompió, la fecha, el lugar, y la colocó sobre una mesa al fondo de la habitación. En pocos meses ya había más de una docena de copas rotas, con sus nombres y sus fechas. Son recuerdos, decía Avelino, recuerdos de quienes nos visitan. Con los años fue necesario colocarlas en una mesa más grande, explicar a los visitantes el curioso invento, conservarlas como se conservan, a veces, embalsamados algunos recuerdos. Eso eran las copas: recuerdos: cada persona que rompía una copa estaba definitivamente vinculada a ella, unida como a un misterio: eran una huella del paso de los otros por la casa; quizás, colocándose con cuidado una de las copas cerca de la oreja, como si de una caracola se tratara, sería posible escuchar una risa, un verso, un golpe sobre la mesa, algún trozo de conversación *mientras cenan con nosotros los amigos*. Eso eran las copas: la huella de una ausencia.

Tras la muerte de Avelino, Teresa dejó Selva y regresó a Palma. Había tantas copas, dijo, que no pude llevármelas: las puso en una caja, y las encontramos nosotros, siglos después, cuando empezó todo esto.

No recuerdo ya si le devolvimos la copa que llevaba el nombre de Avelino. Recuerdo, en cambio, que las tres copas que se exhibían en el aparador del pasillo de su casa eran, así nos lo dijo, recientes. Quizá todo comenzó una noche cuando, recién volviendo de Sa Ruina, vimos esas tres copas y le preguntamos por su significado. Todo, en realidad, había vuelto a comenzar: una tarde vinieron a visitarla unos amigos y una copa cayó al suelo: Teresa, que conoce el pasado y sus destinos, levantó la copa y la guardó, volviendo a comenzar la colección.

Hay siempre un pasado detrás del pasado, decía Gil Paz; por eso, cuando llegue a casa, un día, después del viaje, cuando encuentre un lugar, que siempre será temporal porque cada uno de nosotros tiene un pie en un país distinto, entonces, pues, en aquella casa todavía sin nombre, un día, ya sea solo o en torno a los amigos, romperé la primera copa y le escribiré mi nombre. Pacientemente dejaré de esperar.

Culiacán, 2015

III

Sobre memoria y acantilados

Porque podemos devolver la vida
a los que han muerto antes que nosotros
recreándolos.
Y esto no es una cuestión de elección,
sino una deuda imperiosa.
ELÍAS CANETTI

Los trenes ya no silban. Por tanto no puedo decir: Escuché el silbido del tren cuando salimos de la estación. Solamente escuché metales, ruidos eléctricos, mordeduras deslizantes dentelladas de óxido y azules, creo que el azul es el color más eléctrico, una oscuridad terrosa de varias noches de profundidad conforme entrábamos en el túnel, la estática sensación del movimiento relativo, y afuera amanecía y no podíamos verlo.

Siempre que un tren deja una estación debe considerarse como un acontecimiento. Quizá tantos trenes yendo y viniendo nos han hecho olvidarnos de tantos trenes yendo y viniendo. Consideramos el viaje como un intersticio, como algo pasajero, porque eso somos: pasajeros. Pero en los intersticios es donde ocurre todo: la vida es un pasaje, una serie de pasajes que se conectan como cuerdas. Los pasajes son intersticios de una locura que nos hace creer que en la búsqueda está el sentido, un destino que acecha al otro lado del espejo. Por eso subimos a un tren, *todo tren un potro ligero hacia tu reino*, a un autobús, a un avión que nos lleva lejos, echamos a andar en la caminata de la distancia buscando el eco de un distanciamiento como la razón de la diferencia, como la profunda marca de lo que nos hará otra cosa. El tren, como herramienta del viajero, es la serpiente metálica, la columna vertebral de un cuerpo trazado sobre durmientes, la noción algebraica de las distancias que se enumera en el nombre de las estaciones del viaje. El resultado de toda ecuación tiene un valor nominal tangible, un requiebre aprehensible sólo como muesca, como

cicatriz en un muro en el que los condenados cuentan los días. Esa marca, en ese tren, tenía el nombre de Portbou.

Acostumbrados a medir las distancias en horas, en magnitudes de tiempo y del valor humano del tiempo, o bien acostumbrados a medir las distancias en kilómetros, en magnitudes del espacio geohumanizado, en proporciones que otorgan valores territoriales que permiten solamente viajar por espacios conocidos, los trenes son ciegos y carecen de la capacidad del extravío. Nosotros, dentro de los trenes, en su vientre metálico de constrictoras, sujetos a sus leyes y a la dictadura del movimiento teledirigido, sólo podemos salvarnos llevando de antemano la noción de una distancia que es irrecorrible, irrecuperable: la distancia del pasado, y es ese recuerdo lo que precisa la geografía de nuestro verdadero viaje. Por eso, cuando el tren se detiene de súbito no hemos viajado en el tiempo ni en el espacio, hemos viajado en nosotros mismos y en los otros, en la ruta de los acantilados, como diría Canetti, hacia donde los muertos sueñan y suenan como un eco.

La estación era la misma estampa detenida en el tiempo de aquella peregrinación que nosotros, en sentido inverso, intentábamos emular. Salir del tren fue como entrar en una postal avejentada y rotosa: un color verde lo transportaba todo hacia aquellos años, el verde es el color del pasado, liquen del tiempo, y el edificio, como un viejo hangar alicaído, se iba estrechando poco a poco hacia un pasillo como una boca abierta y una dentadura de escaleras de concreto, largas y empinadas. De ahí en adelante todo era hacia abajo: hacia las calles en pendiente que conducían a la costa, hacia la costa que conducía al abismo azul de los mares casi transparentes, hacia el abismo que conducía al pasado, hacia el pasado que crece en todas direcciones cuando se escribe, citando otra vez a Canetti. A lo lejos, sólo un camino subía. Era una ciudad descendiente, una ciudad de rodillas ante el mar, con la espalda de las montañas abruptamente cortada en acantilados, y a la cima de los acantilados es adonde íbamos. Pero habría que encontrar primero ese camino, sin mapas ni indicaciones, y quizá la única forma era seguir los pasos de aquel que buscábamos, seguir el itinerario de una muerte de morfina y desesperación.

Algo de laberinto poseen todas las ciudades, más allá de la arquitectura común de sus calles y edificios. Algo de deseo de pérdida, de pasos perdidos en los pasajes oscuros, algo de tristeza, si se busca bien, porque, aunque se piense que las ciudades son el mapa de lo previsible, que sus trazados evaden la ceguera humana, que sus diseños de ingeniería y tránsito buscan el confort y la ruta simple, las

ciudades, como las bestias, dice Baudrillard, conservan el nomadismo en el mismo corazón de la domesticidad. Encontrar la ruta de los otros, un camino seguido en secreto hace más de cuarenta años, es una tarea más propia de la invención que del rastreo. Sin embargo, las postales turísticas ejercen su fuerza sobre los esquemas urbanos: las postales turísticas designan la imagen de las ciudades, designan el canon de aquello a lo que se debe parecer una ciudad visitada por tantos para el recreo y el olvido de obligaciones y consignas. Por ello, una ciudad es varias ciudades, y es la otra, la oculta ciudad del pasado, la que nosotros buscábamos.

Encontramos la ruta marcada con carteles rojos y fotografías de su rostro, un rostro cruzado por la cicatriz de unas gafas de aumento redondas, el cabello desbaratado y la narración, paso a paso, de la ruta final de sus días. ¿Por qué el recuerdo necesita de imágenes crucificadas en la memoria? Quizá porque escribir historia significa dar su fisonomía a la cifra de los años, lo dijo el propio Benjamin; quizá porque el pasado es esa imagen construida en la conversación con lo perdido, esa pintura cambiante en el lienzo de la memoria, la crítica de una quemadura que nos es demasiado cercana y lejana a la vez. Algo del misterio desapareció justo ahí cuando supimos que nuestro camino no sería el mismo camino que el de él y los que venían con él; algo de la belleza romántica de seguir los pasos como si camináramos sobre las callejuelas no de Portbou sino sobre las de un país más grande y desconocido, más lejano y violento, se esfumó en el aire salado, en el ruido sordo de un oleaje inexistente acallado por los muros de piedra, en el cansancio de un sol que no calienta, pero arde en la piel.

Recorrimos la ciudad de arriba abajo varias veces, con la cuesta hacia la cumbre brillando en el reflejo del ojo en los mares, asomándonos a la abrupta costa encerrada en las murallas pedregosas, revisando la anatomía del techo de árboles de una rambla seca, el túnel, a lo lejos, por donde entraban los trenes que en aquellos tiempos venían de Francia: la oscura boca de un lobo muerto. Esperamos, decidimos esperar y ser pacientes frente al verdadero acontecimiento del día y revisar, imaginariamente disfrazados de turistas, los íconos que las postales marcaban a cualquier visitante despistado. La casa en que murió, el edificio donde sus venas bebieron la inyectable cicuta blanquecina de la morfina, el blanco es el color del desvanecimiento, que trajo consigo desde París porque sabía que la Gestapo le pisaba los talones. Lo vimos todo, desde fuera, subiendo unas escaleras hasta la parte trasera, la ventana por donde quizá

asomó el último vistazo antes de caer en la desesperación, y el primero cuando había decidido acabar con todo, cuando, pensando en un libro bello y larguísimo que nunca terminaría de escribir, preparaba la dosis. Sabía que ya no estaba en su sitio, quizá entonces él ya lo sabía: había vivido antes de morir en un mundo que ya no era el suyo, diría Baudrillard, un mundo donde los pasajes comenzaban a cerrarse.

¿Qué es lo queda de un viaje; qué restos se descubren de aquellos que han muerto hace tantos años; qué pasa cuando la historia duerme; cómo se sube una colina que conduce a un cementerio? Cuando decidimos subir la pendiente bajo aquel sol ardoroso hacia la última escala del viaje, el mar de la costa reflejaba una luminosidad que no encajaba con la idea del primer viaje, el de Benjamin, en aquella década marcada por la guerra y el hambre o, como diría Canetti, por el latido de Dios en nosotros: el miedo. La calle se empinaba sobre el perfil del acantilado, sola, habitada por casas solas, por miradores solos, por nosotros que también estábamos solos ya frente a la entrada del cementerio, una reja metálica oxidada, y la entrada de un túnel que atravesaba la piedra y conducía hacia el mar, hacia el vacío. No es lo que ha quedado del viaje de Benjamin lo que hemos venido a buscar, sino lo que de nuestro viaje queda en nosotros. Sabemos de su paso por los Pirineos, del terrible sonido de las pisadas de los perseguidores, de la negación del asilo por la España franquista, del desespero y la ruina, del miedo y el desespero, del desespero y la morfina, del silencio. *De él qué ha quedado, del escritor que de pura tristeza se ha convertido en tiempo*, del que decidió andar los pasajes de la vida sabiendo que el futuro no es otra cosa que aquello que hemos obligado a Dios a prometernos, de esa última mirada que lanzó por la ventana hacia la única torre de una iglesia pequeña y maculada: *de él no quedan* más que estos fragmentos rotos.

¿Qué es un viaje sino una sucesión de fragmentos?, *es el habla en sueños cuando la historia duerme*, es la ascensión a la colina, el descenso por las escaleras de aquel túnel metálico construido como un monumento al escritor que antes este mismo pueblo abandonó: el monumento es una seña también del abandono: se entra por una puerta que se hunde en la piedra perforada en escaleras descendentes (hemos subido la colina para descender por ahí, temporalmente, al hueco de la historia, al intersticio de un vestigio): a los lejos se ve el azul de un mar limpio y ajeno, distante por el cristal que al fondo del pasaje nos separa del abismo: si se da la vuelta hacia la entrada puede verse allá atrás el rectángulo luminoso: a veces nos es dado observar

el pasaje y la salida del pasaje para que tengamos en claro que la primordial función de su existencia es que andemos por él, a través de él, como Benjamin lo hiciera en sus propios pasajes: él no escribía sus libros: los caminaba.

Entonces solamente queda trasponer el cancel de entrada al cementerio y buscar un número porque a los muertos se les graban lápidas, fechas que demarcan el intersticio que fueron y habitaron, límites en la geografía terrena del tiempo, y así es como se les busca en sus casas, en sus últimas casas: Nicho número 563, Sección de 1940 a 1945.

Aquí los muertos no descansan en la tierra porque el acantilado, piedra sobre piedra, no llega a ser herido por las palas y los intentos de excavación. Aquí los muertos se amontonan unos encima de otros en nichos horizontales. Aquí se construye un muro con sus cuerpos; los muros del cementerio son ellos mismos, sus huesos y sus nombres. Por eso todo es pasillo, corredores y desniveles, pasajes.

Entrar en un cementerio siempre es un atisbo del temor de todo lo que no viene después de la muerte, escribió Canetti. Por encima de los muros el mar y el cielo son espejos enfrentados, los pinos rasgan la cortina transparente de la sal y mueven el aire con su aleteo de peces o algas, los pasos no se escuchan porque la tierra es silenciosa, porque nadie se atreve a hablar en voz alta en estos lugares. Así, los escalones nos llevaron a otro nivel en las galerías descubiertas, apenas al lado de la entrada principal, un poco más arriba porque todo el cementerio era una escalera, un subir hacia la cúspide, o un bajar hasta la costa. Ahí estaba, entonces, la última estación de nuestro viaje: una piedra enorme y pulida, con una forma particularmente especial, demasiado irregular en sus regularidades como para haber sido encontrada tal cual, ostentaba la placa y el epitafio. Debajo, ahí bajo las piedras que pisábamos (y así lo creímos, estoy seguro de que así lo creemos porque, si no, entonces, dónde están, quién pone en duda la autenticidad de un sepulcro), está el cuerpo de Walter Benjamin, sitiado por los ejércitos de la sobredosis de morfina, por el peso del pasado y las palabras, dominado en esa huida ante la brumosa presencia de los opresores hacia un lugar donde, y él mismo lo sabía, estaba cifrada una muerte de extranjero, de ciudadano sin nacionalidad, de refugiados sueños de asilo en Lisboa: la muerte en Portbou, donde nadie lo esperaba, donde no había lugar para morir, donde terminó acaso el sueño de vivir muchos años, *sin que Dios se diera cuenta de ello*.

Nos sentamos en la banca más próxima, junto a un ciprés

ondulante, viendo sin ver las palabras que todavía seguiríamos leyendo. ¿Por qué siempre ante una tumba sentimos la necesidad de hacer una ofrenda, de dejar un regalo último que se perderá sin remisión en la inclemencia del tiempo? Es posible que no se pueda vivir sin la absolución de una imagen funeraria, escribió Baudrillard, que en la visita al camposanto buscamos una suerte de redención para nosotros mismos, el imposible perdón por el pecado de seguir vivos cuando los otros ya se han manchado de olvido y ausencia. Por eso, tal vez, los visitantes de la tumba de Benjamin acostumbran dejar piedras sobre el sepulcro, alrededor, escritas en ellas la fecha y el nombre del visitante, con la esperanza, los vivos siempre tenemos la esperanza, de que marquen un camino de ida o de regreso, con la intención, tal vez, de unirnos a él en un recuerdo, o unirlo a nuestro propio recuerdo, dejando ahí un vínculo por demás dudoso.

Contemplamos la tumba durante largos minutos, pensando en la ofrenda. Finalmente hicimos lo único que podíamos hacer, lo que creíamos justo para un hombre como él: escribir. Y en una pequeña caja de cerámica que encontramos por ahí, llena de tierra y guijarros y pétalos viejos, dejamos la nota que cifraba nuestra marca en ese espacio, y viceversa sabiendo que nosotros tal vez podemos tener conciencia de la melancolía, mas no de la iluminación, y que Benjamin, en su distancia de recuerdo, habitó ambas.

Los viajes terminan cuando se ha cumplido el objetivo inicial. El regreso, entonces, deviene trámite, pausa, impaciencia ante el recorrido de lo que ya se ha visto y el deseo de volver al origen. Pero el viajante nunca cierra los ojos durante el camino de vuelta: al contrario: el regreso es la primera y más inmediata manera de repetir la travesía desde el inicio. El descenso de la colina, el último vistazo al océano luminoso, a los árboles entrelazados sobre la rambla vacía, al acantilado como espalda del mundo, al espejo del cielo y el olor salino de las calles fueron la evocación de la primera vez y entonces al pie de las escaleras casi podía ver cómo comenzábamos el descenso y entrábamos en la ciudad.

Todo regreso es, en cierta medida, el comienzo del viaje. Pero en algo se diferencia indudablemente: la escritura será de otra naturaleza. Resulta imposible escribir el mundo, Benjamin lo sabía, de la misma manera que resulta imposible verlo todo, andarlo todo, ser un viajante totalitario. Habitamos sólo en fragmentos, en pasajes, en los intersticios del mundo, y de ellos, y de nada más, es que podemos escribir, pero es ahí donde se prefigura el mundo entero. La escritura cambia en el regreso porque hemos decidido escribir hasta el

momento del encuentro con el vestigio, y el resto, parecido al comienzo, se convierte en el comienzo mismo. El viaje ha terminado ya, otro comienza, uno distinto, cuando la escritura cambia su signo: no es que el final de la travesía interrumpa la escritura, sino que la interrupción de la escritura es el final de la travesía, escribió John Barth. Así, en la distancia, veía las ensenadas lejanas que el paisaje dejaba asomar entre las montañas o tras las pequeñas y solitarias construcciones de la costa, mientras el ruido eléctrico del tren sobre los durmientes me obligaba a pensar en las palabras de los otros, en los sueños de los otros, en las vidas de los demás a través de las que mis propios pensamientos apenas empezaban a tomar forma.

Cerdanyola del Vallès, 2011

Naturaleza fragmentaria de la ausencia

No sé si he dormido, pero sé que he soñado.
IVO ANDRIĆ, *Signos junto al camino*

Sólo lo que no deja de doler permanece en la memoria.
FRIEDRICH NIETZSCHE, *Genealogía de la moral*

El deseo es la constante lucha contra la ausencia. La esencia de haber-sido, es decir, el ser-pasado, dice Derrida, es la esencia del ser. O como dice un viejo tango: El recuerdo de haber sido y el dolor de ya no ser; porque el pasado cumple su función en lo posible del futuro, no ya como un modo de salvación de los errores, sino como un modo de perpetuación de los esdevenimientos. Así se definen los dos valores de la ausencia: el pasado, cuna de la falta, y el futuro, materialización de la falta, madurez rebosante de la falta. La ausencia es el relato de la ausencia, en un principio. Luego, la ausencia deviene prospección de ese relato. En el futuro, la ausencia es temor de un deseo consumado. Ambas, definitivamente, son vocablos: origen posible del rezo, del mantra, del conjuro que convoca en torno al fuego la borradura del borde y regresa a nuestra cercanía aquello que ya nunca podrá ser-aquí.

Pero es verdad que la palabra no rompe con la ausencia: la palabra otorga presencia a la ausencia, le da cuerpo a lo que hace-falta: presencia como una virtualidad, como huella del paso de un ejército que se presume temible porque en su andar horadó con sus pies una planicie monumental, pero que sólo es inferible por el rastro de sus huellas, como una cicatriz, la herida que deja en el cuerpo la firma del cuchillo. Entonces recurrimos a los objetos, a las reliquias que, a modo de sustituciones, son nuestro socorro en la reconfiguración de lo perdido: cada objeto asociado a la pérdida es una parte del cuerpo memorioso de la ausencia. Lo que no está también tiene cuerpo: el cuerpo de lo ausente es la cifra del deseo.

Mientras hablábamos, recordamos la posibilidad de un viaje que tal vez sucedió hace unos diez años, y que nos llevó, en principio, al cementerio de Portbou, donde yace el cuerpo de Walter Benjamin. Todo empezó con un tren, y con una reflexión sobre los trenes, y terminó con una tumba, y una reflexión sobre los cementerios. Así fue aquel viaje que, en su gestación, fue idea de Mantonio Arco, y que, a final de cuentas, nos llevó de Portbou y la tumba de Benjamin a un viaje más largo que termina en nuestras propias tumbas. Estudiábamos, apenas, los efectos perceptibles de las cosas, diría Mantonio mucho tiempo después. Ahora, creo, estamos ocupados en lo que hace llaga profunda, no en el viaje, sino en lo que origina y permite la posibilidad, la necesidad, del viaje. Si el deseo es motivación es porque en su seno yace una ausencia. No obstante, a veces la ausencia está innombrada y es irreconocible, oculta entre los pliegues del tiempo.

Como hablábamos de Bejamin, que amó tanto París y que escribió el maravilloso *Libro de los pasajes*, que Mantonio Arco y yo leímos aquel verano en el Café Argentino, fue que decidí relatarle el viaje a París, donde asistimos, como una despedida de nuestra vida en Europa, a una suerte de revelación, de rito de paso que abría el camino al regreso, mi regreso, a México, y la partida de María al Nuevo Mundo.

Tal vez hay lugares a los que uno se arroja desde la incógnita total, desde la falta de expectativas en todos los sentidos; con París, sin embargo, pasa diferente: ya lo conocemos, ya lo hemos recorrido incansablemente en los gritos y las decapitaciones de la *Historia de dos ciudades*, de Dickens, o en los puentes y callejones de *Rayuela*, de Cortázar; en Hemingway, Vila-Matas y Perec, y en las notas de Julio Ramón Ribeyro, o en numerosas películas de Truffaut, Godard, Linklater, Scorsese, Carax, donde ya la geografía parisina se convierte en un mapa sensitivo ligado, principalmente, a las emociones ajenas: una mirada de un personaje, un narrador, una cámara, que nos entrega el plano definido, la escena, que el relato requiere. Pero el viaje es, en esencia, la elaboración del propio relato, y aunque imaginábamos un París determinado, queríamos descubrir otro, sin saber todavía dónde estaba encarnada nuestra relación con la ciudad, si es que existía.

Después de los típicos paseos en barco por el cauce del Sena, las largas horas repartidas en las salas del Louvre, y la conversación con un viejo amigo lejano, decidimos, una tarde, abordar el cementerio de Montparnasse sin aparentemente otro objeto que el paseo. Recordaba

aquella película de Jacques Becker, *Los amantes de Montparnasse*, donde se cuentan los últimos años de la vida del pintor italiano Amedeo Modigliani que culminan, primero, con su muerte el 24 de enero de 1920 y, luego, con la muerte de la artista Jeanne Hébuterne, pareja del pintor, que saltó por la ventana del quinto piso cuando lindaba el noveno mes de embarazo. Pensaba también en el salto de Gille Deleuze; en el internamiento de Althusser luego del asesinato de Hélène, su esposa; en el asesinato de Gèrad Lebovici y en el suicidio de Guy Debord; el paseo de Cioran junto a Firedgard Thoma a la tumba que, precisamente en Montparnasse, su compañera, Simone Boué, había comprado para ellos dos. Hicimos, de camino, una lista con los monumentos que queríamos ver, porque las tumbas son monumentos, y tratamos de que no nos faltara ninguno de los posibles imprescindibles. Íbamos contentos, hablando de cosas que no tenían que ver con la muerte, aun a pesar de que nos dirigíamos a un cementerio.

Sin embargo, en mi deseo bullía una cierta necesidad por encontrar la tumba del poeta César Vallejo: era eso, una necesidad que fue creciendo conforme nos acercamos al muro largo del cementerio, mientras recorríamos el perímetro, mientras caminamos desde el Jardín de Luxemburgo hasta el portón de entrada del cementerio, deteniéndonos en algunos edificios, en algunas plazas, en algún café. Íbamos hablando del futuro, del seguro regreso al origen, mi origen, y el abandono que María estaba a punto de ejercer sobre el suyo. Hablamos de tener siempre la mitad en otro lugar que no es el aquí, que nunca sería el aquí del cuerpo, y que ello implica un nomadismo interminado, el nacimiento de una tierra prometida que se mueve por el mundo sin que podamos alcanzarla porque, aun sabiendo dónde arraigan sus extremidades, siempre estaremos en otro lugar diferente. Así, tratando de entender que el desarraigo sería para siempre nuestra condición más íntima, tratando de no sentir o no comprender o no explicarme esa necesidad de Vallejo, de su tumba, no de él, no de su poesía, sino de su elemento fúnebre, y así, pues, entre una cosa y la otra, llegamos al portón del cementerio donde nos llamó la atención el festivo silbato de un guardia.

Tardamos un poco en darnos cuenta de que se trataba de un aviso de los responsables del lugar para que nadie se quedara encerrado con los muertos al caer la noche: el horario de visitas había terminado y no pudimos entrar; ya estaban los guardias recorriendo los pasillos para echar el cierre y dejar descansar a los difuntos. Fue ahí cuando sentí la primera punzada de un desespero que llegaría a cumbres que

no había imaginado. ¿Por qué, al momento del cierre del portón, sentí que había perdido algo preciado? Me di cuenta, de inmediato, de que no se trataba ya de una visita turística, que las tumbas de Julio Cortázar o de Cioran o de Simone de Beauvoir no eran precisamente más que un interés o una curiosidad, y que en la tumba de Vallejo, como en su poesía, pero sobre todo en su tumba, se encontraba un lazo mayor, una suerte de contacto con algo que venía rumiando desde años atrás. En un par de días debíamos irnos de París, en un par de meses nos íbamos de Europa, y me pareció que nunca tendría la oportunidad de ver esa lápida, de saciar ese desespero.

María se percató de mi desasosiego y me dijo: Volveremos mañana; y quise pensar que no habría ningún inconveniente, pero ya estaba sintiendo el nacimiento de lo que queda inconcluso, de lo mutilado, y María, que sabe cosas, me hizo hablar. Le expliqué que desde el asesinato de Fernando, cada año, al menos una vez cada año, asistía al cementerio a encontrarme con una suerte de fisicalidad de la ausencia. No están ahí los muertos, me dijo; y algo de razón tiene, pero siempre que me sentaba frente a la tumba caía sobre mí el pasado como un llanto y un regreso al momento preciso de la pérdida, el momento de la anunciación, por decirlo de alguna manera. Algo parecido a la frustración, a ese llanto atorado en el pescuezo, sentí cuando las puertas del cementerio de Montparnasse se cerraron mitigando el sonido del silbato que buscaba rescatar a los vivos que quedaban entre los muertos.

Esa noche, luego de regresar sobre nuestros pasos, borrados por los pasos de tantos otros, y buscar entre los edificios del barrio chino la casa de aquel amigo lejano, cenamos y hablamos de otras cosas, de nada que tuviera que ver con lo ausente, de nada que hubiera perdido nadie, pero seguía pensando en Vallejo, o en mi hermano, como si los dos, o alguno de ellos dos, hubiera muerto ayer. Es extraño cómo ciertos objetos o lugares son la detonación que actualiza un esdevenimiento, que lo extrae del pasado y lo hace suceder en una especie de proceso de revitalización que le confiere un encarnamiento, una vida presente que, aunque fugaz, es un disparo certero, la desgarradura de la herida endurecida, cicatrizada.

Al día siguiente, luego de algún paseo sencillo, sin prisas, enfilamos de nuevo rumbo al cementerio. Esta vez llegamos poco después del mediodía, pensando que el tiempo sería suficiente.

No es demasiado grande el terreno, o no lo recuerdo tan grande ahora que escribo sobre ello, y aun así nos extraviamos en varias ocasiones. A veces yo me adelantaba, y María se quedaba observando

con detalle la estatua de bronce enverdecido que adornaba una lápida; a veces era yo el que se detenía, y ella se perdía entre los pasillos de tumbas: no queríamos alzar la voz para llamarnos, había una especie de silencio de solemnidad, una suerte de cautela en los movimientos, y fuimos con calma de una tumba a la otra, de un pasillo al otro, revisando cada uno de los nombres de nuestra lista. La tarde iba cayendo, era octubre y había llovido por la mañana, pero todavía estaba gris el cielo. No íbamos buscando expresamente la tumba de Vallejo, no al menos de manera obvia: yo pensaba: Ya la encontraremos; pero iba viendo el reloj una y otra vez para averiguar cuánto tiempo quedaba.

Buscar es un proceso que, en principio, conduce a un fin, a la consecución de un objetivo determinado previamente. Cuando no llegamos al punto que marca el final de la búsqueda, sobreviene la frustración, el desespero, la falla: así es como habitualmente pensamos. La búsqueda, sin embargo, es lo interminado en sí mismo, es lo que no tiene fin: antes de salir de casa reviso con prisa todos los cajones, todas las superficies, todos los bolsillos buscando las llaves, pero cuando por fin las encuentro no son las llaves lo que necesitaba, sino salir, y más tarde no es salir lo que necesitaba, sino volver a entrar en la casa. Así es la búsqueda: cada hito de la búsqueda no es sino un órgano del cuerpo inmenso del viaje, necesario para continuar, pero incapaz de ejercer como cerradura de todos los esdevenimientos. Podíamos irnos ya, podíamos salir de ahí y construir el relato del viaje como la imposibilidad de encontrar la tumba de un poeta, y parte de mí, de mi memoria inmediata, se habría quedado entre los pasillos del cementerio, buscando todavía un nombre y un epitafio. Faltaba media hora para que los hombrecillos que cuidan el camposanto comenzaran a rechiflar sus silbatos, sus trompetas del apocalipsis, mi apocalipsis personal, momentáneo. Y seguíamos sin encontrar la tumba.

Después de dar rodeos numerosos a las tumbas de Ionesco, Saúl Yurkiévich, Julio Cortázar y Samuel Beckett, empezamos a echar mano del mapa. Ahí estaba señalada la parcela donde estaba la tumba de Vallejo, y aun así, aunque buscamos con el mapa en la mano, separados y juntos, por pasillos internos y externos, una y otra vez pasando al lado de tantos sepulcros, la tumba de Vallejo no aparecía. Ahora mismo, que escribo esto, busco el mapa y las tumbas señaladas en el mapa, reviso una y otra vez numerosos recorridos, fotografías, archivos que no señalan, ninguno, la tumba del poeta, y me empieza a invadir una desesperación semejante a la de aquel momento: Vallejo

volvió a perderse. O volví a perderlo yo.

Entonces, pasillo a pasillo, cada uno por un lado, fuimos repasando los epitafios, los nombres y las fechas, lentamente, con el tiempo encima, con los nervios brillando, con la prisa y la desesperación de escuchar de una vez la trompeta de la hora del cierre, y yo, cada vez más desesperado por no sé qué razones, estaba seguro de que no encontraríamos la tumba. Hacíamos el recorrido entero sin encontrar nada y volvíamos a empezar. Expandíamos el área de búsqueda y volvíamos a ver la tumba de Beckett, una y otra vez la tumba de Beckett, y empecé a sentir una especie de repulsión por el irlandés, como si estuviera jugando al juego de Godot, como si pudiera mover el anclaje de su sepulcro para timarme, para tomarme el pelo, para decirme que nunca llegaría, que todo el tiempo es tiempo de espera, y otra vez pasar por la tumba de Beckett y odiarlo un poco por no ser Vallejo y tenerle resentimiento por salir en los mapas y tener una tumba bien ubicada y no haber escrito lo que escribió Vallejo y que me bullía, sin descanso, en la cabeza.

Era más gris la tarde. Los visitantes pasaban a un lado de nosotros de camino a la salida. Los guardias daban las primeras rondas, sin el silbato, anunciando que se acercaba el momento del cierre. María podía ver mi desesperación, mi prisa sin remedio. Y cuando faltaban unos minutos para el cierre, diez minutos tal vez, lo tuve de frente, sin revelaciones, sin iluminaciones dramáticas, en un lugar diferente al señalado por el mapa, una lápida gris, sencilla, de granito, sin besos pintados, sin piedras, sin palabras escritas por los visitantes ni banderas ni esperpentos, gris, como un orvallo, apenas distinguible como el horizonte de esas tardes de aguacero, con las palabras escritas en lo profundo: Ha nevado tanto para que duermas, que Georgette Marie mandó esculpir sobre la piedra cuando trasladó el cuerpo de Vallejo de Montrouge a Montparnasse treintaydós años después de su muerte. Ha nevado tanto. Y Vallejo dormía, agotado, como Deleuze, como Jeanne, como Modigliani, como Althusser, todos ellos «agotados», y yo, por fin frente a él, frente a su tumba que era la tumba de mi hermano, de su hermano, de todos los hermanos que se esconden antes de tiempo y que no salen del juego de la muerte, no pude hacer nada, grité el nombre de María, que vino apresurada, sabiendo algo que yo no sabía, y siguió la punta de mi dedo señalando el nombre de César Vallejo.

Creció de pronto una rabia, una forma de rebote de la desesperación, la culpa ajena, el abandono de la tumba del poeta: todas las tumbas tenían mensajes de los visitantes, banderas de sus

países originarios, piedras sobre piedras, cartas, grafiti, objetos diversos, y Vallejo, su lápida bajo la cual también descansaba Georgette Marie, estaba vacía, sin señas, sin asomo de visitas. Si alguien merece piedras es Vallejo, pensé, una piedra negra sobre una piedra blanca, todas las piedras y todas las palabras, y fui de un lado a otro recogiendo piedras del suelo, quitándoselas a otras tumbas, desenterrándolas de los pequeños caminos alrededor de los sepulcros, para ponérselas encima a Vallejo en su lápida, y hojas secas de árboles vivos, y tierra a puñados, y cigarros y ninguna bandera porque en realidad las banderas me parecen trapos inútiles, y cuando me cansé y a lo lejos empezaron a tocar las trompetas de la salida, me detuve frente a la lápida, al lado de María, y me eché a llorar.

Era un llanto viejo, guardado de hace tiempo, el mismo llanto que me abordó no en el momento de la noticia de la muerte sino en el momento en que por primera vez vi su tumba, el mismo que me ahogaba cada vez que veía su tumba. Ahí, bajo la lápida de granito gris, bajo la nieve que tanto cayó para que, por fin, Vallejo y Georgette Marie pudieran dormir, estaba también la tumba de mi hermano. ¿Qué otra cosa podía hacer sino llorar?

El llanto es la corporalidad de la pena. El cuerpo del presente no resiste su incompleta naturaleza y exuda el material de una ausencia presente. Hacer con las lágrimas un gólem que reviva a los muertos queridos, abrazarlos en un último suspiro. Yo abracé a María, o ella me abrazó a mí sabiendo que a mi cuerpo, al cuerpo de mi memoria, le hace falta un hermano irrecuperable.

En aquel viaje a Portbou con Mantonio Arco, cuando abordábamos la lectura del *Libro de los pasajes*, habíamos comenzado entre los dos la escritura de un texto, una suerte de ensayo sobre la escritura, que sin rebasar cinco páginas y luego de trazarse en la distancia epistolar durante un tiempo, desapareció. Pero escribimos, frente a la tumba de Benjamin, algunos fragmentos de aquel texto y los dejamos ahí como una ofrenda, dentro de una caja de cerámica que encontramos tirada a un lado del monumento. Ahora, frente a la tumba de Vallejo, hice lo mismo. Arranqué de un cuaderno un poema mal escrito sobre la muerte y los hermanos y la infancia y la poca juventud que compartimos y lo dejé ahí, enterrado al pie de la tumba. Cuando dejé de llorar, cuando los silbatos ya retumbaban cerca. Salimos de ahí, nos llevaron a la puerta posterior del cementerio y llegamos a la calle. Estaba cansado y caminamos de vuelta al departamento. No he vuelto a París desde entonces, ni a ningún otro cementerio.

Culiacán, 2016

Crónica sobre la naturaleza fragmentaria de los libros

¿Alguna vez tuve apego a esos libros?
¿Experimenté por esas mujeres la sombra de un sentimiento?
¿Tuve ganas de descubrir todos esos países diferentes?
JEAN BAUDRILLARD, *Cool memories*

En el túnel metálico y movedizo donde se suceden los viajes, en el intersticio atemporal de los transportes encapsulados, donde se pierde la noción del camino y del rumbo y de la velocidad de las cosas y el tiempo, el viajero, cansado del intermedio en el que el viaje se somete a la Teoría de la Relatividad, abre un libro como abrir otro túnel, como entrar en un laberinto, como enfrentarse a un millar de puertas o a catorce puertas o a doce casas zodiacales y oncemil vírgenes y tantos siglos de olvido y remembranza, y entonces el viaje se despliega, el viaje ocurre en dos planos, infinitos planos y andaduras diferentes: el libro, durante el viaje, hace rizoma.

La idea, o aún más, la sensación, de que esto ha pasado ya antes, de que aunque se empiece el libro por la primera página, esto ya tuvo que comenzar mucho antes, es la prueba de que el despliegue del viaje en la lectura que lo acompaña no se divide en estaciones ni escalas ni en volúmenes cerrados por tapas de cartón, índices y límites papelarios: el libro que despliega el viaje es el libro que comenzó mucho antes de que nosotros estuviéramos aquí. El libro de los viajes aparece en la lectura, en el cuaderno de notas que vamos escribiendo cada día, en el desconocido que, sentado a nuestro lado, nos habla de los ciegos, de un viaje larguísimo por los desiertos del norte, de la visita que le hace en los sueños una presencia a la que todavía no reconoce. Hay personas que se ofrecen como libros, como pedazos de una escritura que no duerme, como impaciencia por encontrar la última página donde todo se resuelve. Pero en los viajes, dijo Gil Paz,

ningún libro se resuelve.

Uno podría registrar, y a veces lo hacemos, los libros que en los diferentes viajes han desplegado la experiencia del estar-en-tránsito, y aunque la lista es posible, incluso con un cierto orden aproximado, en la memoria del viajero-lector se confunden los pasajes, se mezclan las voces, se intercalan las ideas, y aunque la lista es el vector resultante de una actividad física específica, la mutación química de una memoria fragmentada lo unifica todo en un enorme libro sin nombre ni término. El libro que acompaña al viajero es la ramificación del árbol de todos los libros, la conversión en grito de todo lo que deviene recuerdo y olvido. Pero nosotros no hablamos de eso sino hasta el momento del regreso porque acaso es entonces cuando todo encuentra su crucifixión en la memoria.

Habíamos ido a buscar una tumba, porque antes ya nos habíamos perdido en un libro. El libro de los viajes es lo que nos queda de todas aquellas personas que tenemos en la distancia como único valor para vencer su desmayo en distanciamiento, su conversión a espuma memoriosa, su fugacidad de cometa: eso es la carta sobre el distanciamiento, el testimonio de una espera, y sin saberlo, quizá, habíamos empezado a escribirla cuando encontramos en la biblioteca aquel libro enorme y blanco lleno de pasajes. Como el viaje estaba todavía sucediéndose, aquel libro sería un libro de viaje, un acompañamiento de hazañas simples y tareas inútiles, pero que se encarnaría en los cuadernos de viajes y en los otros libros leídos a lo largo del tiempo como las cartas de Juan Pablo Orígenes se encarnaron en el libro de Robert Burton.

Cuando pienso en la muerte, escribiría Juan Pablo Orígenes, siento un miedo primario y total que nunca encontré explicitado en ningún libro. Uno siempre piensa en la muerte cuando está frente a un sepulcro, en la propia muerte, en la negrura de la nada que no queda después de todo lo que ya no está. Ahora pienso en aquel viaje a la costa, frente a la tumba de Benjamin, aquella piedra angular que nada edificaba sino una memoria arrancada por la injusticia y el crimen, y me viene a la mente la factura de un libro que sea, en sí mismo, el viaje que es la vida. Él lo soñaría así, y supo que, como la vida, el libro es fragmentario, y que, como la vida igualmente, el libro es interminado. No es que no tenga fin, es que no puede tener *un* fin. Por eso parcelamos la memoria: aquella canción de cuerdas eléctricas, aquella arpa de viento, nos recuerda ciertos eventos de alguna no tan lejana juventud; aquel libro de páginas intercambiables nos recuerda que el mundo, precario, se divide casi siempre en los lados de aquí y

los lados de allá; aquellos versos de Kavafis nos llaman a volver siempre al lugar de donde partimos; aquella película vieja nos recuerda cosas que creímos haber olvidado, que suponíamos eran apenas un sueño borroso.

Pero Benjamin, como Mallarmé, como Leibniz, como Jabès, como Gómez Dávila, arrastraba el sueño de ese libro abandonado. Frente a su tumba, nosotros pensamos en la escritura como en un apostolado, como en una apuesta perdida desde siempre, como en un viaje que no para de recomenzar. ¿Qué pensarían Orígenes, Gil Paz, frente al sepulcro? El libro que se lee en el viaje, cuando hace rizoma, deviene entonces libro fragmentario y, como tal, parte de todos los libros: no hay una historia, un hilo conductor, una saga de personajes y hechos: hay libro, hay escritura, afectación, viaje sin fin. Entonces, mientras nosotros, sentados en la banca al lado de la tumba de Walter Benjamin, intentamos la escritura de un escolio fugaz, el libro va desvaneciéndose, va haciéndose fragmentario, pedacería y quebradura de algo que quizá nunca tuvo forma; y recuerdo entonces que en un viaje a la frontera escuché que alguien hablaba en voz baja. Me mataron los murmullos, con esa voz de cuchillo que tienen los muertos y su recuerdo; recordé que años después, sentado a la mesa de un café, los versos de Gonzalo Rojas se convertían en la pértiga de un salto por encima de la mesa para romper cualquier frontera inventada por las convenciones y arrancar al tiempo el beso de un nuevo viaje; recordé que recordaba que escribí un libro sobre un hombre que leía y que al leer vivía lo leído, y que ese libro quedó hecho pedazos por la inocencia y la juventud, pero que su ojo cristalino de advenimientos y prestidigitación permaneció hasta el futuro que hoy no termina todavía de cumplirse, todo eso, y otras cosas, recuerdo que recordaba, recuerdo que leía en las notas que no recuerdo haber escrito y que eran los fragmentos no ya de un libro sino de un tiempo, de un espacio temporal que me correspondía por azar biológico.

Se dice que cada ciudad tiene una personalidad propia, que cada ciudad puede ser un personaje específico en un drama del mundo, pero es verdad que también cada viaje posee una forma de escritura que le es inseparable. Y entonces es posible preguntarse si es el viaje el que hace al libro o si es la lectura la que determina el comienzo de un viaje. A veces es así: abrir el libro es destapar una ausencia que demanda la búsqueda de los fragmentos que hacen el libro y a la vez dan forma al viaje. En la inmovilidad, decía Gil Paz cuando la rodilla izquierda le falló definitivamente, es donde he cumplido mis más

enloquecidos viajes, mis hazañas más memorables. El libro, al igual que el viaje, es el pliegue que se abre y llega al infinito, *el pliegue según pliegue*, porque la distancia empieza en la palabra y en la espera: el vocablo. El libro, más que mapa del viaje, es parte inmanente del viaje: lo que hace que el viaje sea distinto siempre, aún incluso el mismo viaje realizado una y otra vez, es el libro: el libro es lo que hace la diferencia, lo que eleva los grados de intensidad del viaje; el libro, como parte del viaje, es camino y destino en sí mismo.

¿Por qué arrobarse ante la tumba de un hombre que murió hace más de cincuenta años? Cualquier tumba provoca una especie de asombro, un cuestionamiento sobre el tiempo y la ausencia de tiempo; y el supuesto estatismo de los muertos, que no es otra cosa que un frenético ir y venir entre los vivos, un viaje sin término entre la memoria y los olvidos, conduce a pensar el viaje como pensamiento mismo: el pensamiento viajero, diría Blanchot. Si la escritura de fragmentos, el libro fragmentario, refiere, pues, a una ausencia del libro total, como diría el propio Blanchot, como escribiría Gómez Dávila, la muerte sería, en equivalencia de afectación, el libro ausente, y la vida, el recuerdo, la memoria a la que nos aferramos, sería, entonces, el universo fragmentario, el vínculo humano, lo que Blanchot llamaría «La comunidad inconfesable», es decir, la comunidad de quienes no comparten nada salvo la proximidad del próximo muriente, dice Hoppenot. Todo viaje rompe con la linealidad del mundo narrativo; pero no entendamos por «mundo narrativo» el que se evoca en una novela, sino el mundo en el que viajamos, la realidad en que vivimos: este mundo posee una narrativa lineal apenas rota por la incursión del viaje y del libro. Estuvimos sentados en la banca al lado de la tumba de Walter Benjamin escribiendo en una hoja amarilla a la sombra de un ciprés, sí, y eso ocurrió años atrás, y después escribí el viaje y reescribí la memoria, sí, pero hace años, y otros viajes han cambiado la forma de recordar los hechos, no los hechos en sí, sino la forma en que son nuestros, o la forma en que una vez fueron nuestros y estuvieron en el tiempo del presente, vívidos como navajas que laceran al animal, y ahora, porque el libro fragmentario, que es lo mismo que el viaje, lo permite, hemos podido recordar de otra manera, reconocer que fuimos nosotros los que escribimos aquella nota que quedaría ya deshecha bajo las piedras del sepulcro, corporizar la alternancia de los tiempos para quebrar la línea recta de la vida y traer al ahora lo que ya fue, lo que nunca ha sido, lo que será si algún día despertamos por la mañana y seguimos con vida.

Cuando el viaje, como libro, encuentra su naturaleza fragmentaria,

no se trata de una subversión ante la geografía establecida de los mapas y los discursos, sino una vía diferente, no un cauce nuevo, sino una isla a la deriva: contra el peso oficial del discurso no sirve de nada oponer otro discurso que intente derogar con legitimaciones el estatismo de un sometimiento: el libro como hecho fragmentario es la evocación de otra vida que persiste naturalmente, que sucede, que-tiene-lugar. Un discurso se funde en otro, no hay choque posible entre ellos, sino diálogo o complicidad muda: la naturaleza fragmentaria de los libros que conforman el viaje no busca el diálogo ni el hilo narrativo de una serie de eventos consanguíneos, sino el escollo, el escolio, el intersticio de una lucha constante entre nosotros y el tiempo de los otros.

Los libros que viajan con nosotros, como aquel libro de Benjamin, por el que todavía seguimos caminando, crean al lector y al viajero: son libros precursores, iniciadores de un viaje que anida en el Ser con el germen de la errancia y el vocablo. La naturaleza del discurso, de lo total, del sedentarismo que niega el viaje, es el sueño del poder y la posesión: el viaje, el libro de fragmentos, evoca la errancia, la imposibilidad de pertenencia y posesión, el reniego ante la pasividad de lo que por discursivo se convierte en marisma, en ausencia totalitaria, en servidumbre y negligencia. El libro fragmentario, como el viaje, no dice: hace-el-decir. Y ese hacer-el-decir no es propio de uno solo, sino multitudinario, amplio, polifónico: no pertenece a uno, sino que recomienza en los otros, se retuerce, se abstiene de fueros y posesiones, deviene oleaje furioso y marea y huracán.

Gil Paz veía al libro como un instrumento de observación: a través del libro comprendemos el viaje, porque el libro, que posee una extensión interna que emana de él cuando se lee, se extiende sobre el viajero, y el viajero es el viaje, y es parte de la extensión del libro, que posee la dulce tendencia de desbordar la memoria: El libro que recordamos es el libro que desearíamos escribir, dijo Jabès. Hay *un* libro que siempre recordamos, y está hecho de todos los libros y de todos los viajes. Y aunque un día, como le pasara a Juan Pablo Orígenes, a Gil Paz, a Isidro Levi, al mismo Benjamin, abandonamos el viaje, nunca abandonamos la escritura del viaje, su necesaria lectura y laceración. Se vuelve a leer y a escribir para que el viaje persista, para decir el viaje de una manera nueva, para que nos sea aprehensible aunque la propia memoria se nos vaya nublando. Por eso, el libro fragmentario no se termina, se abandona: se deja ahí, sobre la mesa, en el estante de la librería, en el recuerdo de alguien a quien amamos tanto, sin terminarlo, sin cerrar las puertas; está lleno de espacios en

blanco, de fugas, de lugares propicios para que otros vengan a escribir en él, sin de verdad cerrar los ojos porque, ¿cómo escribir un libro cerrado y sin fracturas viviendo en este país roto y lleno de ruinas, de muertos apresurados, de violencia y fraude?

El libro fragmentario es el que sabe, desde la primera palabra escrita, incluso desde la primera palabra pensada, que siempre será inacabado. Es aquí donde el libro y el viaje se igualan: todo viaje es un tránsito, un movimiento igualmente inacabado, un proceso encendido fuera del viajero, en otros viajes que otros empezaron, como ocurre con el libro, fuera del lector, en otros libros que otros escribieron, proceso sin término desde la lumbre y las sombras de la primera fogata. En ambos, el efecto páthico de la distancia es lo que rige la provocación primera y última: una cierta voluntad de espera, una cierta voluntad de esperanza, *una espera que es la experiencia del tiempo*: escribir es esperanza.

Cerdanyola del Vallès, 2011

Crónica sobre una gabardina que recorre los pasillos de un castillo abandonado

Para que una realidad seduzca,
se requiere que evoque un fantasma.
NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA,
Escolios a un texto implícito

La distancia empieza en la palabra. Hay viajes que no son posibles si antes no hubo una distancia fundada en la contemplación de la palabra. Sin esa contemplación, sin esa imagen rizomática del viaje, de la historia del viaje, el trazado de los mapas sería imposible. Todo viaje fue, primero, una promesa. Toda promesa es un aviso y un proceso de afectación: posibilidad de la fractura de cualquier apego posible.

Uno puede ver las cosas desde una longitud espacial, se trata de una abdicación de la vista en la lejanía, es decir, en la capacidad y en la incapacidad de ver algo según esté cerca o lejos nuestro en un mapa trazado con magnitudes espaciales. Y uno puede ver las cosas desde una longitud temporal, y esto se trata de una abdicación de la memoria: la localización que las cosas tienen en el pasado y el desorden de todas las cosas en el amasijo del recuerdo. Vi a Lisboa a través de cinco años de distancia, a través de varios libros de distancia, a través de los recuerdos que se emborronan con el tiempo, a través de los ojos que tuve en aquellos años y que no ven lo mismo que mis ojos de estos años. Vi la ciudad rejuvenecida en el olvido, eterna como las piedras de un castillo lleno de fantasmas.

La primera vez cambió la imagen que yo tenía de la ciudad. Así como en la lectura conocemos a un personaje y le dibujamos algunos rasgos difusos que van cambiando con el tiempo según cambiamos nosotros mismos, según olvidamos el libro o volvemos a leerlo en circunstancias diferentes, o según el libro cambia como la bruma,

como el oleaje que aunque parezca siempre el mismo, es siempre otro diferente, así en la lectura también conocemos a las ciudades, sus rincones y sus aires, para luego, si nos es posible, descubrirlas diferentes la primera vez que, detenidos en su centro, en su corazón y su neuralgia, echamos al viento el vistazo que nos revela que aunque el libro dice a la ciudad de una forma, la ciudad se dice a sí misma con sus propias maneras. La ciudad, entonces, se decía en la sal, en el olor a sal de ese río enorme que siempre quiso ser mar. Y crujía en las maderas de los escalones de sus edificios más viejos y en sus tranvías ruidosos, y se oxidaba en sus estatuas y serpenteaba en sus calles ya sin ponzoña. La segunda Lisboa, sin embargo, se decía de otras maneras: tenía las mismas callejuelas, los mismos rincones oscuros, los mismos espectros, pero nosotros éramos diferentes. La imagen de la ciudad durante el segundo viaje a Lisboa, cinco años después del primero, era otra porque nosotros éramos otros. Viajar a Lisboa por segunda vez era como volver a leer el viejo ejemplar de *Pedro Páramo*: nada estaba donde lo había dejado, ni yo mismo.

Si antes quise seguir los pasos marcados en los mapas, ahora era la ciudad la que nos engullía, sin torpezas, en su boca de pescado, en su gabardina y su sombrero. Ahora la ciudad no era el espacio de los libros de Lobo Antunes porque evocaran sus lugares, ahora la ciudad era la escritura de Fernando, de Antonio, de Álvaro. No son fantasmas de ningún hombre, el hombre fue un fantasma de ellos. El poeta fue un fantasma de su escritura, o quiso ser el fantasma de un sueño que nadie olvida o quiso ser un hombre común y corriente que duerme de un tirón toda la noche. Sin buscarlo lo veíamos al doblar la esquina, sobre todo por las noches, huyendo de sí mismo como siempre anduvo, esquivo de los otros que eran él mismo. Las ciudades también huyen de sus fantasmas, se cambian la cara cada noche y cada mañana, y cuando con el paso de los años les envejecen las máscaras, apenas atisbamos un poco de su verdadero rostro cuando nos dejamos entrar sin reparos en la escritura que emana de los viajes. Recuerdo el hostal en la calle Dauradores, el pequeño puente que lleva al monasterio, las calles de Alfama y las escaleras que son serpientes que se mueven en silencio. La escritura hizo al escritor, dijo Connolly, pero, ¿qué escribió en él la ciudad?

La ciudad lo obligó a caminar velozmente, esquivándolo todo, evitando chocar con los muros, los viandantes, las estatuas, otros espectros. La ciudad le enseñó a temer a los tranvías. A escapar de los espejos. Lisboa convirtió a Pessoa en un caminante desesperado. Así se potencian las paranoias. Empezamos en el pequeño café de la Plaza

del Comercio, salimos y llegamos hasta la orilla, el Tajo quiere un oleaje y se empeña en subir el parapeto del malecón, la rampa por donde siglos antes bajaban las barcas. Subimos la Rua Augusta, el movimiento lo exigen las figuras que tapizan las calles, blancas y negras, escamas de un pescado muerto, de una ballena legendaria y llena de tatuajes de marino. No podemos parar cuando llegamos al Rossío. Los lugares son los de siempre. La prisa es lo inusual. El castillo de San Jorge, la cumbre más alta del castillo, el lugar más oscuro, el corredor más angosto, los techos de todas las casas, los patios que desde abajo nadie puede ver. ¿Cómo no ser un enloquecido, cómo no huir de lo que sea? Las sombras se independizan en las farolas. No son farolas, son antorchas vivas y humeantes. ¿Cómo no escribir esos versos si había que salir todos los días a ese laberinto?, ¿cómo no hacerse de un laberinto interior, para salvarse de aquel que estaba escrito en la ciudad? Gil Paz escribió que para soportar los regímenes exteriores que nos consumen es imperativo hacerse de un régimen interior superior, más agreste, más violento, más intenso. Hablaba de una burocracia individual que asuma toda la burocracia exterior. Hacernos libres dentro de las prisiones. ¿Cómo no someterse a una migala terrible para olvidar el dolor por la partida de Ofelia? ¿O se llamaba Beatriz?

Sin darnos cuenta llegamos hasta el Barrio Alto. Un Mesías sin barba cantaba y hacía cantar a los desprotegidos hijos de Ulises, a los hijos de Hebrón, a los tullidos y a los ciegos, y les rompía el corazón a los viejos sajones, a los piratas veteranos, a los pelirrojos. Nadie quería pensar en las sirenas, dormidas todas en el fondo del Tajo. ¿Cómo no escribir epitafios en una ciudad llena de tumbas y huesos? ¿Cómo no hacerse un fantasma, un ejército de fantasmas que luego serían tan ellos, tan suyos, tan libres como incapaces de saber que antes, en un principio, no eran más que un manojo de nervios y sueños, nunca carne? ¿Cómo no ser un fantasma que quiere ser carne, tener nombre, tener una muerte y un santoral? Obligado por la ciudad a caminar la desesperación, Pessoa tuvo también la obligación de dar sueños a sus espectros. Ahí todo ente encuentra el plasma necesario para su corporeidad. Llegamos hasta los miradores, hasta la casa de un actor de teatro que tocaba una guitarra sin cuerdas. Y alguien cantaba. Una mujer cantaba en portugués, en español, en silencio, en la memoria, en la melancolía de alguien que no era ella. Aquí la melancolía es la única democracia verdadera. Tuvo que ser así: no fue culpa suya, fue culpa de la ciudad cuando la ciudad le dijo: Camina, si no caminas no hay salvación. Te están buscando, y siempre te van a encontrar. No

eran versos, eran cartas tiradas al río. No son anguilas, son las palabras y la tinta.

Ni las palabras de su epitafio las escribió él. El mundo se lo robó a su madre en el nacimiento, pobre de ella; la muerte del padre y la soledad de África se lo robaron para la escritura, y cuando la muerte se lo devolvió, como un hijo que regresa al vientre buscando consuelo, el falso brillo de las instituciones, ese decoro de pacotilla, se lo robó para ofrecerlo a los leones. No fue el gobierno de los hombres, fueron los otros, los que habiendo muerto no murieron de verdad. ¿Cómo no estar solo así, cómo no querer estar solo? No sabía, no podía saberlo, que cuando escribió aquellos primeros versos le estaba abriendo las piernas a Pandora para que pariera a los hijos que serían sus hermanos: él sería Abel, el resto sería Caín. Aun así los amó como se ama a los hermanos. Y tuvo celos de ellos. Quizá por eso él mismo escribió tan poco. Les enseñó la ciudad, pero ellos llegaron a conocerla mejor que él. Por eso no podía esconderse, por eso tenía que andar tan rápido, con la estela ruidosa de la gabardina, sujetándose el sombrero y con los libros pegados al pecho. Por eso los versos y el ritmo, por eso la cadencia de río pesado: quizá creyó que estirando el vocablo tardarían más en llegar a él. Entonces llegamos a Belém, y la tarde trajo la lluvia torrencial, la zozobra de las barcas. Pessoa se escondía tras los muros mojados. Él no lo sabía, pero los otros estaban ahí. Dentro de él, todos.

Intentó confundirlos, y lo único que consiguió fue invocar a más y más espectros. Tenía que seguir escribiendo porque tenía que seguir caminando. Quizá es por eso que los últimos versos no estaban firmados: quería dejarlos leyendo, dejarlos ahí pensando: ¿Quién escribió esto?, matándose unos a otros por estampar su nombre en lo que, creían, eran sus propias palabras. Y no eran las palabras de nadie. Eran, quizá, las palabras de Nadie, del primero, de Ninguno, del Caballero de la Nada, Chevalier de Pas, que llevaba tanto tiempo en silencio, que lo conoció niño y quizá le tenía un poco de cariño, un poco de ternura. Entonces volvía a caminar por todas las calles del mundo, sin moverse, sin dejar Lisboa, de pie en la barra del bar porque la escritura es también caminata, viaje, movimiento, potencialidad. De pie toda la noche junto al poyo de la ventana escribiendo un poema larguísimo que debía ser un laberinto. Pero ellos no se perdían. Lo conocían a él demasiado. Él era la ciudad de ellos. Él era su Lisboa. Nosotros, lejos de todo eso, pero a su alrededor, en sus lindes, bajo la llovizna, ya estábamos muy adentro del viaje, ya habíamos comenzado a cambiar mucho antes porque nuestro viaje era

de otra naturaleza, y había empezado en otro momento, y Lisboa se agregaba a nuestras ciudades, a nuestro itinerario vital en la forma en que un corazón nuevo se agregaba a la galaxia de nombres que perseguían al poeta. Cuando cayó la noche y el Tajo era ya una sábana, cuando los últimos perros que aullaban ya no podían verse y los pasos y las sombras no tenían dueño, cuando el viento trae un fado lejano, el quejido de un cuchillo atravesando el costillar, cuando las palabras son calles que hay que escribir para poder alejarse o acercarse, cuando el poeta quería estar más solo y lejos de todo, ellos estaban más cerca de él y más hambrientos: ellos siempre tienen hambre, y nosotros, que creíamos en los paraguas como en fortalezas imbatibles, estábamos al pie de una escalera larguísima sin saber si acabábamos de bajar o si estábamos a punto de subir. Quizá fue entonces que empezamos a pensar en el viaje de otra manera: sustancia inicial de la vida del errante, germen primitivo de toda pérdida y de todo encuentro, postulado irrevocable de la ley que borra las fronteras. En suma: inmanencia.

Pessoa no era un viajante de Lisboa. No recorría la ciudad con el placer de un turista que tiene la suerte de nacer en el destino final del viaje más grande de su vida. El poeta erraba porque huía. Erraba porque era esa su naturaleza. Erraba por que quería estar solo y no lograba desprenderse de sí mismo. Erraba porque la escritura lo eligió como a un profeta renegado. Errar. Errar de la errancia. El error en la ruta de los viajes. El error no como equivocación de las escalas y las etapas, no como confusión del destino y la ruta: errar no como una falta imperdonable. Errar de errancia. Errar como escribir en el nombre de los otros, de los que no tienen manos para decir quiénes son o quiénes quieren llegar a ser. Errar como ver el camino asfaltado y elegir la selva, el desierto, el río donde confluyen todos los caminos y, por tanto, ninguno de ellos. Errar en el sentido galáctico, en el sentido planetario, en el sentido solitario. Si nosotros veíamos el castillo de San Jorge allá en la cumbre, el poeta veía, quizá, las infinitas formas de perderse en el camino. Si nosotros veíamos los puentes larguísimos que atraviesan el Tajo, él veía tal vez una barca que lo mismo podía cruzar el río, lo mismo podía llegar al océano, lo mismo podía llevarlo tierra adentro hasta el corazón del continente, lo mismo podía hundirse unos cuantos metros más allá de la orilla, demasiado lejos ya para volver, no lo suficiente como para alcanzar el otro extremo. Quizá por eso temía de los tranvías: tan dirigidos, tan precisos en sus movimientos, tan prisioneros. Quizá por eso escribió sin ser él mismo: buscándose en los otros que lo odiaban tanto a él

porque les dio vida de emisarios, de heraldos, de poetas, mas no de hombres. Viajando en un barco de vapor escribiendo sus cartografías sobre la marcha, borrando sus pasos con los versos de otros, borrando sus versos con los pasos ajenos que hacen sonar las piedras de las calles de Lisboa, los escalones y las cloacas, el poeta no vivió en la ciudad, *vivió la ciudad*. Donde nosotros veíamos el inicio de un viaje mayor que nuestra esperanza, Pessoa, quizá, escribía y lloraba porque no alcanzaba a ver el final de todo esto, el término último de la caminata.

El viaje es herida. La herida instruye porque produce una cicatriz que se enclava en la memoria: la cicatriz deviene escritura. El viaje escribe en nosotros la cicatriz de un mapa que es esperanza. Nosotros no estamos en el viaje ni el viaje en nosotros: al final, nosotros somos el viaje. Como la vida y el viaje, la palabra del poeta no se comparte, se inmola, dice Jabès, y quizá por eso fue la velocidad del andar lo que lo empujó hacia las cosas, a chocar con ellas, a verlas de cerca y sufrirlas en su carne, en su corazón. Ahí se incendiaba él, ahí se crucificaba. No escribió sobre el desasosiego, él mismo fue el desasosiego. Alguien más tenía que venir a escribirlo, alguien que siendo él tenía que ser otro. El símbolo y el compartir del símbolo. Un símbolo no existe si no es compartido. *Nada puede tener existencia si no ha habido un compartir*, por eso viajamos y vivimos buscando secretos que los otros no sepan para guardarlos tan profundamente con la esperanza de tener a quién decírselos un día para que se convierta, de repente, en nuestro amigo más querido. Todo esto no es más que un enloquecido viaje. El mapa viene después, cuando ya hemos sufrido la herida.

Las caminatas de Pessoa por las calles de Lisboa hicieron la Lisboa que nosotros conocimos en el viaje y en el libro. Su escritura modificó al lector que a la vez modificó su escritura. Sus fantasmas, nacidos de su prisa, le concedieron lentitud y vocablo. La Lisboa que nos afectó a nosotros es la Lisboa afectada por Pessoa afectado por Lisboa. El viaje, como el libro, es lo que está constantemente sin terminar, lo que está constantemente recomenzando.

Cerdanyola del Vallès, 2011

IV

Crónica nunca escrita sobre el presente

Después, te ocultas tú, y yo no doy contigo.
CÉSAR VALLEJO

Ítaca nunca estuvo aquí, o tenía que ser otra cosa, o alguien le cambió tanto la cara que la dejó irreconocible, o es que el viaje hace que uno confunda el rumbo cuando regresa y nada conserva su nombre ni su estampa, o es nuestro recuerdo el que se confunde y aquello que vivimos se parece menos a lo que de verdad es, o alguien nos mintió y en realidad nada pudo cambiar, y nosotros esperábamos una diferencia, o es que aún no hemos terminado de volver porque algo nuestro se quedó lejos, en cada escala del viaje, producto del desgaste y la erosión, o es que de verdad esto nunca fue Ítaca, y un bello poema nos engañó cuando nos íbamos y aún tenemos la esperanza de encontrar algo distinto, menos espinas, menos lumbre en la boca, pero al volver vimos cruces al lado del camino, silencios en el borde de un río batido por la tormenta, la garganta anudada en la voz, el corazón un puño ennegrecido.

¿Qué sirenas volvieron loco a Ulises?, ¿las de los mares encantados con los que luchaban Homero, Conrad o el Sinbad de Owen; o las de estas ciudades atravesadas por el desierto y la espuma? Una vez, hablando con Negredo Alcázar, tiempo antes aún de marcharme, me dijo: El que se va siempre vuelve, nunca deja de volver el que se va, nunca dejará de estar dejando de volver, jamás nunca estará lejos sin volver ni dejando de estar lejos en la vuelta: la vuelta es el imposible destino de los viajeros. Tenía razón. Quizá detrás de sus palabras se escuchaban las sirenas, el canto rojamente eléctrico de sus voces, el aire plomizo lleno de heridas y azares terribles. Uno conoce el lugar del que se va, pero la verdadera voz de los viajes es la que nos dice, distancia mediante, de dónde nos fuimos: nos enseña el panorama, la herida en toda su extensión, como una frontera que nos recorre

interiormente. Como el libro, el lector es otro también cada vez que se enfrentan su mirada y la página. El país es, por tanto, una semejanza con el libro: a cada nuevo vistazo sus fronteras han cambiado, su himno y su bandera son otros, sus habitantes, o muchos de ellos, antes familiares, ahora encarnan una horda violenta, un amasijo de sangre. En una ocasión, Antonio Lobo explicó que su sueño más recurrente no era el recuerdo de la guerra de Angola, sino una emborronada escena en la que unos oficiales del ejército le decían que debía volver al campo de batalla. Pero si yo ya estuve ahí, decía él en los sueños, yo ya fui a la guerra, ya cumplí con todo aquello. El terror de la pesadilla no era el que había visto ya en los paisajes de Angola,la muerte en su ruidosa lumbre, sino la posibilidad de tener que volver a ellos, ya viejo, ya cansado, habiendo sido ya testigo, conociendo el falso misterio de la guerra, con el pelo lleno de canas y la barriga hinchada, con el miedo verdadero de presenciar nuevas atrocidades. Conocer el lugar al que se vuelve es tan falso como conocer nuestro destino. El destino, sin embargo, no es una escritura prospectiva, sino una forma de la historia. Llamamos destino a lo que ya fue, no a lo que puede ser o a lo que no ha sido. El destino es una forma de escritura que refiriéndose al futuro siempre se enuncia en pretérito.

Dame tiempo para escribir mi destino, cuando ya todo haya pasado, escribió Gil Paz. Nadie decide el final del viaje. Una vez comenzado, todo deviene intersticio. El regreso es, así, otra forma del viaje. La primera vez que volví, desde la frontera hambrienta y mecanizada, atravesando el desierto en una peregrinación en la que tantos quedan en el camino, petrificados en la sal y la ventisca, el destino era eso que ya había ocurrido, irrevocable, y yo volvía buscando los huesos de una memoria compartida desde la infancia. El viaje al Mictlán, al País de la Muerte, a Comala, a Santa María, a las Ciudades Invisibles, al Condado de Yoknapatawpha, a la Ínsula de Barataria, a las Islas Imaginarias, a Xanadú, a Mlch, a Tlön. El viaje a ninguna parte. Pero que no me digan que volver es imposible, Manuel, que no me digan que la muerte aleja y obliga a la resignación. Quizá el viajero, afincado ya en algún punto lejano, de repente consciente de que su vida transcurre en un lugar diferente y que siempre desea estar ahí donde nunca está, descubra entonces que su condición de errante no existe como clasificación en los estatutos legales modernos y que lo que él creía libertad, obligación o necesidad, ahora le otorga el nombre y la estatura de ser un inmigrante. El estatuto dice, intenta decir, que el viajero ya es un resignado. Pero no es así.

Hay viajes difíciles, Manuel, viajes muy complicados por que la

ruta se afila en sus perfiles y hiere, porque es serpiente y constriñe y nos extravía sin que ello sea nuestra intención o nuestro deseo, rutas que se cortan con acantilados y cordilleras, caminos, incluso, que se ofrecen interminables y nos llevan a la extenuación. Pero hay otros viajes, los que son verdaderamente difíciles, que nunca quisiéramos empezar. Esos viajes comienzan, casi siempre, con un aviso: un mensaje, una llamada, un flaco silencio más elocuente que cualquier grito. Entonces, desesperados, rabiosos y en pleno llanto, subimos al autobús más pobre, al automóvil más viejo y arrancamos por el camino con la esperanza, porque el viajero siempre tiene la esperanza, de que al llegar al destino obligado todo sea un error. Pero yo, ¿te acuerdas?, tenía la certeza porque el tiempo ya había crucificado los hechos en su epidermis, porque la repetición había hecho del rumor una verdad rotunda, porque había visto en las páginas de un diario tu nombre, sin erratas ni misterios, como una luz demasiado pura que no ayuda a ver. El viaje que empieza así es un lapso, un estado, ahora sí, de espera sin esperanza. He visto tantas tumbas, he viajado a países lejanos buscando sepulcros perdidos, y lo hice con la intención de quien se aficiona a los sarcófagos más antiguos, a los monolitos y los monumentos, como un turista que, de alguna manera, anhela pertenecer a un recuerdo ajeno; pero volver a casa, Manuel, a la casa original, al espacio primero de la memoria, para encontrar la tumba de un hermano, que es lo mismo que la tumba de un pedazo de infancia, de un puñado de promesas, no puede ser otra cosa que la certeza de que nunca estuvimos en verdad lejos del corazón del asesino.

En el rostro de cada viajero se consume poco a poco el motivo de su viaje. Con atención puede uno ver el efecto de la distancia: el distanciamiento. No veremos nunca, no seremos capaces de descifrar, las palabras que explican sus motivos, pero sí es posible encontrar los rasgos de la afectación en esas miradas silenciosas, en las voces lentas o en la prisa de los brazos vacíos que ya habrán de llenarse. Pero a la llegada los mapas cambian, o cambiaron mientras estuvimos lejos. Negredo Alcázar me dijo una vez que no hay ciudad que no se desfigure constantemente, que no hay individuo que no sea otro cada vez, que no hay memoria que se preserve intacta cuando el arrabal del tiempo y la distancia arrastra sus gestos. Es así como nos enfrentamos al presente. Es la pesadilla de Valdemar: creemos que el estado de hipnosis del viaje nos salvará de ver lo que en realidad le sucede al cuerpo del presente. Pero para el viajero es más real el viaje al presente, a un nuevo presente, que el viaje al pasado. No hay

suspensión porque el tiempo, como escribió Borges, pasa para los otros como también para nosotros mismos. Esperamos, al regreso, encontrar cada cosa en el sitio donde la dejamos cuando partimos, pero el presente es movedizo y y nada permanece en el mismo lugar por mucho tiempo. El viaje de regreso es la conciencia de que el cambio es lo único que no desaparece.

¿Quién me contó su regreso a la ciudad de Orabá? Fue que a la vuelta encontró que muy poco de él había en los que se habían quedado: lo recordaban como era antes de irse, y él los recordaba a ellos de la misma manera: ninguno actualizó la imagen del otro porque el proceso comunicativo en la distancia rompió sus hilos y su telegrafía. De pronto el amigo de la juventud no era un muchacho tímido, de pronto la ciudad era más grande, las calles más atestadas, la violencia más desnuda. Juró que nunca volvería a la frontera, pero con los años se dio cuenta de que esta ciudad, en el vértice del trópico y la costa, en esos páramos que ni son desierto todavía ni son bosque ya, su ciudad era, a estas alturas, una forma de aquella frontera que nunca pudo cruzar. Entonces dijo que las fronteras no están hechas para cruzarse, ni para establecer límites entre zonas geográficas que bajo ninguna otra circunstancia podrían diferenciarse, ni siquiera para dividir o separar, sino para expresar que ahí se vive en un intermedio sin nombre, en la escala de un viaje que alguien más empezó y que nunca pudo terminar. No temas, Manuel, yo creo que todas las fronteras caen por su peso.

Recuerdo las escalas en medio del desierto, o los aeropuertos que prometían un rumbo hacia aquella otra esperanza que también acabó rota, o las carreteras alargadas en el sudor de los viajeros, el verano eterno donde parece que todo se ha perdonado. Recuerdo la sensación de cifrar en una llamada telefónica toda la esperanza que se tiene en la vida, y recuerdo el sonido alargado de los tonos eléctricos de quien al otro lado del cordel no contestará ya nunca, la callada compañía de algunos amigos que sabían que en aquellos viajes la carga de lo perdido era más pesada que cualquier equipaje. Es entonces cuando el camino enseña que la condición del ahora señala los valores otorgados a lo que antes, cuando fuimos otros, le dábamos la consideración de crimen, traición o pedantería: todo cobra otra dimensión y el camino no se detiene. ¿Quién está más solo, entonces? Las escalas del viaje de regreso son la pausa que permite la escritura. El viaje, así, habita los feudos del libro, y el cuaderno de notas es la parte de testimonio y testamento al que las cosas del mundo y la vida nos orillan. ¿Qué pasa con esos fragmentos del viaje en los que no se escribe nada?, ¿qué

pasa con los viajes que nunca conducen a la escritura? Pero si el viaje inicial, esa ida que es el germen de la errancia, el puro corazón del nomadismo, no posee trayectorias definidas y nos permite el extravío como el grado más alto de la seducción al viajero, el regreso sólo tiene una ruta y un destino. Si el viaje de vuelta no ofrece diversidad en su geografía, en su aritmética fundamental, es en el tiempo donde se sucede el verdadero viaje: el viaje al pasado es entonces posible, el viaje a un pasado que al mismo tiempo es el futuro de los otros.

Pero venimos de más lejos, de una distancia que ya se perdió y nos hizo perder lo que nunca tuvimos, lo que siempre soñamos con recuperar y evoca el futuro de un pasado con el que no cumplimos ningún pacto. La segunda vez volví desde el océano, la extendida llanura del tosco espejo del oleaje. Johannes Merrin, que fue marino, solía decir que había pájaros que volaban mar adentro, enloquecidos, que volaban hasta el cansancio y encontraban un naufragio, una balsa habitada por el desamparo, y que ese pájaro era para los perdidos la expresión física de una tierra cercana, una esperanza que les llenaba los ojos y el corazón, para creer, y morir creyendo, que la costa estaba cerca, sin saber que el pájaro tenía el mismo futuro que ellos: lejos de su mirada, ahí donde ya todo es siempre ese azul de los hospitales, caería sobre las aguas como una flecha que busca el corazón más oscuro de la profundidad. Así, para el ahogado, cualquier mar está tranquilo, escribió John Barth.

El gran pájaro metálico no era seña de esperanza, sino que venía guiado por una necesidad de descanso, como la aplazada promesa de un regreso definitivo que aún no llegaría. ¿Cómo son las caras de nuestros padres, de las hermanas, de los amigos que el tiempo va alejando?, ¿qué piedras quedan en pie de las casas que hicieron el barrio de la infancia, qué árboles, qué corrientes del río?, ¿cuántas islas se hundieron, cuántas emergieron desde lo hondo?, ¿cuántos, en fin, han muerto desde entonces?

¿Murió el yo que fui en esos años que ya quedan atrás?, ¿o es que los años no quedan atrás, sino que se acumulan dentro del cuerpo y yo sigo siendo aquel que creció ahí, que se fue, que ha vuelto tantas veces sin regresar definitivamente? Entonces sé que *para que no adviertas que has muerto*, Manuel, *he de seguir hablándote*, debo seguir contándote que en el presente en el que ya no estás los viajes siguen su curso y nuestra vieja Ítaca sigue sangrando en nosotros, en ti, en la memoria que tenemos de ti, a borbotones por la garganta y los ojos, a lágrima verde e inmadura, porque una muerte así, Manuel, es una muerte inmadura, demasiado joven para ser muerte real, demasiado pronto

para olvidarte. La violencia, dice Gómez Dávila, cruel ministro de la limitada esencia de las cosas, impone las normas de la existencia actualizada, nos escribe las reglas de un mundo regido por la prevalencia del control y el miedo. El miedo, Manuel, también es un arma. Institucional espectro que ronda las calles, el miedo mueve más masas que cualquier revolución. En ese regreso hubo miedo, cautela exigida por el paso amenazante de un automóvil oscuro donde viaja la muerte. El presente exige pausa, más que nunca, para no caer ahogados en los ríos espesos que borran la memoria. Eso es lo que Ellos quieren: que estemos todos ahogados en ese silencio, en esa ausencia, que estemos tranquilos, que nadie vuelva a hablar en voz alta, que seamos ciudadanos, educados y limpios, que abramos la puerta al ladrón y demos la espalda al asesino.

Por eso, cuando volví, había hervidura y gritos, había balas y fraude, y el corazón de mi familia tendido al suelo porque nos habían robado una esperanza; había silencio porque alzar la voz invoca a la venganza, y había cansancio, un cansancio ensayado desde la niñez, un cansancio que disimula la impaciencia y el hartazgo de los que amando a las víctimas sufren el abandono y la burla. Ahora, Manuel, todo el mundo es frontera: toda la ciudad es frontera, y el trópico, ese cangrejo que nos invade, astronómico, desmesurado, pero terrenalmente duro, abrasa a aquella lejana Ítaca a la que una vez le prometimos el regreso definitivo. Pero aunque el presente es lo que se oculta en este viaje, o aunque seamos nosotros los que lo escondemos porque el pasado y su evocación nos ofrecen el consuelo de la nada, es inevitable saber que lo que pienso determina lo que escribo, que lo que vivo determina lo que pienso: lo que vivo determina lo que escribo, Manuel, y en este presente escribo sobre ti como escribe un hermano que perdió a su hermano, como se escribe ese libro largo e interminable contra la muerte al que quizá, con inocencia, llamamos testimonio. Por eso el libro que habla del presente no tiene fin: se escribe continuamente y sin correcciones, se escribe como se vive porque el testimonio no permite volver a atrás y toda escritura es una forma de la esperanza. La crónica sobre el presente es la crónica que habla del futuro de los que nos esperan, de los que se quedan esperando, de los que nunca esperaron nuestro regreso, de los que no tienen esperanza, de los que desesperan y de todo aquello que sin el viaje y su afectación pudo ser un día nuestro propio futuro. Ese futuro de los otros es también nuestra herida, nuestro destino escrito en tiempo pasado.

El secreto de los oráculos no es otra cosa que vaticinar nuestro

pasado constante, ese presente que siempre se está marchando, como la expresión mística de un futuro revelador. Pero es en el viaje donde ese destino pretérito resulta evidente: el viajero constantemente se enfrenta con su propio testimonio, ese libro escrito desde nuestra voluntad en contra de la voluntad de la muerte. Así, la crónica sobre el presente es la continua convivencia con la herida, y la herida es, por naturaleza, conjugación de presente y pasado, de destino y memoria, de sangre y plomo, de testimonio y testamento. La crónica sobre el presente, Manuel, nunca se escribe, nunca se termina de escribir: es lo que siempre está por escribirse, pero es que al final, hermano, siempre terminamos escribiendo sobre el pasado.

El presente es duelo, mucho más que cualquier pasado: el duelo es una espina del ahora, no un alejado experimento del pasado. Y es tan difícil escribir sobre el dolor, tan difícil escribir sobre el crimen y la injusticia, esas magnitudes tan poderosas en nuestro presente, porque el dolor se actualiza y vuelve a herirnos, no deja de herirnos; nos damos cuenta, pues, que nunca ha dejado de herirnos porque nos sorprende la añoranza en el llanto, así, de pronto, como una ola blancamente inesperada; y el crimen nos amenaza, nos persigue, por encima de todo y por debajo de las piedras, desde la distancia y el anonimato más nombrado, nos busca traicionero, el crimen, y a veces, Manuel, nos encuentra. Pero entonces recuerdo a Gil Paz que decía: No te escondas del recuerdo por que el recuerdo se esconda de ti; no busques el olvido por que el recuerdo sea un cuchillo y no una caricia. Eso es, al final, la verdadera crónica sobre el presente: la aceptación de ese filo feroz que siempre llevamos clavado, Manuel, de que hoy en nuestro tiempo, como dijo Gonzalo Rojas, todo está escrito por el cuchillo.

Cerdanyola del Vallès, 2011

La cruz de los condenados o mitologías del castigo

[…] sabe bien/que mañana al alba/
encontrarán a ese muchacho/con el pecho abierto/
los ojos cerrados/y el amargo óbolo de la patria/
bajo su lengua entumecida.
ZBIGNIEW HERBERT,
Desde la ciudad sitiada

La leyenda empezó con un cuerpo que, luego de un largo tiempo pendiendo de las ramas de un árbol espinoso, cayó al suelo para terminar de pudrirse: se había prohibido bajarlo de ahí, cortarlo como una fruta que debe fermentarse en la rama, y se había prohibido, también, enterrarlo: que se descomponga en el aire porque los castigos en el mundo de los vivos, parece, deberían extenderse hasta el dominio de los muertos. Sin embargo, la intención de escarmiento no es para el condenado: hay un momento en el que la vejación ya no lo puede lastimar: ni el dolor ni el miedo ni la certeza de la muerte pueden ir más allá de las cuerdas del cuerpo: ahí hay un límite irrevocable; entonces el cuerpo del suplicio se ofrece como un retrato donde se espejan los cuerpos de los testigos: aquellos que presenciaron el castigo sufrido por el otro, aquellos que con el paso del tiempo escucharon el relato, y que lo percibieron como una posibilidad sobre sí mismos son, en última instancia, cuerpos susceptibles del mismo castigo: En ese cuerpo herido hay la figura de mi cuerpo: esos dolores los puedo padecer en mi carne, piensan. Nadie, pues, descolgó al bandido; nadie, tampoco, enterró su cuerpo.

En la Plaza de Rosales, caída ya la noche del trópico, escuchamos las palabras de Gil Paz diciendo que lo fundamental del mito es la ausencia. Lo fundacional, dijo. Lo que da origen es la ausencia de un cuerpo. Señaló al vacío, como si estuviera loco, y habló de La cruz de los condenados. En otro siglo, dijo, ahí se levantaba un tablón largo donde ataban a los bandidos para darles la muerte. La muerte se da,

dijo Gil Paz, como una noticia o como un advenimiento, se entrega, como una palabra o como un disparo. El dolor solamente puede existir cuando tiene nombre, es cierto, decía, pero hay un momento en el que se borra el nombre porque si no la violencia más grave no es posible. O eso parecía hasta ahora.

Seguimos caminando alrededor del perímetro irregular de la plaza, hasta que se decidió a seguir hablando. La exhibición, dijo Gil Paz, era la moneda importante de las ejecuciones: la plusvalía del miedo se elevaba cuando las masas percibían el suplicio y la muerte de un bandido, por ejemplo. Recordamos, entonces, la página cincuenta de la edición en español de *Un puente sobre el Drina*, de Ivo Andric´, en la que da inicio el empalamiento de un bandido semejante al descrito en el mito de Ro bin Hood, y semejante también a la leyenda del otro bandido cubierto de piedras: su cuerpo, atravesado por un tronco desde el ano hasta el lomo, fue exhibido en el centro del puente de Visegrád para escarmiento de futuros idealistas. Tardó días en morir, recordó Gil Paz. Lo imaginamos a aquel hombre atravesado por el palo alto de La cruz de los condenados. Por alguna razón que aún no logro precisar, Gil Paz comenzó a hablar del desconcierto.

Desconcierto es, dijo, la existencia instalada en la nomadía, la constante falta de algo, la conciencia de esa constante falta, no de algo que ya no está, sino de algo que seguirá faltando siempre porque su posibilidad de cambio ha sido eliminada de este mundo: lo que hace-falta, lo único que puede hacer-la-falta, es lo susceptible del cambio, la corrupción y la muerte. No me puede hacer falta, decía Gil Paz, un objeto inanimado de imposible modificación; me hace falta lo que ha muerto, lo que muere, lo que se desgasta: la limadura de ese desgaste me hace falta, lo que en su rodadura por el mundo, en su contacto conmigo, se desgasta y me desgasta. Escribir sobre esa limadura, dijo, es escribir sobre el desconcierto, que es la imposibilidad de la conclusión.

Días atrás, le expliqué, en uno de los puentes de la ciudad, al cruzar el río, percibí desde lejos la presencia de las sirenas de una patrulla, el logotipo de una casa funeraria en la puerta de un coche, algunos periodistas, todo bien definido alrededor de algo que, en principio, era indistinguible. Conforme fui acercándome, despacio porque el miedo a la violencia me hizo pensar en un asesinato mafioso, en un tiroteo madrugador, pude darme cuenta de que se reunían en torno a un cadáver: con la mitad inferior del cuerpo sobre la acera y la mitad superior sobre la calle, un hombre de unos sesenta años, o eso me pareció a mí, yacía en el pavimento. Despuntaba

apenas la mañana: en el extremo sureste del río se asomaba el sol, iluminando la cabeza calva del hombre. Todos, sin embargo, parecían aburridos: no era el resultado de un habitual tiroteo entre bandas del crimen organizado, era, sin más, una muerte, sencilla, avejentada, cansada hasta el hartazgo y, sobre todo, anónima. Era, pues, una muerte desconcertante.

Al lado del grupo de gente, unos pasos atrás de donde aquel hombre había caído, se encontraba un carro de supermercado: atiborrado de objetos sería, imaginé, el cúmulo de posesiones de un vagabundo, su casa rodante. Lo imaginé caminando por el puente, empujando dolorosamente el carro, sabiendo, porque lo imaginé así, sabiéndolo, que se moría, y que sus pertenencias todas, que iban en el carro, quedarían desamparadas. Lo vi separándose del carro, apartarse unos pasos, tratar de sostenerse de la baranda del puente, y cayendo al suelo sin alcanzar a soltar ni un solo grito.

Durante toda la mañana tuve en la mente la imagen de aquel cuerpo. Por la tarde, al recorrer el mismo camino, ya no percibí en la distancia las luces policiales ni los logotipos fúnebres y periodísticos: lo único que había como resto de una muerte, ahí, en el puente, al lado del borde, era el carro de supermercado con las posesiones de aquel hombre, con su vida traducida o evocada en un montón de objetos. Sentí la necesidad de detenerme, de examinar los objetos, pero no pude hacerlo. Aquel intento de rescate sería, a la vez, una intromisión, una impertinencia. Luego, los dos pensamientos me parecieron profundamente estúpidos, inocentes y necesarios.

Al día siguiente, el carro ya no estaba ahí: el rastro de la vida y de la muerte de aquel hombre se había borrado, le dije a Gil Paz. ¿Qué queda de nosotros sino tumbas, cenizas y algunos objetos? La memoria, relato pocas veces escrito y menos veces leído, sucumbe al tiempo antes que nosotros mismos. Pero luego, semanas después, meses después de la muerte anónima de aquel hombre anónimo, al despertar una mañana, una noticia inundó los medios de comunicación: en una escuela al norte del país, un muchacho adolescente apareció armado y disparó contra sus compañeros y contra la maestra. El caos, la sangre, el terror salieron de aquel salón de escuela y recorrieron las páginas y las pantallas de todo el país con una gravedad de luto, de asombro, de incoherencia. Luego, en pocas horas, las fotografías de la escena violenta sangraban por todos lados: alguien, alguno con algún tipo de intención que me resulta incomprensible, hizo circular las fotografías en las que aparecían muertos aquellos niños, las cabezas reventadas, los ojos abiertos, la

sangre brillando en pixeles de alta definición, la hondura del sufrimiento borrada por la curiosidad enferma de quienes se dieron a la tarea de circular las imágenes de un lado a otro como si se tratara de un juego, de una escena en una película, de un fotograma siniestro pero falso. Y no había en ellas nada falso.

Las vi, me dijo Gil Paz; y percibí algo muerto en sus ojos, como si aquella contemplación implicara una pátina, una especie de velo o bacteria que le comió, de pronto, algo que estaba vivo en él y que ya no existía. Recordamos entonces aquellas imágenes en movimiento que se difundieron luego de la extraña desaparición de una niña en una ciudad del centro del país: ausentes los padres, dormida la niña en su habitación, por la mañana ya se había esfumado como un pensamiento. La movilización nacional fue voraz. Días después, cuando los investigadores volvieron a recorrer la casa, encontraron a la niña en su cama, como si se tratara de un recuerdo que de pronto olvidamos y regresa a nosotros insospechadamente, en un extraño espacio entre el colchón y el cabecero, enrollada en una sábana, molida a golpes, destrozada a golpes, enrojecida y sin forma. Así la encontraron, en su cama, en esa cama de donde desapareció inicialmente y donde, haciendo compañía a la familia, algunos familiares habían pasado un par de noches de vigilia. No se sabe si de verdad ella siempre estuvo ahí, y ellos durmieron al lado del cuerpo muerto, o si fue colocada posteriormente por un confundido fantasma. El caso es que el video recorrió, como las fotografías de los niños en el tiroteo escolar, todas las pantallas del país.

Una vez encontré, me dijo Gil Paz, otro video en el que un grupo de criminales decapitaba a uno de sus enemigos: el hombre, apaleado casi hasta la inconsciencia, estaba despierto y frente a la cámara, desnudo el torso, cuando le pusieron al cuello una enorme hoja afilada, extraída de una extraña guillotina moderna, atada a dos cables que se unían en su nuca donde un garrote daba vueltas para ajustar el tornillo de su muerte: como en los años de la dictadura de Franco, cuando las condenas a muerte se ejercían con el garrote vil, que quebraba la espina de los condenados, aquí la navaja, con lentitud innecesaria, le iría abriendo el cuello poco a poco mientras él mismo podía verlo, mientras él mismo podía percibir cada nervio, cada músculo, seccionado con lentitud. No pude terminar de ver la grabación, me dijo. Pensamos, los dos, en Strogowski y su relato de una noche en el Madame Jazmine. Pensamos en aquel suplicio narrado por Salvador Elizondo en el *Farabeuf*, llamado suplicio de los mil cortes, aplicado a un magnicida en China y cuyo registro

fotográfico obsesionaba a los personajes de la novela. También en *Rayuela*, le dije, aparece aquella imagen: Wong, un personaje allegado al Club de la Serpiente, compañero de reuniones de Oliveira y la Maga, guardaba en su billetera una reproducción de esa fotografía. En una ocasión, le dije, se la muestra a Oliveira, que no sabe si sentir pudor, asco o extrañeza por el gesto y por la imagen. Hay tantos Wong hoy en día, me dijo Gil Paz, y todos llevan en el bolsillo fotografías de ese y de tantos otros supliciados.

¿Qué queda de todas esas personas?, preguntaba Gil Paz. ¿Qué queda de sus cuerpos en nosotros? Aquí, donde caminamos, en esta plaza, ni siquiera hay restos de aquella cruz de los condenados, ni siquiera la historia de uno de esos condenados, pero la noción de un patíbulo persiste, un cierto, aunque imaginario, sabor a sangre. ¿Qué queda, entonces, de esos otros condenados? No supe qué responder. Pensé en el hombre que había muerto en el puente y me pareció que de él, al menos por un momento y tal vez sólo para mí, había quedado aquel carro de supermercado lleno de objetos: una colección que dibuja el contorno de una falta, la ausencia, lo que ya no es y que se infiere por sus restos. No sé si eso es lo que queda de los otros.

Una mitología es lo que permanece, dijo cuando nos sentamos en una banca, bajo un árbol de Nim. Un relato ya sin ellos, sin su persona, sin el relato de su persona, una leyenda, como la del bandido del mito de las piedras y el bandido de Andric´. El mito es especulación, transformación del relato memorioso que funge como historia de un origen, historia del comienzo por donde nada empieza de verdad: el mito, dijo Gil Paz, es el lugar donde vive lo ausente. Nadie carga esas cruces, como se dice habitualmente; somos nosotros mismos las cruces, los cenotafios al lado de los caminos, el reflejo de ellos, la posibilidad de ser ellos otra vez, de ser el hombre que cae muerto al cruzar el puente, de ser la niña destrozada, el niño que se pega un tiro en una casa abandonada o en un salón de clases atiborrado de otros niños. Somos ellos, seremos ellos, dijo. Por eso, continuó, es que hay los que difunden la fotografía, la grabación, como Wong, como el doctor Farabeuf, porque en esa difusión, en ese arrastrar las imágenes por los ojos de los otros, lo que de verdad termina sucediéndose es la muerte de los nervios, la ausencia de nosotros y nuestra sensibilidad, no la ausencia como desaparición sino la falta del *pathos* que nos hace ser los otros, ser-con-los-otros. ¿Quién recuerda el nombre del supliciado en China?, ¿quién sabe el nombre del decapitado? Sin nombres, la violencia extrema es un cuento de horror, y los cuentos de horror nos fascinan, nos hacen vibrar las

cuerdas del cuerpo. Sin nombre, no lo olvides, me decía.

El castigo y su relato mítico es un origen, dijo levantándose de la banca. Se encaminó poco a poco, como si él mismo diera vueltas al garrote decapitador, como si cada paso fuera una vuelta o un golpe, y se paró en algún punto indecible del pasado de la Plaza de Rosales, en la noche del trópico, y levantó los brazos en cruz como si él mismo fuera aquel tablón donde ataban a los condenados para darles la muerte. Y no se equivocaba Gil Paz: él, yo, todos nosotros somos esa cruz.

Culiacán, 2016

Madame Jazmine, o noticia de la decapitación

¿De quién es este cuerpo que tanto amamos?
[…]
Tu cuerpo será tal vez una pregunta sin respuesta.
SALVADOR ELIZONDO,
Farabeuf, o la crónica de un instante

Cada uno es la potencialidad de su propia muerte y así debería ser para que fuera posible la conservación de un mínimo de justicia, escribió Juan Pablo Orígenes de camino a la frontera. El suicidio debería ser el único crimen posible; la eutanasia, la única complicidad.

Esa noche, le dije a Gil Paz, íbamos caminando sin rumbo por las calles recién tocadas por la llovizna. Era una noche sin esperanza, y sin esperanza no hay misterio, eso lo habría dicho Strogowski, que iba en el grupo. Cuando la llovizna se convirtió de pronto en tormenta, como si estuviéramos en el trópico lejano, como si estuviéramos soñando y el sueño nos llevara de vuelta a aquel punto donde la selva y el desierto se encuentran en la frontera de algunas lluvias torrenciales, de algunas sequías llenas de huesos, en el vértice ocular de los huracanes y donde los ríos secos encarnan la sed toda del mundo, atravesamos casi corriendo el umbral dibujado bajo un luminoso letrero amarillo con letras rojas de tipografía manuscrita. Dentro, de pronto más oscurecido todo, vimos que en unos pocos metros cuadrados había una barra, un enorme espejo, algunas cuantas butacas de algún viejo teatro abandonado (Strogowski, con el ojo de vidrio empañado, dijo que se parecían a las butacas del lejano Teatro de Apolo, incendiado hace años) y, al fondo, algunas cuantas mesas, todas diferentes, y ninguna silla se repetía. Más adentro, pero apenas había que dar unos pasos para llegar, estaba la cocina, algunos cuantos clientes, el eco de una música desconocida. Poco más había en el lugar. Sería sólo hasta que nos sentamos, y prestamos atención real al sitio, que vimos en las repisas, en los muros, en cualquier superficie

que lo permitiera, en algún dintel improvisado aquí y allá como muescas en las paredes, en ménsulas abruptas como cimas de pequeñísimos acantilados, en nichos arrancados al antiguo yeso, una extraña disposición abigarrada de numerosas cabezas de muñecas. Sólo cabezas: avejentadas, sucias, desprendidas del cuerpo, lejos seguramente del cuerpo, cabezas de distintos tamaños, algunas con pelo, otras con la melena arrancada: una y otra vez cabezas sin cuerpo por todos lados, con los ojos abiertos o sin ojos, como un cementerio de la infancia y de todo aquello que es irrecuperable: un santuario de la decapitación.

Fue el Mago Strogowski quien averiguó la historia: Madame Jazmine, así se llamaba el sitio, era una prostituta que vivió en el Barrio del Raval a principios del siglo xx. Cuenta la leyenda que su cuerpo siempre tenía aroma de flores, que su belleza era cautivadora, que empezó a los quince años y que llegó a dirigir un prostíbulo tiempo después; que tenía los ojos verdes y la piel morena; que habría venido de Cádiz o quizás de más al sur del Mediterráneo; que soñaba con la princesa Scheherezade, preludio acaso de un ala de su destino; que empezó a leer los arcanos del Tarot porque siempre tuvo miedo del futuro; que dormía sola, en la habitación del último piso, y que amó a un poeta, a un boticario coleccionista de fósiles y a un pintor vanguardista, en ese orden, casi por partes iguales. Creo que en aquel momento todos pensamos en la historia de Alba Urrutia, contada en algún otro libro, aquella prostituta bruja que desapareció un día, sin dejar rastro, y que se parecía tanto a Ximena Ríos, la famosa cantante, quien también desapareció semanas después del último gran desborde del Arroyo de los Perros.

Del romance de Madame Jazmine con el pintor vanguardista, de familia acomodada y más joven que ella, resultó un hijo varón que nunca conoció a su padre y que creció entre las mujeres del burdel como si fuera hijo de todas, como si cada una ejerciera sobre él la maternidad prohibida por la profesión, pero, sobre todo, aquel muchacho creció en los dominios de Madame Jazmine como un príncipe rencoroso que espera cobrar una deuda impagable. No tardaría en buscar la manera de recaudar una herencia prometida por su madre en la forma de un secreto que jamás llegaría a revelarse. Ávido de una venganza hacia la desconocida figura del padre, comenzó a traficar opio y hachís, y lo perdía todo en las mesas de juego; quiso hacer de la casa de Madame Jazmine su coto privado de concubinas; intentó entrar en el negocio del tráfico de morfina robando a boticarios y pequeños dispensarios médicos, pero tampoco

ahí prosperó. Con cada intento fallido ese rencor en el pecho le crecía y se acumulaba como un avispero, como un cáncer cósmico, una piedra de Sísifo que crecía y crecía en los riñones de su odio.

Era verano cuando el hijo de Madame Jazmine desapareció. Ella se despertó, poco antes de las primeras luces del amanecer, con un suspiro que no le cabía en la garganta. Supo leer, en las últimas estrellas, como sólo las madres lo saben hacer, que aquel hijo suyo le iba a partir el corazón.

La ausencia dura siempre, decía Gil Paz, pero las incógnitas alrededor de una ausencia pueden tener fin si se averiguan los motivos de la marcha, del viaje o de la desaparición: el arma de los regímenes, políticos o criminales, es la conjugación eterna de la ausencia y la ignorancia: no saber a dónde se llevan a los desaparecidos tiene un doble carácter de arma y herida: no será posible erigir un santuario en su memoria mientras sus cuerpos no aparezcan, acaso porque nos negamos a su muerte definitiva y les otorgamos una suerte de suspensión vital que se cerraría si un día les levantamos un monumento, y entonces aquello mismo que nos orilla a buscarlos funda una congoja que nos hace creer que volverán por su propio pie, que hay que esperarlos, que no hay que salir de la casa porque no se han llevado las llaves; y porque si la incógnita persiste, si no hay respuestas ante la desaparición, siempre puede humillarse públicamente a los ausentes acusándolos de renunciación, abandono, cobardía o complicidad criminal, decía Gil Paz, así piensan Ellos, los que se los llevan, los que nos arrebatan a los nuestros.

Durante los dos o tres días que duró la ausencia del hijo de Madame Jazmine se dijo que había huido con una muchacha joven recién llegada al burdel; se dijo que estaba escondiéndose en una casa que su madre tenía en la costa, porque los acreedores lo buscaban; que estaba en una clínica, rehabilitándose de una adicción a los ansiolíticos; que había conseguido cobrar esa herencia del padre desconocido y que se marchó al extranjero; se dijo que no había de qué preocuparse, que de vez en cuando se enzarzaba en juergas que duraban días o semanas, que ya aparecería. Se dijeron tantas cosas y había tantas respuestas que al final todas y ninguna parecían posibles, pero Madame Jazmine no dijo nada. Una mañana, entonces, al tercer día, el cuerpo de aquel muchacho apareció en los lindes de la casa de su madre, abandonado quizás durante la noche, decapitado.

Poco se supo de las causas y los detalles del asesinato. El cuerpo desnudo apareció así, separado de la cabeza, y aunque el informe policial, dicen, explicaba que fue reconocido por algunas marcas de

nacimiento muy características, hay quienes insisten en que se le reconoció por el olor a jazmín heredado de su madre sólo en la muerte. Y es que el cuerpo estaba ahí, casi en el portal, un jazmín podrido con los brazos en cruz y las piernas cerradas, bocabajo, como si hubiera tropezado sin meter las manos y se hubiera quedado dormido en la posición incómoda de un Cristo horizontal; pero la cabeza, con la melena y los ojos, con todas las palabras dichas antes del último momento, con las ideas y las orejas que escucharían sus propios gritos, la cabeza, pues, nunca apareció. Se dijo que las mafias que empezaban a crecer en la zona buscaban dar un escarmiento; que algún enemigo de Madame Jazmine quería cobrarse una venganza con la vida del hijo; que había de por medio un asunto de sindicatos y organizaciones obreras donde él jugaba el juego de los informantes; e incluso se dijo que la familia del padre pintor, cuando el vástago ilegítimo se acercó demasiado a la identidad paterna, decidió deshacerse de él y borrar el único vínculo que podía llevarlo a su padre: el rostro. Madame Jazmine siempre le dijo a su hijo que se parecía tanto a su padre, que era un gemelo de su padre, que todo lo tenía de su padre: la nariz, los ojos, el tono de voz y la carcajada.

Finalmente, la madre, enloquecida por la muerte del hijo y la forma de la muerte del hijo, y por haberlo visto ella misma ahí tirado en la calle, y por tener que enterrarlo así, incompleto, sin la cabeza que nunca aparecería, empezó a deambular por las calles de la ciudad y se sentaba, dicen, en una banca en la Rambla de las Flores, cada tarde y hasta bien entrada la noche, o hasta que el llanto era tal que un par de gendarmes venían a llevarla de vuelta a su casa porque asustaba a los turistas, acunando entre los brazos un muñeco sin cabeza, preguntando si alguien había visto por ahí una cabeza sin cuerpo: una cabeza con estos ojos, una con esta sonrisa, una con los dientes separados, o algo así dicen que decía. Todas las ciudades tienen sus fantasmas vivos, dijo Gil Paz.

Desde la cabeza de Juan Bautista, entregada a Salomé; o la de Holofernes, decapitado por Judith; o la de Agostino Tassi, decapitado por Artemisia Gentileschi en la pesadilla de una pintura del siglo XVII; hasta la cabeza de Santo Tomás Moro, que rodaría antes que la cabeza de Ana Bolena; o la cabeza de Goliath luego de la batalla con David; la cabeza de Charlotte Corday después de la muerte de Marat, y la de Robespierre, mordiendo el aire, y la de María Antonieta, pidiendo perdón al verdugo por haberle dado un pisotón, o la de María Estuardo, que no vio a la multitud enardecida gritando hasta la ronquera; hasta las cabezas de las tresmil esposas del sultán o la

cabeza de Lavoisier, que parpadeó veinte segundos después del corte para que sus alumnos pudieran verificar hasta dónde llegaba la conciencia de la cabeza separada del cuerpo, y todas ellas, con sus nombres propios, recortadas también en las fotografías impresas en enciclopedias y diccionarios de personajes, todas ellas, como las cabezas reducidas de Míster Taylor, estaban ahí, desprendidas del cuerpo, en el lugar que hoy, después de tantos años, se llama Madame Jazmine. Entonces, mientras llovía afuera, acomodándose una y otra vez el ojo de vidrio en la cuenca zurda, Strogowski hablaba de las cabezas enjauladas que se colgaban de los árboles para amedrentar a los rebeldes: cabezas como pájaros enjaulados; y, aunque no parecía lógico, alguien contó que la idea de explicar la locura como tener pájaros en la cabeza viene de aquellos castigos: la rebeldía era la locura, la rebeldía conducirá, pues, a tener pájaros morando en la cabeza pendiente del ramaje y las raíces aéreas. En la guerra de independencia, dijo otro, los insurgentes capturados en la batalla eran decapitados y las cabezas se exponían en jaulas y picas en lo alto de las torres de vigilancia, en los fuertes, en los puentes y en los caminos. Nosotros, hoy, dijo Strogowski mirando las cabezas del Madame Jazmine, seguimos acunando en los brazos un cuerpo sin cabeza: le llamamos país. La cabeza sigue sin aparecer.

No soy sino un cadáver sin nombre, me dijo Gil Paz. Entonces empezó a hablar: El animal decapitado vive un tiempo, correteando enloquecido por el desierto, quemándose las patas sin de verdad sentirlo, regando su sangre en la arena y las piedras mientras la cabeza, tirada en el suelo, parpadea viendo a su cuerpo que se aleja y que cae por allá, a unos metros, agotado de una imposible rebeldía. La muerte plantea una pregunta sin respuesta. La desaparición ofrece la herida de lo especulado, de lo posible, de la posibilidad de lo que antes creímos imposible. La ausencia establece una deuda con el tiempo. La amputación, la decapitación, anulan la constante de una búsqueda sin fin, decía Gil Paz: nadie buscará la cabeza porque temen de su gesto último, de su última mirada de dolor y pena.

Un día, después de tanto tiempo, volví al trópico, donde viven muchas de las cosas que más quiero, y en el paisaje encontré, tostándose en el ardor de los veranos, un ejército de cuerpos sin cabeza: iban y venían de los noticieros televisivos a las portadas de los diarios, de la boca de los rumorosos a los oídos de la curiosidad mórbida; trotaban entre los prados, a orillas de los arroyuelos, en los márgenes de los caminos, embalsamados en mantas coloridas, conservados en tinajas rebosantes de ácidos corrosivos, sulfúricos de

los infiernos, cianhídricos de los venenos; ellos, ahí, caminando entre nosotros como miembros de una secta, mensajes de una amenaza continua que de repente puede caer sobre todas las casas. Y esa decapitación, sin embargo, aunque pueda parecer imposible, era doble: a los condenados primero les robaban la conciencia, las ideas, la identidad y el nombre y todas las cosas que uno puede guardar en la cabeza: les robaban la memoria, que está asentada en el hipocampo; les arrancaban la voluntad, anulando el lóbulo frontal; dañando el cuerpo calloso omitían cualquier relación entre el lado izquierdo y el lado derecho y establecían la confusión necesaria para que el crimen sea propicio; la capacidad de soñar desaparecía junto a la habilidad para distinguir el ensueño de la vigilia: todo parece irreal así, y en lo irreal es posible cometer cualquier atrocidad; el corazón se arrancaba desde la amígdala y no había posibilidad alguna en el amor; al final sólo quedaba intacto el profundo cerebro primitivo del reptil: el miedo, la furia, el hambre, el ataque, la ira: el cocodrilo milenario que sirve para matar y para que lo maten: cuando dejan de ser útiles entonces sobreviene la segunda decapitación: al reptil se le corta la cabeza, como hizo San Jorge al dragón, Perseo a Medusa, Heracles a la Hidra, San Miguel a la serpiente, y también Santa Marta de Betania, la hermana del Lázaro que resucitó de entre los muertos, y Santa Margarita encerrada con el demonio en la torre, Sigfrido y Beowulf en las leyendas de las crestas nevadas del norte. Primero se hace al demonio, luego se le corta la cabeza. Esto es lo que había en el trópico: un cementerio de cuerpos sin cabezas y, como en el Madame Jazmine, un escaparate de cabezas sin cuerpo.

Fue entonces cuando encontré a Gil Paz, en La Ceiba, y le conté sobre el viaje, sobre el Madame Jazmine, sobre las cabezas arrancadas de las muñecas, sobre Strogowski y su ojo de vidrio, y él me habló del país, de los decapitados, del calor que no perdona, de la prolongada ausencia del Mago Strogowski. Y mientras yo caminaba por las calles de aquel trópico, línea imaginaria alrededor de la garganta, pensaba en el Madame Jazmine, en las cabezas de aquellas muñecas que abarrotaban el lugar, escrito su nombre, como el nombre de este país, con letras rojas de sangre iluminadas, y pensaba en las palabras de Gil Paz, que iba diciendo que antes, en otros tiempos, al animal criminal le bastaba con la desaparición, con la incógnita que siembra el desasosiego en el corazón de los que buscan al desaparecido: Pero hoy el miedo tiene más detalles, ya no es un discurso escueto, ya no es un cuerpo oculto, su síntesis es más precisa: no basta con la ausencia, decía, ya la zozobra de la duda no es una herida útil porque conduce a

la indignación y la indignación es un motor vital, una intensidad móvil: lo que esa violencia busca es el estatismo mediante la imagen, la paralización de la voluntad al ofrecer la consecuencia y no la duda, la definición y no la posibilidad del regreso: una imposibilidad de reacción porque la reacción exige como condición necesaria primera el poder asumir lo que sucede y, ¿quién es capaz de asumir una violencia como ésta?, decía Gil Paz, ¿quién tiene fuerzas así para alzar la voz indignada? Por ahora estamos sentados en la calle, todos, al borde del precipicio, acunando entre los brazos un cuerpo sin cabeza: hoy sabemos lo que pasa con los desaparecidos.

A los desaparecidos se les reconstruye con el recuerdo, decía Gil Paz, su fuerza está en nuestra búsqueda, nuestra debilidad está en su sufrimiento interminable: el desaparecido nunca muere: el desaparecido es el que siempre está muriendo. Al desaparecido no se le recupera, pero tampoco se le pierde del todo: la búsqueda es lo que define esta otra forma del viajar. Cuando se ejecuta la amenaza todo es ya un hecho: la potencia de la libertad o la condena se reduce y se obtiene el desenlace: la muerte, la violencia, la vejación. Recordar a alguien significa que no está con nosotros: el recuerdo evidencia la ausencia, la desaparición, la distancia, y recordar al desaparecido equivale a buscarlo; recordar al asesinado, en cambio, es recordar la muerte y, en estos casos, decía Gil Paz, imaginando que señalaba las cabezas del Madame Jazmine, que era como señalar las cabezas desaparecidas de este país, en este caso, dijo, recordar al muerto es recordar la violencia indisoluble de su muerte. En el primer caso nos enfrentamos al movimiento; en el segundo, al estatismo.

Como en el Madame Jazmine, en el país hay un altar de cabezas mirándonos desde los caminos, desde todos los puentes, colgantes como higos ennegrecidos y maduros, desde las milpas y los matorrales, desde los ríos espumosos y espesos llenos de peces adormecidos por el vapor de la sangre, desde las astas abanderadas con el pelo ondeando al viento, desde el espejo de los mares, desde la bahía flotando como boyas que marcan la distancia más lejana, desde lo alto de los árboles, como frutas rebosantes de un jugo y una pulpa que riegan la tierra. Las cabezas nos vigilan, pero no es ésa su función: su función es que seamos nosotros los que, atentos a su mirada, no apartemos de ellas nuestros ojos. Son ellas las que dicen, con sus bocas podridas de pescado, Mírame, no te olvides del futuro.

La estadística, dijo Gil Paz, es una forma de la antigua profecía: es la profecía de la modernidad: en la estadística reside hoy la previsión de nuestros posibles futuros. Para establecer una estadística es preciso

eliminar las peculiaridades de cada caso, deslindarlo de su individuación: dotarle de un formato estándar que lo iguale a un esquema previamente establecido en el que pueda encajar, y que su esencia termine de borrarse en la multitud sin cara, en el bulto sin cabeza. Una muerte se borra con otra muerte. Cien muertes se borran con sesentamil. La memoria, sin embargo, la mirada de los que nos han robado, no se borra con nada, dijo Gil Paz, no lo olvides, me insistió, la mirada es lo que no se pierde nunca. Entonces, como si algo le preocupara, me preguntó qué pasó en el Madame Jazmine aquella noche, qué pasó después, a lo largo del viaje. Le dije que, en un descuido, Strogowski se robó un par de cabezas de muñecas, que explicó que eran un regalo para un amigo coleccionista, hizo alguna fotografía del lugar, ponderó la cerveza y calculó el dinero que le quedaba, y nos marchamos cuando escampó la lluvia; pocos días después nos despedimos y desde entonces no lo he vuelto a ver. Al levantarse, Gil Paz sacó del bolsillo de su pantalón unas monedas y, con ellas, la cabeza arrancada de una muñeca, que pendía de unos cuantos mechones sucios, envejecida y casi idéntica a las cabezas del Madame Jazmine: la puso sobre la mesa: me miró, como si me mirara a través de los ojos de alguien más, de alguien perdido o de alguien irremediablemente solo y silencioso, y se fue. En la mesa quedó la cabeza, de frente a mí y sin cuerpo: la mirada descompensada por la falta del ojo izquierdo.

Cerdanyola del Vallès, 2011

La naturaleza de los objetos

Para Francisco Meza

Una vez me contaron la historia de una mujer que regentaba una residencia de estudiantes en su casa. Era una vieja casa colonial de dos pisos, estrecha y de techos altos y ventanas grandes, encajada en la mitad de una cuesta pronunciada que acentuaba aún más la estrechez y la estatura del edificio. En la casa vivían algunos estudiantes foráneos, la mujer y sus dos hijos. Aunque ella tenía su propia habitación en el piso inferior, pasaba casi todo el tiempo en una pequeña oficina que funcionaba como recepción y donde dormía siempre en un sofá destartalado casi al lado de la puerta.

Nada hay de inusual en esto, aparentemente. Sin embargo, la mujer tenía, en aquella habitación, una numerosa distribución de espejos: en las paredes, en los muebles, en la mesa de recepción, espejos de formas y tamaños variados, a diversas alturas y en posiciones poco convencionales. Ella misma llevaba siempre un espejo redondo y con un brazo articulado. El resto de la casona, al menos hasta un cierto punto de las escaleras que llevaban al segundo piso, también estaba lleno de espejos.

Cuando la mujer estaba en la oficina y escuchaba los goznes de la puerta o unos pasos que bajaban la escalera, sin moverse del sitio enfocaba con el espejo que llevaba consigo hacia otro de los espejos de la habitación y conseguía ver todo lo que pasaba en el piso inferior de la casa: los que llegaban, los que se iban, los que entraban o salían de la cocina o del salón: un encadenamiento de reflejos le proporcionaba, desde su inmovilidad, la visión total de aquel espacio. Los espejos eran sus ojos. O eran una extensión de sus ojos.

Desde la postración vigilaba el conjunto y, si veía alguna cosa que le parecía mal, echaba un grito que nadie podía ver: los recién llegados, sorprendidos y asustados por el gesto, sólo lograban ver en los espejos su propio rostro nervioso; los habituales, los que ya vivían

ahí desde hacía tiempo, buscaban en los reflejos el origen del grito y alcanzaban a divisar, apenas, unos ojos arrugados que los miraban de espejo en espejo.

En esos espejos aquella mujer leía el libro de su casa. Y el libro de su casa estaba lleno de personajes que iban y venían, lleno de la historia de su familia y de sus inquilinos, y esas historias, esas vidas que pasaban por ahí, eran otro espejo insondable.

Lo que pasó después fue una tragedia: es cierto que en la casa vivía aquella mujer rodeada de sus espejos vigilantes; es cierto que había varias habitaciones ocupadas por estudiantes jóvenes y que además vivían sus dos hijos varones; es cierto también que en la historia que escuché no se hacía mención del marido, si es que lo hubo alguna vez, y no se hizo mención de la hija, mayor quizás, que había dejado la casa para vivir con su esposo y su hijo. Desconozco, o acaso he olvidado, las circunstancias exactas, pero recuerdo muy bien que la hija, una noche, fue asesinada por su marido.

No pretendo ahondar en el hecho del crimen, me faltan informaciones y prefiero no adentrarme en juicios al respecto. Hablaré, en cambio, de un hecho que unifica la muerte de la hija con los espejos de la madre y con el peso trascendente de la memoria: a la hija la velaron en una de las habitaciones del primer piso de la casa: sus hermanos, se dice, cubrieron con un manto todos y cada uno de los espejos: a la usanza se creía que si había un muerto en casa y los espejos estaban dispuestos, el ánima se metía en ellos creyendo que se trataba de una ventana o, quizás ésta sea una idea más triste, viendo el alma en el reflejo su cuerpo, buscaba volver a la vida invadiendo de nuevo el plano físico, pero quedaba atrapada ahí, en el cristal, sin que nosotros nos diéramos cuenta, hasta que un día, despreocupados, al asomarnos a nuestro propio rostro, veíamos de golpe el fantasma querido y podíamos quedar embelesados por la añoranza, sin querer ver nada más que el espejo o, incluso, agraviados por el susto, romper el cristal donde anidaba el alma de alguien querido. Nadie supo explicarme nunca qué le pasaba al alma de los que se quedaban rotos en los fragmentos del espejo cuando alguien despedazaba el cristal casi como si aquello fuera un cuerpo hecho de carne.

Cuando alguna de mis abuelas me daba una estampa religiosa, ellas creían que mi buenaventura dependía de la santidad impregnada en la imagen. Yo conservo esas estampas, algunas de ellas tienen más de diez años, rotas y resquebrajadas como la fotografía de alguien querido, y las conservo no por fervor religioso sino por fervor hacia mis abuelas: para mí, la santidad que ellas veían en las imágenes

reside en ellas mismas y se transmite, de alguna manera incomprensible, a los objetos.

Recuerdo entonces unos versos, tan útiles para mí en determinado momento triste, en los que el poeta dice: En su bendición había la justa cantidad de Dios/para que volviéramos a salvo de los viajes largos y las pésimas decisiones. Siempre que veo las estampas que me han dado mis abuelas pienso en esos versos: la santidad pagana de mis esperanzas reside en que aquellas estampas me hacían bien porque me las dieron dos mujeres que siempre me hicieron bien.

El objeto tiene, pues, una carga emotiva y energética poderosa porque nosotros mismos se la atribuimos: hay en los objetos algo esencial, algo de esencia, de quien nos entrega el obsequio.

Leibniz escribió que se llama *Almas* solamente a aquellas mónadas cuya percepción es más distinta y está acompañada de memoria. Así pues, en esos objetos o mónadas reside la memoria o una memoria que compartimos con quienes nos han obsequiado el objeto porque, citando otra vez a Leibniz: Lo que ocurre en el *Alma* representa lo que se hace en los órganos.

Los espejos en aquella casa vieja, cubiertos durante el velatorio de la hija, son un ejemplo no sólo de que aceptamos esa relación sino de que la tememos: Robert Burton señala que una monja comió una lechuga sin estar en gracia o sin haber hecho el signo de la cruz y fue inmediatamente poseída, y que una criada fue poseída por dos demonios por comer una granada profanada; la granada y la lechuga, en el caso citado por el autor de *Anatomía de la melancolía*, eran capaces no sólo de conservar una influencia, en este caso maligna, sino de transmitirla a quienes las comieran; basta recordar el ejemplo simple de Eva, Adán y la manzana: el árbol de la ciencia del bien y del mal: otro objeto que rezuma una esencia transferible.

Así también pasa, por ejemplo, con otros objetos: el bastón de Borges; las tumbas de amigos o desconocidos; una carta o una fotografía amarilla por los años; la casa donde crecimos, con todos sus fantasmas; el juguete más antiguo que conservamos; las últimas palabras de alguien; un sobre de azúcar de un café en Lisboa o en la Ciudad de México; el boleto de entrada a un concierto o el boleto de tren, de avión, de un viaje lejano; un puñado de canciones; una caja de madera labrada y todo su contenido; los misterios de la sal reverberatum, de la que hablaba Paracelso, y que purifica a la naturaleza entera; el emblema de Palinuro, que consiguió una vez don Blas Coll; un mechón de pelo, un ombligo que conserva de su hijo la madre, el libro prestado de alguien que murió violentamente: objetos

todos que conservan, para nosotros, la esencia de algo o de alguien que en estrecha relación le ha insuflado una huella de su presencia, de su pertenencia, de su paso por el mundo.

Es así que comienza un hábito, una suerte de vicio incurable: el coleccionismo.

El coleccionista es aquel que conserva: no se trata exclusivamente de una pulsión cifrada en la acumulación ni en la construcción de un acervo de objetos, sino en la preservación de los objetos por su esencia: el objeto deja de importar por sí mismo y cobra sentido a partir de la esencia que nosotros, o los otros, le han otorgado: un artículo puede ser coleccionable para unos o puede ser un objeto sin importancia para otros, independientemente de la naturaleza del objeto mismo.

En *El libro de los pasajes*, Benjamin menciona a un hombre que coleccionaba boletos de tren, estampillas postales o documentos de cualquier tipo que presentaran errores de prensa: quizá veía en ellos una unicidad especial, una cualidad irrepetible que, para él, convocaba un significado especial.

Fernando del Paso nos habla, en *Palinuro de México*, del General con cien ojos de vidrio: cada uno de los ojos le servía para cada uno de los estados de ánimo. Quizá deberíamos entender el número cien como una cifra de lo infinito, tal como, en «La casa de Asterión», Borges refiere el valor del número catorce: una mera mención numeral, asible, para determinar lo infinito, como infinitos pueden ser los estados de ánimo del General de los cien ojos de vidrio.

Conservación de lo afectivo a través del objeto: el artículo en sí no necesita ser único, especial, diferente: basta con que retenga en sí mismo un hecho, una cualidad, una memoria, un *Alma*, en el sentido en que hablaba Leibniz: un *Alma*: un objeto con una percepción distinta y acompañada de la memoria.

A veces, sin embargo, tememos de aquello que acompaña al objeto: aquellos vegetales y frutas de los que hablaba Burton y que ocasionaban en quienes los comían una posesión, la visitación de un demonio; la manzana de la tentación, los muros de una prisión, el arma del asesino, la casa donde ha muerto alguien: la casa y sus espejos.

Tratamos de alejarnos de esos objetos, de mantener una distancia prudente para que su esencia no nos toque, pero el gesto de aquella familia en la casa de los espejos es aún más definitivo: a veces tratamos de que la esencia de las cosas no impregne los objetos, que esa *Alma* y esa memoria no acompañen a las cosas, que no vengan a

nosotros porque nos provocan llanto, desesperación o miedo.

Y sin embargo, recuerdo muy bien las palabras de aquel amigo: a los pocos días se marchó de la casa; fue justamente en su habitación donde habían velado a aquella muchacha. No podía dormir, me dijo. Quizá algo del alma que nos afecta pueda quedarse en un objeto, en un espejo, por ejemplo, pero ciertamente lo que nos afecta siempre se queda en nosotros y entonces no hay objeto, no hace falta: la colección la llevamos dentro.

Culiacán, 2014

Historia parcial de la ceguera

Así pues —añade—, un espejo es una máquina
que nos pone en relieve fuera de nosotros mismos
[…]
¿Qué creéis que son los ojos? […]
Es —le respondió el ciego— un órgano
en el que el aire actúa como el bastón sobre mi mano.
DIDEROT, *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*

Usted escuchará muchas veces que el tiempo puede ser lineal o circular, que hay cosas en el nivel de arriba o en el nivel de abajo, que el tiempo avanza hacia donde avanza la escritura o que la recta numérica establece que a la izquierda están los números negativos, a la derecha los positivos y etcétera, pero todas esas ideas son concepciones de los videntes, de los geómetras, de los que para ver el mundo tienen que dividirlo. Los ciegos piensan de otra manera: su doctrina es la dispersión, son más próximos a la cuántica que a la escuela de Elea, por que saben, bien lo saben ellos, que es imposible caminar hacia delante o hacia atrás: ellos siempre caminan en el vacío, un vacío que no tiene extensión ni término, me dijo, que no tiene dirección ni volumen.

Adán Strogowski creía que el sistema cartesiano de coordenadas no parcela el mundo de los ciegos. Son más libres por estar encerrados en la ceguera, dijo, ellos no van al norte ni al este, dijo, ellos van, simplemente, porque los signos externos del poder, que nos afectan tan vivamente, no impresionan a los ciegos, ya lo dijo Diderot; todo para los ciegos es un acto de fe. Mírelo a él, me dijo, y señalaba al ciego que entre las mesas iba ofreciendo estampas religiosas y agujas de coser. Es fácil saber cuándo estos individuos son genuinos y cuándo son farsantes, mire la estampa, y me señaló la imagen que el ciego me dio, fíjese bien en los ojos, hágalo como ellos, con los dedos, el alma de los ciegos está en la punta de los dedos, ¿sabe? Y me di cuenta de

que los ojos de aquel santo estaban apenas perforados por un agujero pequeñísimo, casi tan preciso que atravesaba justo las pupilas.

Estuvo hablando durante horas, como esas personas que necesitan a alguien que las escuche porque sólo así pueden asegurarse de que siguen vivos. Llevaba gafas oscuras a pesar de que era de noche, y pensé por un instante que él era uno de «ellos», pero los gestos, los ademanes, un triste aire de preocupación, demostraban lo contrario y, sobre todo, la insistencia en hablar de los ciegos como si de una secta se tratara, como si me estuviera relatando, palabra a palabra, el informe que escribió Fernando Vidal Olmos poco antes de morir. ¿En qué momento el libro se había mezclado con la vida? El libro siempre está en un constante mezclarse con la vida, escribió Gil Paz, el libro que no enreda sus cuerdas en la vida del lector está destinado al polvo y la ceniza. A veces el lector dice: Esto ya lo he leído antes, y es posible que no lo haya leído nunca, sino que aquello que recuerda en verdad es una parte de su vida, ese resquicio que a veces queda fuera del libro, pero que lo guarda en la memoria como si del pasaje de un libro se tratara, como un fragmento de escritura, porque es la única forma en que un lector puede conservar las cosas de su vida. En este sentido, dijo Strogowski, los ciegos, Ellos, y lo decía haciendo un énfasis, desconocen el cuerpo del mundo, y por eso sus intentos de posesión y conquista tienden a la estandarización, a la fijeza, al estatuto y a la ley. Si lo absoluto del libro es el aislamiento de una posibilidad que pretende no tener origen en ninguna otra anterioridad, dice Blanchot, el predicado de la sumisión ante el presente es la voluntad totalizadora, absolutista, que arranca la cola del animal para que nadie lo siga: de eso se trata la aniquilación. El resultado es un libro estático que falsifica el cambio, que asume la modificación y recurre a ella como un recurso de subsistencia, no como naturaleza inmanente, sino como engaño y repetición: el libro no es el libro, sino las múltiples interpretaciones del libro y su orden; entonces el libro es un destino de jerarquías, una subordinación de intereses, una conciencia cínica de la historia, el pájaro que para no morir de hambre termina comiéndose sus propias alas.

Se le veía cansado, preocupado, como si tuviera la certeza de que algo iba a pasar. Conocer el futuro compromete el albedrío. Quizá eso le ocurría a Strogowski. No le pregunté a dónde iba, o qué estaba haciendo en ese lugar de paso, casi abismal, donde los autobuses se habían detenido, y de donde no podíamos salir. Quizá llovía, o ahora creo que llovía, pero no lo sé, al menos sé que en mi recuerdo de esa noche había lluvia, y pájaros, y pienso que por eso hicimos una pausa

en el viaje. Hay ciegos, dijo, que terminan siendo geómetras. Necesitan de la división, de la parcelación del mundo en fracciones y compartimientos. Recuerda que la fracción y el fragmento no son lo mismo: la fracción es un pedazo de algo, el fragmento es en sí mismo acontecimiento, afectación, un-hacerse-las-cosas. Pero no es para ellos mismos para quien diseñan la partición del espacio, sino para los otros: la tela no es la casa de la araña, sino la trampa para sus presas. Ellos hacen el libro como la araña hace la tela: para la sofocación, la inmovilidad, la muerte. Se trata de una totalización del espacio, apropiamiento, distribución. Por ello padecen siempre el problema de los espejos, ¿sabe usted?, quizá los espejos son el mayor enemigo de los ciegos. Cuando Isidro Levi perdió por completo la vista, hace tiempo ya, usted debe saberlo, pidió que retiraran todos los espejos de la casa en que vivían él y Teresa: no soportaba la idea de reflejarse sin poder ver al otro ahí, en el cristal. Alguna vez, incluso, dijo que le temía a ese reflejo vigilante, que temía su violencia silenciosa. ¿Lo ve?, Isidro Levi se temía a sí mismo; eso, claro, si aceptamos que el hombre del reflejo era él mismo. Él, al parecer, dudaba de ello. En una ocasión, dicen, se escuchó un ruido de cosas que se caen, de tropiezos y quebraduras en el salón de la casa de unos amigos que Levi había ido a visitar junto con su esposa, quizá poco después de la ceguera definitiva, antes todavía de que lograra dominar el espacio innombrado y los sentidos y el tiempo, esas magnitudes que definen buena parte del mundo de los ciegos, que es tam bién nuestro mundo. Lo encontraron a Isidro tirado en el suelo, algunas cosas regadas y rotas, y un enorme espejo con marco de hueso labrado a mano, reventado en mil pedazos. El viejo no paraba de decir, Se me vino encima, se me vino encima. El espejo estaba lleno de sangre, Levi tenía algunos cuantos rasguños, una herida en la boca, en la mano, en el pómulo. Los anfitriones, acaso, se disculparon por la mala colocación del espejo; Teresa, en cambio, se disculpó por haberlo dejado solo, como si de un niño estúpido se tratara; pero Isidro Levi, aún en el hospital mientras le curaban las heridas, seguía diciendo que se le vino encima, ¿El espejo?, le preguntarían, No, diría Isidro Levi, Él se me vino encima. Puro delirio de hombre viejo y triste, pensarían algunos; o bien, la secreta amenaza de la recta paralela que sí llega a tocarnos, a herirnos con su roce de reflejo y brillantez, diría yo. Pero si yo hablo, nadie me escucha. Luego, usted sabe, no podrá negarlo, lo que pasó con Isidro Levi tiempo después, su desaparición, aquel supuesto viaje al extranjero, la extraña muerte en un país helado, lleno de reflejos y superficies, ciertamente, todo eso.

El mismo Isidro Levi diría que la ceguera es la ciencia fundamental del arquetipo, la piedra angular de la estandarización: sólo hay un árbol en la ceguera, y ese árbol es todos los árboles, el recuerdo lejano de un árbol único, del único árbol que el ciego puede recordar y que alguna vez estuvo en los patios de su vida. La traición de la ceguera es la posibilidad innegable de ver con los ojos de la memoria, y la necesidad de darle a lo nuevo, si es que existe lo nuevo, lo nunca-antes-visto, una forma específica, una cara, un color, un mapa, porque, piénselo, necesitamos que la memoria tenga cuerpo, asidero, carne, porque sin cuerpo el tiempo es una madeja y nada puede sustentarse como recuerdo, nada arraiga y, por ello, nada puede olvidarse. Ellos necesitan del recuerdo, ¿sabe?, incluso más que el resto de nosotros porque sin el pasado no pueden nombrar nada, no pueden descubrir nada, y recurren incluso al dolor del pasado para conocer el dolor del ahora. Lo llamo «Síndrome Crusoe»: nombrar lo que se desconoce para traerlo aquí, cerca de uno, y poder poseerlo. Podría llamarse «Síndrome de Adán», seguro que usted entendería la referencia bíblica, pero puesto que yo mismo me llamo Adán no me pareció adecuado; a fin de cuentas, yo no soy uno de Ellos.

Traté de hacerle notar a Strogowski, en alguna ocasión en que pude replicar, que su idea de la ceguera no sólo era paranoica, como la de Vidal Olmos, o fatalista, como la que explicó Diderot, sino que además carecía de coherencia, Es decir, que usted habla de los ciegos, no de la ceguera como condición, sino de los ciegos como un grupo, como una especie de secta, y su valoración es doble, su criterio es doble: a veces se trata de un grupo de poder que arrastra generaciones de intervención y jerarquías, una suerte de yunque que nos aplasta desde el cielo; otras veces son individuos solos que dan pena, que lloran solos, que mueren solos en la compañía de otros que tampoco nunca dejaron la soledad, asesinos silenciosos que jamás en su vida son capaces de matar a nadie, aunque parece que siempre lo intentan; no se someten a la partición eleática del espacio, pero dividen el mundo en ciertas maneras que les convienen; no conservan la memoria, sino que la borran y la aniquilan; sin embargo, persiguen la invención de un pasado que sí les resulta necesario para explicarse los arquetipos que dan forma a su mundo: no tiene usted sino una maraña de ideas, nociones de mera paranoia, invocaciones, imaginerías, humo. Entonces me miró, pausadamente, quiero decir, como si una mirada pudiera tener como cualidad la lentitud, el tiempo, la tardanza, y me miró, o creo que me miró, o creo que recuerdo que quizá me miró directamente a los ojos, porque seguía sin quitarse las

gafas oscuras, y yo apenas veía mi reflejo en la convexidad del cristal, mi rostro que podía ser el de alguien más, el rostro del asesino, el del fantasma, el del hijo perdido, y en medio del ruido y el humo, como volviendo de las ruinas de una guerra, entre vidrios y ceniza, me dijo, La intensidad de las cosas, como en el caso de los huracanes, no está en su centro y su neuralgia, sino en sus bordes, en sus límites: el ojo siempre es lo menos violento, donde no está el ojo, dijo, es donde reside la violencia de la tormenta, ¿no lo ha pensado nunca? Y como si se tratara de una demostración experimental, como si el gesto revelara una verdad oculta tras los espejos, se quitó las gafas oscuras. Pude ver entonces el ojo cristalino, mal hecho, desgastado, que le completaba el equilibrio de la mirada.

Es el ojo del huracán, dijo, el intersticio breve alrededor del cual ocurre el mundo: el pasaje, el verdadero espejo. Entonces me explicó que perdió el ojo en la juventud, que el ojo de vidrio lo ha acompañado siempre, que había perdido el ojo real cuando era niño, que le vaciaron la cuenca de un disparo, con un arpón, de un zarpazo, con la rotación hiriente de un disco de vinilo, con una cuchara, con un bisturí sin esterilizar, y que recién volvía del taller del artesano que le colocó el ojo de vidrio, que había nacido con la esfera falsa, que los dos ojos los tenía de cristal, que nunca tuvo un ojo falso, que no sabía quién le había robado el ojo de cristal, que el ojo de vidrio era el ojo de un niño, que tenía los dos ojos reales, pero uno enfermo, ¿enfermo de qué?, enfermo de espejo, enfermo de memoria, enfermo de hielo, de tiempo, de cangrejo, de joyería barata, de luz muerta, de niebla y cataratas y nubarrones, de madrugadas, de alcoholismo, de tabaco, enfermo de farsa, de huesos rotos, si los ojos tuvieran huesos y esos huesos pudieran romperse, enfermo de coágulos, de aneurismas explosivos, de hipertensión hipertrófica, de manchas solares, de abolladuras y esquirlas, de tisis, de burocracia, de hipermetropía, miopía y astigmatismo, de lentitud, de nostalgia, de falsas esperanzas, de la cuadratura del círculo, de ángulos rectos, de trigonometría, enfermo de él, Yo no tengo un ojo de vidrio, dijo, Hay un ojo de vidrio que me tiene a mí, que me usa para ver, que me esclaviza y me libera, que está enfermo, pues, de nada y de todo. Y se reía, escandaloso, como si nada fuera serio, como si me estuviera tomando el pelo se reía, como si afuera no estuviera la lluvia torrencial, como si nosotros no estuviéramos en ese ojo lento de los viajes, esa escala no deseada pero obligatoria, y no paraba de decir: ¡Dichosa ceguera la de aquellos cuyos ojos cerró Dios al venir al mundo!, una y otra vez, hasta que se fue quedando callado, hasta que creyó, quizá, que yo pensaba ya que

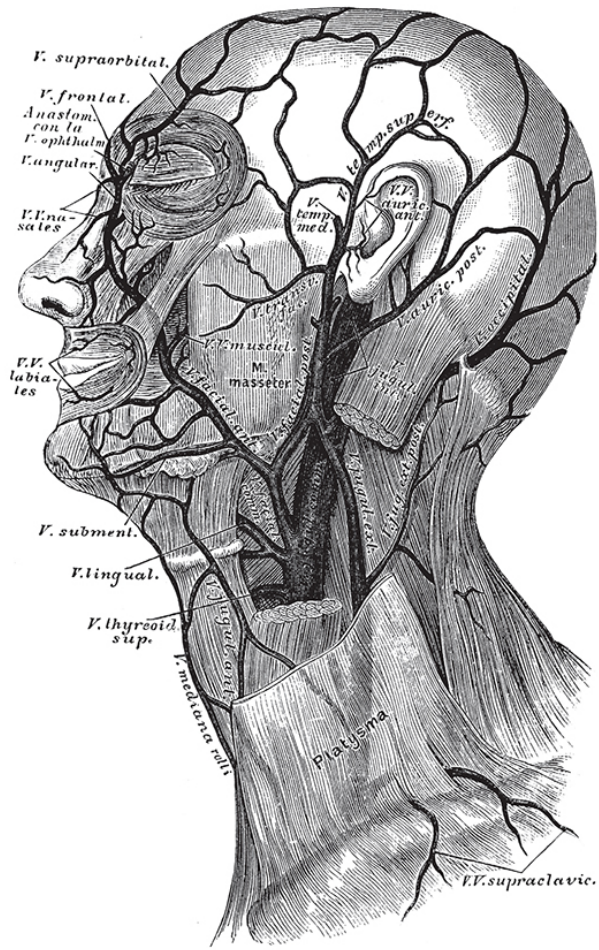
él estaba loco.

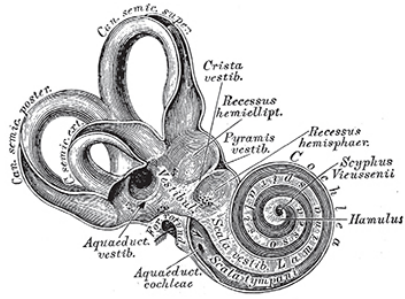
No estoy loco, me dijo, hoy no; sé que el ojo engaña, que la mirada bipartita dice poco, pero no se asuste, hoy no estoy loco, me dijo. Entienda la diferencia, nosotros vemos el proceso de las cosas, Ellos ven el fin último: la cantidad de barbaridades, de injusticias, que tienen que ocurrir para llegar al fin último de las cosas sin prestar la mínima atención a su proceso. Comprendo su confusión. Yo mismo, me dijo, soy un confuso, nunca fui un geómetra, nunca he llegado a ser un ciego de verdad, aunque tengo mi pequeña república de sombras, mi valle personal de asimetrías y oscuridades, ¿sabe? La sombra consiste en movimiento y alteración, no está sujeta al tiempo. Ellos creen, como Giordano Bruno, que las formas de las cosas están en las ideas, y de las ideas, su alma extrae la fijación de los conceptos; su alma, si es que tienen alma, fue creada en la boca del Diablo para re-nombrar, des-decir, des-hacer, interpretar, su alma, dijo, yo creo que no tienen, si existe, es un cuchillo mal afilado.

Descubrimos el peso del mundo y la memoria cuando un día, frente al espejo, podemos ver en nuestro rostro los rasgos de nuestros antepasados. Los ciegos, que no se reconocen en el espejo, no tienen antepasados, no tienen historia, y la inventan. Largamente la piensan, ¿sabe?, porque *lo único que comienza por la reflexión es la historia*, y digan lo que digan los libros de texto, la historia, la Historia, puede ser cualquier cosa que uno quiera. Reflexionan porque saben que hay algo que les duele, no saben qué, pero hay algo que les duele, y Ellos, que no pueden saber si duermen de noche o de día, Ellos, pues, recuerdan el dolor, recuerdan su ardor, su efecto, pero no su herida, mientras que nosotros lo volvemos a sentir todo porque vemos, ¿lo entiende?, vemos constantemente esa herida: todo es real para nosotros, nada lo es para Ellos: el hombre que muere de un disparo, la mujer que pierde su casa, la familia que no encuentra a sus hijos. Entonces *parece que el rostro se organiza alrededor de la mirada, y cuando ésta desaparece, se desbarata*, por eso hacen el discurso, por eso interpretan, buscan llegar al «qué» de las cosas, porque para ellos el discurso es el que hace este mundo, y no el espejo, como señala Tyler. Por eso suben a un estrado, a un púlpito, a una piedra ligeramente más alta que el suelo, y empiezan a hablar, a discurrir por las ideas haciendo el mundo, diciendo el mundo, porque creen que así es como se actualiza, porque su esperanza, si es que su alma les permite tener esperanza, no es un proceso de espera, sino una anticipada concurrencia, una necesidad de cambiar las cosas antes de conocerlas, antes todavía de sentirlas. Pero entonces, le dije, usted no habla de los

ciegos, no al menos en el sentido estricto. Quizá no, me dijo, pero usted sabe que Ellos son ciegos, que nunca ven nada, y que nosotros estamos solos, de verdad solos.

Cerdanyola del Vallès, 2012


V. supraorbital.
V. frontal.
Anastom. con la V. ophthalm.
V. angular.
V.V. nasales
V.V. labiales
V. temp. superf.
V. temp. med.
V.V. auric. ant.
V. transv. fac.
V.V. musciel.
M. masseter
V. facial. ant.
V. facial. post.
V. auric. post.
V. occipital.
V. jugul. int.
V. jugul. ext.
V. jug. ext. post.
V. subment.
V. lingual.
V. thyreoid. sup.
V. jugul. ant.
V. mediana rotti
Platysma
V.V. supraclavic.


Can. semic. super.
Can. semic. poster.
Can. semic. ext.
Crista vestib.
Recessus hemiellipt.
Pyramis vestib.
Recessus hemisphaer.
Scyphus Vieussenii
Hamulus
Vestibulum
Scala vestib.
Scala tymp.
Aquaeduct. vestib.
Aquaeduct. cochleae

MÁS QUE UNA COLECCIÓN DE CRÓNICAS O ENSAYOS, ESTE LIBRO ES UNA ANTOLOGÍA DE SOMBRAS Y ACERTIJOS. MÁS QUE UN LIBRO, ESTE OBJETO ES UNA SELVA.

Y fiel a su naturaleza selvática, este territorio tiene algo de total y violento, a la vez que frágil y fragmentario. Las sendas temáticas que lo cruzan son el dolor, la enfermedad, el olvido, los viajes, la escritura, la distancia, los sueños, el pasado. Todas se cruzan entre sí, se bifurcan, se desvanecen. Todas nos recuerdan que el viaje es la escritura de una car ta extensa, cuyo significado no podremos entender sino hasta mucho después de haber regresado.

EDUARDO RUIZ SOSA (Culiacán, 1983) es escritor, ingeniero industrial y doctor en Historia de la Ciencia. En 2007 obtuvo el Premio Nacional de Literatura Inés Arredondo con el libro de relatos *La voluntad de marcharse* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2008). Es autor de la novela *Anatomía de la memoria* , publicada en España en 2014 y en México en 2016. En 2012 obtuvo la I Beca de Creación Literaria Han Nefkens, que le permitió cursar el máster en Creación Literaria en la Universidad Pompeu Fabra, y en 2014 fue incluido en *México20*, una antología impulsada por el Conaculta y el British Council, que reunía a los 20 escritores jóvenes más sobresalientes de México.

Algunos textos de este libro fueron escritos con apoyo del PECDA Sinaloa.

Primera silva de sombra

Primera edición: octubre, 2018

D. R. © 2018, Eduardo Ruiz Sosa

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

Daniel Bolívar, por el diseño de interiores y portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares (Centro Mexicano de Protección y de los Derechos de Autor, https://www.cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-317-261-5

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice

Primera silva de sombra

I

Crónica de la (in)sanidad
Dar la vuelta: regresar a donde nunca estuvimos
De cuando resulta que el mundo es una jaula
El accidente: llevar la muerte dentro

II

Carta sobre la distancia y carta sobre el distanciamiento
Carta sobre la distancia
Carta sobre el distanciamiento
Errancia
Crónica cuántica sobre los viajes en el tiempo
Sobre el sueño como un lugar
Crónica imposible del pasado más allá del pasado

III

Sobre memoria y acantilados
Naturaleza fragmentaria de la ausencia
Crónica sobre la naturaleza fragmentaria de los libros
Crónica sobre una gabardina que recorre los pasillos de un castillo abandonado

IV

Crónica nunca escrita sobre el presente
La cruz de los condenados o mitologías del castigo
Madame Jazmine, o noticia de la decapitación
La naturaleza de los objetos
Historia parcial de la ceguera

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos